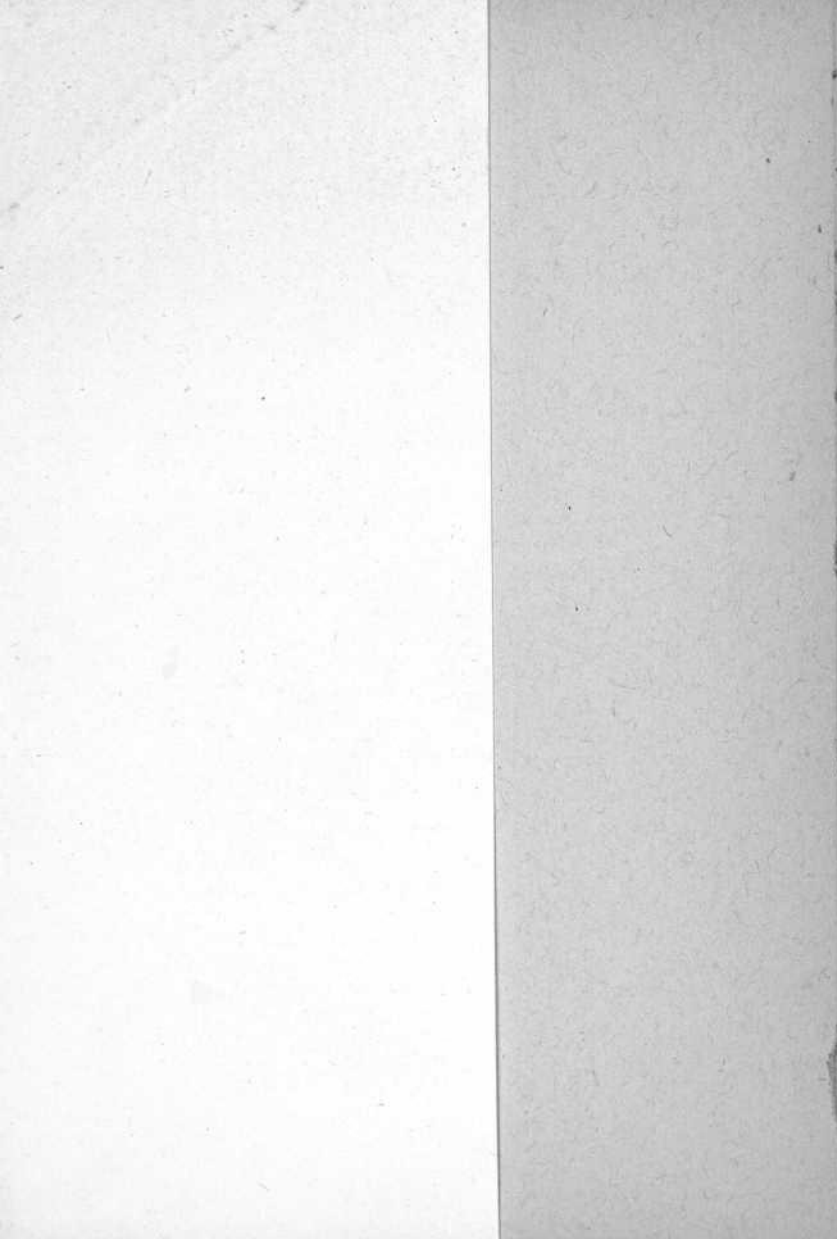


ZORRILLA

POETA NACIONAL

1893 - 1943



ZORRILLA

Poeta nacional

(1893 - 1943)



Homenaje de Palencia a
su Cronista Oficial e Hijo
Adoptivo en el Cincuen-
tenario de su muerte

EDICIONES DE LA
VICESECRETARIA DE
EDUCACIÓN POPULAR

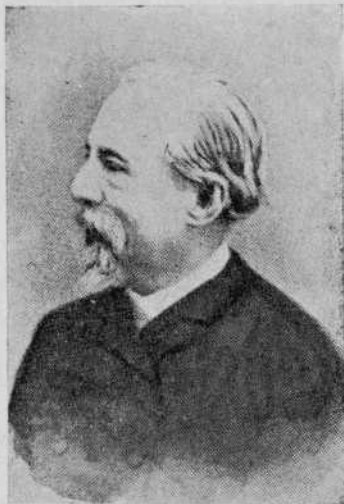
(DELEGACIÓN PROVINCIAL
DE PALENCIA)

Z O R R I L L A ,
POETA NACIONAL

Homenaje de Palencia a su
Cronista Oficial e Hijo
adoptivo, en el Primer
Cincuentenario de su
muerte.

Discursos, Conferencias,
Actos conmemorativos.

Recopiló y ordenó
el presente volumen:
DACIO RODRÍGUEZ LESMES



AUTO SEMBLANZA

Broté en un cementerio, cual flor de jaramago,
parásita en sus tapias y sus tumbas en flor;
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago,
me transformé en alondra... y yo aspiré a condor.
Cristiano y caballero, como español sin tacha,
canté la fe y las glorias que en mi nación hallé;
pasé del torbellino del siglo en una racha,
de mucho que di a muchos no guardo ni una hilacha,
yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe...

(De la poesía compuesta por Zorrilla
para su coronación en Granada, 1889)



Viene a ser este libro digno colofón del Homenaje tributado por Palencia al inmortal poeta Don José Zorrilla, con motivo del Cincuentenario de su muerte.

Lo constituyen principalmente diversas conferencias y ensayos seleccionados por estricto orden cronológico, que descubrirán—sin duda—nuevas facetas en el estudio de la personalidad y la obra del autor de «Don Juan». Es de lamentar, que por no disponer más que de breves guiones de los restantes discursos pronunciados en la «Semana palentina», no podamos incluirlos en el presente volumen y que por exigencias tipográficas, sea preciso desistir de la publicación de los trabajos galardonados en el Certamen Escolar, convocado durante el Cincuentenario.

Hemos querido los organizadores que de tan brillantes fiestas literarias, cuyo esplendor halló entusiastas ecos en toda la geografía española, no quede el recuerdo pasajero de una conmemoración circunstancial, sino que trascienda su fervor y sentido, en telegrafía de señales abiertas y luminosas, a la exaltación del genio nacional, que Zorrilla—vate de la Religión y de la Patria, cristiano y caballero, español—encarnó heroica y providencialmente, con el mismo ardimiento y la misma fe de nuestra juventud, que si fué soldado también fué poeta, creadora de la auténtica poesía que enaltece y construye, que es la poesía del amor y del sacrificio por España.

Como iniciador de los actos en honor de Zorrilla y colector del presente volumen, réstame la satisfacción del deber cumplido. Y a cuantos colaboraron al mayor éxito de la «Semana del Homenaje»—Excmo. Sr. Gobernador civil D. Enrique de Lara y Guerrero, Marqués de Guerra, Jefe Provincial del Movimiento, Delegación de Educación Popular, Excmo. y Magnífico Sr. Rector y Claustro de la Universidad de Valladolid, Instituto Nacional «Jorge Manrique», Centros docentes, profesores y conferenciantes—a todos mi reconocimiento. Sea éste un jalón más en el renacer espiritual de la Patria, rescatada antes sobre los campos del honor. Y peregrinos de esa vía que es la gloria y la magnificencia de España, como los viejos santiaguistas a la sombra de los estandartes del Apóstol, en una nueva cruzada espiritual, lancemos a todos los vientos la flor y el gozo del eterno grito y consigna hispano: *Ultreja*, que es el ¡*Más Allá!* frente a las horas ignotas del orbe, hoy envueltas en trágicos trances, de los que habrá de surgir una hora nueva: la hora de Dios y la hora de España. El canto del cisne zorrillesco—cuando anatematizaba del ateísmo y del internacionalismo decimonónico—nos servirá de estímulo en esta nueva misión ecuménica. Porque como él, nuestro mayor orgullo se cifra en dos palabras: en ser y en confesarse español. Que es una de las cosas más serias que hay en el mundo. Y cuando el mundo se desangra por haber perdido la cabeza, bien está que acordándonos de San Agustín, intentemos devolvérsela, hoy llevándosela a flor de labio, mañana a flor de corazón, que es como mejor se entienden los hombres.

Por eso hemos renovado nuestro Símbolo, nuestro Credo español, en estos días conmemorativos de Zorrilla. En él revivió el genio de la Patria y este genio despierto

*—luz de almo esplendor
es lo que de ti ha de brotar—*

es quien puede llevar a la Humanidad—después de la tempestad trágica y trucidante en que se anega— «a aspirar su hálito en el de Dios, fuente de toda paz, de toda justicia y de toda convivencia».

Dacio RODRIGUEZ LESMES

P R E S E N T A C I Ó N

Por el Delegado Provincial
de Educación Popular

Se inició el Gran Homenaje palentino al autor de "Margarita la Tornera" con un acto oficial en el Instituto de Enseñanza Media "Jorge Manrique", presidido por el Excelentísimo Sr. Gobernador civil, D. Enrique de Lara y Guerrero, Marqués de Guerra y todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares de la capital. En él pronunciaron discursos —los tres que a continuación insertamos— Don Dacio Rodríguez Lesmes, profesor y Redactor-Jefe de "El Diario Palentino-El Día de Palencia"; Don Felipe Ruiz, Catedrático del Instituto, y el Rvdo. P. Fray Secundino Martín, O. P. Hizo la presentación de los oradores el Delegado de Educación Popular, camarada Enrique González Royuela. Lo más selecto de la intelectualidad palentina, profesores y alumnos de todos los Colegios y Centros de Enseñanza prestaron su más entusiasta colaboración a la sesión inaugural, que resultó solemnísimamente. Al final de los discursos el Excmo. Sr. Gobernador civil declaró inaugurada la Semana en honor de Zorrilla. He aquí las palabras del Delegado Provincial de Educación Popular:



La popularidad alcanzada por el ilustre vate nacional D. José Zorrilla, debida a su prolifera obra literaria que tan bien interpreta el sentimiento nacional, justifica ya por sí misma esta «Semana» organizada en su homenaje y en memoria del Cincuentenario de su muerte.

Pero existen otras fundamentales razones por las que la Delegación Provincial de la Vicesecretaría de Educación Popular no ha querido que la citada fecha pasase inadvertida y muda.

Unen al prestigioso poeta con nuestra tierra viejos lazos de familia, amistad y cargos que nos obligan a recordarle con más intensidad y afecto que otras regiones españolas, aparte su especial significación dentro del movimiento romántico español.

Es una constante histórica que la situación social y política de un pueblo, se manifiesta en sus creaciones literarias y recíprocamente que los escritores —generadores de ideas— influyen notablemente en la vida de una nación, cambiando su modo de ser y de pensar.

La vida de Zorrilla se desenvuelve en el siglo de nues-

tro ocaso imperial, «siglo de salvaje energía malograda», de pronunciamientos, motines y revoluciones.

Lejos los imperiales días en que España dió normas al mundo, incluso en su grave y severo vestir, estaba en moda la imitación extranjera con su consiguiente desprecio a lo nacional. Las más raras y antagónicas doctrinas eran estudiadas y difundidas, olvidando la propia filosofía «gallarda y batalladora» de nuestros grandes polemistas para caer en el sensualismo racionalista de la Enciclopedia o en las lobregueces del Krausismo.

Nótase sin embargo, dentro de este confusionismo ideológico y extranjerizante, una reacción espiritualista hacia el año 1834 debida a diversas causas, entre las que figura la revolución literaria conocida con el nombre de «Romanticismo».

Porque si bien el romanticismo en general es una exaltación individualista que se caracteriza por la ruptura de dogmas artísticos y la preponderancia de una imaginación desbordada, cultivando con sensual delectación el aspecto melancólico, triste y macabro de las cosas que arrastra a alguno de sus secuaces al suicidio —Larra—, concretamente en el romanticismo español pueden observarse dos tendencias muy distintas: La «filosófica o subjetivista», nacida de la imitación extranjera —Byron, Goethe, Victor-Hugo— y amamantada en las doctrinas revolucionarias del 89 y la «histórica o legendaria» que nos trajo el culto a los romances, a las leyendas y tradiciones históricas que tan excelsamente cantó en versos fáciles y sonoros nuestro poeta nacional.

Y he aquí una razón esencial de nuestro homenaje.

Porque a lo largo de los siglos que hemos dado en llamar «de decadencia española», existen en nuestra nación hombres eminentes en todos los aspectos del humano saber —ciencia, arte, literatura y política incluso— que no saludaron con alborozo, como la mayoría, las «ideas nuevas», sino que entroncados con la sana veta de nuestros clásicos, siguen defendiendo la verdad española formando lo que, con Menéndez y Pelayo, podíamos llamar la «resistencia ortodoxa».

Y en este grupo sin duda alguna, podemos incluir al poeta D. José Zorrilla, ya que como él mismo afirma, «nunca vendió su pluma ni su fe».

Si añadimos a esto, como al principio expuse que nos unen con el poeta lazos familiares de convecinos, puesto que sus padres vivieron en la cercana villa de Torquemada, y desempeñó él mismo el cargo de Cronista oficial de Palencia, cantando nuestras tradiciones, como la de «Margarita la Tornera», de tan rancia solera palentina, que incluso se ubicúa en el Convento de las Claras; júzguese la razón que nos asiste para organizar estos actos de divulgación de su vida y sus obras entre elemento estudiantil de nuestra capital.

Intervienen en los mismos, profesores, poetas, periodistas, inspectores y maestros, porque de todos hemos recibido colaboración desinteresada que me honro en agradecer públicamente, y habiendo recibido también el apoyo incondicional del Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia y del Jefe Provincial del Movimiento, «Mecenas» de esta «Semana», así como el económico de la Delegación Nacional de Propaganda, no dudo que estos actos han de constituir efeméride en la vida literaria de nuestra capital.

Que es todo lo que ansío, para el mejor servicio de Dios y de España.

¡Arriba España!

**ZORRILLA EN LA CUMBRE
DEL ROMANTICISMO**

NUEVOS ASPECTOS DEL HECHO ROMÁNTICO

Por Dacio RODRIGUEZ LESMES

Una nueva interpretación del Romanticismo nos ofrece el documentado ensayo que abrió plaza en el ciclo de Conferencias de divulgación en torno a Zorrilla. El Romanticismo se basa en el choque de impulsos raciales, que resurgen a la Historia con el pueblo ario. Comprendido así el Romanticismo, no es más que la fiel correspondencia a los dos principios indoeuropeos: misticismo de la Naturaleza y misticismo de Nación, empírico e individualista, contra el que erige el mundo mediterráneo, la ley de la norma y el espíritu. Racialmente el Romanticismo no es fenómeno español. Zorrilla lo vió ya de pasada, en perspectiva, y comprendiéndolo pernicioso para nuestra Patria, reaccionó frente a su influjo demoledor exaltando los ideales eternos de Dios y España, la misión ecuménica y apostólica de nuestra fe y nuestro destino y grandeza.



Es complejo el romanticismo y de poderosa influencia en la vida de los hombres y de los pueblos. Y resulta verdaderamente obra de titanes querer desentrañarlo. Por eso ha sido muy cómodo siempre darle un origen gratuito, hacerle surgir de la patología de un literato o de un filósofo, estudiando sus derivaciones con un criterio puramente de pirotecnia—de sus chispazos en el tiempo y en el espacio—sin detenerse nunca a examinar más que sus derivaciones, pero nunca su entronque racial y su proyección total en la Historia. Proyección, que no puede ceñirse a la de los siglos que suceden al Renacimiento, sino que se lanza en gigantesco manojó de rayos desde que aparece en la comunidad humana, una raza, una familia de gentes que lleva el romanticismo como nervio de su destino y quehacer en la Historia. Esta raza es la indogermánica. No busquemos al Romanticismo con un padre mortal, Rousseau, distanciado de él ya que no en el impulso, sí por la gracia del nacimiento. Todos los movimientos culturales, sociales o políticos responden a una inquietud común, son producto del rodar de ideas y afanes comunes, de los mismos pueblos. Si después surge el genio, no es para crear ese estado de apetencias de renovación, es para recoger en sus ondas las aspiraciones generales, para darles forma y ponerlas sobre el carril del éxito. De no ser así, el genio se apagará en brazadas

infructuosas, y lo más que puede conseguir es el solazarse en torturas espasmódicas y convulsiones individuales.

No es cierto que Rousseau sea el padre del Romanticismo. Como no es cierto tampoco que el Romanticismo surgiera en Francia, como no es cierto tampoco que hubiera Romanticismo en los países mediterráneos, en Italia, en España. Los casos aislados de Espronceda y Leopardi —y aún de los nacionalistas italianos que hicieron del Romanticismo liberal bandera para sus reivindicaciones de independencia— son casos en los que sólo merece intervenir la Medicina. Como fenómenos típicamente nacionales, de pueblo, deben ser desechados.

El Romanticismo, tanto en la literatura como en el arte, como en la filosofía, tiene un entronque netamente indogermánico. Son el simple producto típicamente inglés y alemán. Y son el simple desarrollo de unas características raciales, que en Grecia afloran en los sofistas primero, más tarde en los alejandrinos, después en la filosofía estoica, y finalmente, por no detenernos más en los siglos medievales y modernos, en la exaltación sensualista e individualista anglo-germánica. En el fondo, es la exaltación de la materia frente al espíritu, es la Naturaleza frente a Dios, del hombre en supercrítica, contra el respeto a la majestad y la ciencia sublime del Creador. Los pueblos mediterráneos somos por esencia pueblos espirituales, hondamente espirituales. Nuestra filosofía se funda en el respeto al más allá, en la filosofía religiosa de la muerte que es vida y glorificación. En el sustrato mediterráneo flota ese sentido sobrehumano de la vida, que sólo encuentra apetencias en la unión con la divinidad, pero no una unión panteísta, sino una identificación de sometimiento a la norma, a los dictados del poder supremo de la teología. Nuestra mitología primitiva es completamente idéntica a la de los griegos, a la de los latinos aborígenes. Y nuestras costumbres populares tienen las mismas directrices de todos los demás pueblos que sienten bañadas sus costas y sus almas por las aguas quietas y nostálgicas del Mare Nostrum. A nosotros no nos atrae el Sol, ni la Naturaleza, como no sea para verlos como

reflejo de una potencia suprema que les dió ser y motivo en la armonía de las esferas. No es la Naturaleza para nosotros una divinidad, como fué para los arios, que hicieron del Sol su Júpiter y poblaron los bosques y las aguas de náyades y ninfas, espíritus que influían en la suerte de los hombres.

Dios, norma y espíritu es la trilogía de nuestra definición. Pero al advenir sobre el suelo europeo la familia indogermánica y derrotar a los indígenas por la fuerza de las armas y de las instituciones después, se produce una transmutación profunda del carácter y han tenido que pasar muchos siglos, para que hayamos descubierto entre las neblinas de los tiempos lo que es fundamentalmente nuestro y lo que nos trajeron los dominadores. Han tenido que pasar muchos siglos y la Historia darnos muchas lecciones, para que hayamos podido comprender en sus enseñanzas todo el juego de acciones y reacciones entre los dos espíritus en pugna. Dios sobre el hombre y el hombre sobre Dios van a ser los dos principios que en la palestra de la inquietud europea —que es decir inquietud universal— lucharán hasta nuestros días, disputándose como presea el desenvolvimiento humano.

Los sofistas establecen al hombre como centro y base del mundo. Su teoría de que la «virtud puede ser enseñada», es decir, el estado psíquico-somático de elevación espiritual que los griegos coincidían en su hombre calocagató es un nuevo grito de rebeldía contra el espíritu, contra Dios, al que el hombre se cree con fuerzas no sólo para comprender, sino para formar. ¡Qué gran hallazgo encontrar en Nietzsche al estudiar el gran filósofo el fenómeno romántico una frase semejante! «La virtud ha vuelto a ser elocuente». Y recuerda uno a los vendedores ambulantes de sabiduría que recorrieron todas las ágoras y todos los palacios de la Hélade proclamando la revolución contra el espíritu tradicional de la Grecia mediterránea. ¡La virtud, el espíritu sacado a los labios de los oradores callejeros, en pública subasta!

Llegan después los alejandrinos —precisamente en un momento histórico parejo al de los siglos XVIII-XIX—

y refloran el estoicismo, el mismo epicureísmo, respondiendo a idéntica necesidad racial de oponerse a la doctrina espiritualista mediterránea.

Toda la Historia está escrita —mejor, puede escribirse— en este duelo a muerte de los dos principios, que nosotros, más absolutos que ningún pueblo y más creyentes que ninguno, sintetizamos en la lucha bíblica de los Angeles Malos y los Buenos, del Bien y el Mal, y aún más, de Dios y la Perversidad. Lucha, que ha ido trazando sobre los rieles de todos los caminos los destinos de los pueblos, que ha apagado —como a nosotros— en ocasiones el sentir nacional, pero que otras ha servido en creciente heroísmo de sublimidades, para retornarnos la justicia de una Causa, que siempre —oh, coincidencia de los términos— para nosotros se llamó tradicional, se llamó española y se llamó cristiana y católica.

Y no se crea que juego con las palabras. He dicho antes que el Romanticismo no tiene nada de mediterráneo, que es un fenómeno puramente inglés y alemán, dos pueblos que tienen racialmente más puntos de contacto que nosotros con cualquiera de los mismos.

El Romanticismo, localizado ya en los siglos que suceden al Renacimiento, encuentra su ocasión y fundamento político en la Europa de Luis XIV. Los dos enemigos del gran Rey francés, al adquirir conciencia de su personalidad, se alinean frente a los principios clasicistas, normativos que Francia entonces sustenta. El clasicismo francés creía en la superioridad del hombre —fiel a Dios— sobre las cosas, sobre las pasiones, de la ley moral y social sobre los instintos y sobre el individuo. Inglaterra y Alemania que en la guerra le oponen las armas y la diplomacia, suscitan frente a él, los mismos principios que conforman su raza indoeuropea:

Oponen la fuerza vital a la regla, la naturaleza a la sociedad, el instinto a la razón. Inglaterra cuya filosofía es heredera en su totalidad del empirismo baconiano, con Hobbes levanta el sensualismo, que al tomar notas objetivistas es lo que llamamos MATERIALISMO y que pronto había de inficcionar a Francia sobre todo desde

que Voltaire lo vulgarizó, lanzándolo a las masas, democratizándolo, descristianizando al pueblo y dando origen a la Revolución del 89. Toda la realidad es materia y no existe más que materia dotada de movimiento: recordemos el «Hombre-máquina» de La Mettrie. Las actividades humanas están regidas fatalmente por las leyes de la mecánica: Alma, libertad, Dios son quimeras; la religión es un mal, el fin de la vida la propia satisfacción (el placer que ya antes había llevado a los cínicos al suicidio como Werther). Todas estas doctrinas que había de recoger la Enciclopedia, Holbach, la misma controversia entre mecanicistas y causalistas reflejaban el culto a la Naturaleza, la principal característica romántica que invadió todo el siglo XVIII y el XIX y que culminó en Rousseau.

Rousseau concentró en su espíritu torturado todas las influencias y las dió cauce. Este creemos que sea el motivo para que se le atribuya la paternidad romántica, como hemos visto, tan distante de él. Pero Rousseau instaura el llamado «derecho natural», da forma y resonancia en Francia, entonces cabeza del mundo, a las ideas y sentimientos anglo-germánicos. El estado de naturaleza es para él el único en que el hombre es esencialmente bueno, es la vida solitaria. Luego llegará René. El estado social, basado sólo en un contrato, ha llevado a la división del trabajo, a la propiedad individual, a la desigualdad de las situaciones y ha puesto a fin la felicidad. En puerta quedaban el liberalismo y el marxismo. Al ser imposible volver al estado de Naturaleza, hay que acercarse a él. ¿Cómo? Suprimiendo lo que sea posible y asegurando, por un conjunto de derechos y libertades imperceptibles, la libre expansión de la individualidad. Vuelta a la Naturaleza=característica inglesa y alemana. Individualismo=característica de más allá del Rin. Rousseau funda sobre el sentimiento natural una moral y una filosofía de la religión. Viviendo aún pudo solazarse de su obra, pudo ver cómo sus ideas demolidoras invadían todos los estratos sociales y precipitaban las subversiones que habían de dar al traste con toda

la ideología francesa y mediterránea. Los enemigos de Luis XIV habían logrado sus propósitos.

¿Fue un plan deliberado? No. Insistimos en que lo mismo unos que otros no hicieron más que romper las amarras de la sumisión, que volver a colocar sobre la pantalla de la Historia sus retratos frente a los latinos. Fue la oposición de su «temperamento profundo de raza» que dice Reynaud (*Le Romantisme*, París 1926), que había sostenido y se sostendría siempre por una filosofía práctica, una filosofía y una «religión» que desarrollaban libremente las tendencias eternas de su espíritu, que no hacían más que reaparecer y que habían estado comprimidas desde fines de la Edad Media y principios del Renacimiento, por un instante solamente frente a la influencia francesa aristocrática y clásica del siglo de Luis XIV. Reaparecían en el preciso instante en que la clase que entre todas encarnaba el anglosajonismo, la burguesía de los negocios, recobraba el poder y en que la nación comenzaba su ascensión extraordinaria, marcada en los rasgos tan profundos de su genio utilitario y mercantil, cuando volvió la adoración por Shakespeare, por Milton, cuyo «Paraíso perdido» rezuma una sensualidad materialista neta, velada aún por la legalización del matrimonio, pero donde se concede a Satanás el puesto de héroe, de protagonista, es decir, exaltación descarada del Mal.

La paternidad alemana que hemos atribuido al Romanticismo se funda también en características raciales. En primer lugar en su misticismo de raza, de nación, que ya Seillière sintetizará: «El hombre de mi raza o de mi sangre —dice el alemán— es por privilegio aliado de Dios: Dios es alemán». Pero un misticismo que se reconoce con sólo verle excepcionalmente DOTADO POR LA NATURALEZA. He aquí de nuevo resucitando el espíritu ario.

El Imperio alemán escribía ayer sobre sus monedas: «Dios con nosotros», por reminiscencias feudales, por medievalismo y no de los castillos, ni los conventos, sino de la cultura. Desde Leibnitz, de quien depende toda la filo-

sofía alemana del siglo XVIII, pasando por Wolf, las escuelas estéticas, sentimentales y de la Historia, y por reacción, la empírica, nacida al socaire de ecos raciales bajo la influencia inglesa, e incluso la popular de Thomasius, exaltando la «sana razón del pueblo», concepto tan romántico, y que había de parar por Kant en Fichte y Schelling, Novalis y Schlegel, estableciendo el Yo absoluto de actividad, Alemania viene elaborando un misticismo de raza que se fundamenta en razones puramente históricas. Klopstock, además de los citados, Lessing, el grupo del «Sturm und Drang», Herder, Goethe y en tiempo de Napoleón con Fichte, Kleist, Arnt, Koerner, Jahn exaltan el «teutonismo», siempre en estrecha conexión con el movimiento romántico. Es la exaltación de los arios como organizadores de la cultura y de la sociedad. Francia —que a pesar de su mediterraneidad tiene estrechos contactos raciales con los viejos germanos—, recordemos a Gobineau, llevó ese misticismo, que también sintió un día, a la democracia y a la revolución. Aquí tenemos en esta identidad de origen indígena por que Francia, vinculada al mundo latino, sirvió de vehículo y dió calor al movimiento romántico. Pudo en esta subversión de valores que acarreó el Romanticismo volver los ojos a las caricias del Mar que le ligaba con Roma y con los primitivos colonos marseleses, pero prefirió abrazarse a las brumas de los bosques germánicos, en un transporte que si no fué de eclosión panteísta por ser puramente mimético, la hizo escenario de experiencias, que las naciones, en donde brotó el primer retoño romántico, supieron encauzar en el terreno netamente ideológico, no en el callejero como ella, que llevó a transportes exaltados toda la doctrina demoledora que encarnaban. En el pecado llevaba la penitencia.

Volviendo a Alemania y para reforzar nuestra tesis hemos de ver cómo entre todos los pensadores germanos, los dedicados a especulaciones filosóficas, los teorizados científicos, los poetas, los músicos, los artistas, todos muestran inclinaciones especiales, dan pruebas concluyentes de su inclinación a LAS FUSIONES AFECTIVAS,

DE ESTILO PANTEÍSTICO, CON EL COSMOS. Sentido exaltado de la Naturaleza. Hay quienes—dice Sáinz Mazpule— han sentido con tal fuerza las ondinadas de las baladas de Goethe, que se han lanzado al agua para abrazarlas y muchos jóvenes se suicidaron con la pompa dramática con que murió Werther. Los personajes de Wagner, el dios Wotan, las hijas del Rhin, los dioses de los Niebelungos, son mitos todos que representan y han representado auténticas encarnaciones de la Naturaleza. Las ondinadas de Goethe expresan una concepción monista y personifican la misteriosa atracción que sobre nosotros ejerce un elemento natural —el agua— que nos invita a fundirnos con ella y al través de ella, mediante ella, con las realidades del cosmos en un abrazo de hermandad. Hasta en el cristianismo surge en Alemania una mística panteísta en el maestro Eckart de Hochein y triunfa en la metafísica de Zwingli, en la antropología de Sebastián Frank y de Jacobo Boheme. En todos ellos la Naturaleza es divinizada. Recogemos estas sugerencias para aclarar que ese sentimiento de la Naturaleza—indogermánico— típicamente romántico perdura hasta hoy.

Pero al mismo tiempo, pervive lo que es privativamente alemán: el que hemos llamado misticismo de raza, individualismo de nación. Desde el mismo Eckart a Boheme, de Boheme al teorizador actual Rosenberg hay un sentimiento típicamente germánico, místico de la raza, del individualismo alemán. Cuando los grandes maestros del romanticismo con Novalis y Goethe ven en el mundo un campo de EXPRESIONES, desde los cuales el ALMA PUEDE LLEGAR AL CENTRO DE LAS COSAS, están en la misma línea germánica de concepción individualista, racial. Pureza de raza, individualismo de raza significa fuerza de raza, esa fuerza que caracterizó una vez más la reacción indogermánica contra el mundo latino, de lo ecuménico, de lo espiritual, de lo religioso, donde las razas todas sin distinción se abrazan como antes en Roma, en una fe y en un destino, en la unidad de anhelos del más allá, de Dios, fundidas en un espíritu crea-

dor, más fuerte y sólido, tenaz y duradero, que todas las unidades biológicas.

Todo lo demás se explica por estos caracteres. El Romanticismo que exalta la Naturaleza, es el reflejo del materialismo en su lucha contra el espiritualismo, del sensualismo que inicia Thomson y Wilson, al hallar los «encantos de la tierra natal», el sentido romántico del paisaje, que les llevara a descubrir su mismo panteísmo.

El primitivismo, la vuelta del hombre al estado de Naturaleza, es decir, la pugna del instinto contra el estado social, surge en Swift en el «Cuento del Tonel» y en los conocidos «Viajes de Gulliver», donde ataca las formas todas de la sociedad y dice textualmente que «los hombres están corrompidos» por haberse apartado del estado de naturaleza, idea que iría a clavarse directamente en el pensamiento de Rousseau, para hacerle redactar el famoso discurso de la Academia de Dijon. Fielding exalta el instinto, y llama a los virtuosos hipócritas, mostrando en su perversión una incomprensible indulgencia para el vicio, que también había de mostrar Rousseau.

El mismo ossianismo —en el retorno a las leyendas gaélicas, a los rayos de lunas y espectros neblinosos, de héroes muertos y cráneos donde se bebía hidromiel, de cascadas mugidoras y espumosas torrentes— no es más que la concreción de ese culto panteísta a la Naturaleza, y como motivo no tiene otro que el de oponerse a la frivolidad impuesta por las Cortes versallescas, con acentos que no querían sol sino tristeza ensoñadora, melancolía y nieblas.

El retorno a la Edad Media está significado por dos hechos: Ingleses y alemanes no conocían históricamente otros puntos de referencia precedentes. Su vida en la Edad Antigua les era desconocida. A la vez, el ambiente feudal que ya hemos visto dió carácter a Alemania, exigía para su comprensión un marco de melancolías y tragedias como el que aportaba el movimiento romántico. El espíritu materializado no hallaba por ninguna parte

las apetencias de placer, de satisfacciones, y como el de los antiguos cínicos y sus hijos los estoicos, se refugiaba en la muerte y en todo lo que a la muerte daba forma y color de paisaje corrosivo.

¿Y por qué el entusiasmo por el gótico? El estilo propiamente medieval fué el románico. La respuesta es fácil. Sólo hubo un español —y es porque fundamentalmente los españoles no hemos sido románticos— que defendiera la primacía del románico en el movimiento del siglo XIX: Piferrer. El románico es horizontal, el románico es camino del cielo, el románico esmalta la vía sagrada de la Europa medievalista hacia Santiago. Va a pasos contados —la senda de la virtud es áspera— hacia la unión con Dios. El gótico es vertical. El gótico es también alemán. El gótico mira frente a frente a la Divinidad. Cara a cara. Es el anhelo de subir al cielo con impulsos de rayo. Y ya se sabe que quien al «cielo escupe»... Es el mismo deseo de los que quisieron resucitar un romanticismo cristiano... El romanticismo era sublevación contra el espíritu. Era ímpetu desbordante. Y nosotros que hicimos de la Historia camino, que tuvimos también nuestro gótico, sin darle el sentido vertical que representaba, preferimos el otro estilo de ascensión al Reino de Dios. Despacito, despacito, siguiendo la senda que marcaba la Vía Láctea, el camino blanco del respeto a las creencias, a la ley divina, al destino de nuestro pueblo, lo mismo que en el Renacimiento, sin pretender levantar a la humanidad sobre el Rey de la Naturaleza.

Accidentalmente nos hemos referido a la pasión melancólica romántica. La razón por sí sola representa la norma. El romanticismo es lucha contra la norma, literariamente figurada en el neoclasicismo francés. Contra ella surgió la pasión sin frenos: melancolía, desesperación en los espíritus, liberalismo, revolución en la sociedad.

Aquí encaja la apreciación de Nietzsche al señalar para el romanticismo un precedente obligado en el estoicismo. Teoría nueva, pero exacta. Zenón apoyó su ética en el cinismo. Los cínicos fueron sensualistas. Antístenes llevó el ideal socrático de la autarquía al extremo de la falta

absoluta de necesidades externas y consideró el placer como causa de todos los males. Esto le condujo a la negación de todo lo legado por la civilización a los hombres, al principio de la vuelta del hombre a la Naturaleza, a un cosmopolitismo individualista. Los cirenaicos de Aristipo no estaban muy lejos de ellos. Para evitar el dolor, se cerraron en una inquietud negativa, y recomendaron como mejor medio de evitar las insatisfacciones del espíritu, la muerte, el suicidio, predicado en Alejandría por Hegesías.

Los estoicos aparecen con Posidonio, el filósofo que adivinó 1.500 años antes el descubrimiento de América por Colón, exaltando la vida de los pueblos en estado de naturaleza, idealizándola como más tarde habría de hacer Tácito. Epicteto, entre sus exigencias éticas señaló la renuncia a los bienes del mundo («Sustine et abstinence»), la tolerancia de los defectos de los demás hombres principios netamente roussonianos.

El mismo epicureísmo colmado de hedonismos, escéptico y pesimista, nada espera de esta vida y aún poco de la muerte y la misma virtud—aretá—busca y siente una especie de **VOLUNTAD PERSONAL** en su corazón.

Estoicismo y epicureísmo —es decir alejandrino—aprestan el oído a la voz de la Naturaleza en nuestro corazón, invitándonos a la primacía y desarrollo de nuestra **PERSONALIDAD**.

Esencialmente, como puede verse, rasgos románticos.

Concluyendo, al enfrentarnos con la figura de Zorri-lla, vemos al romanticismo como algo extraño a nuestro temperamento, no sólo el español, sino también el mediterráneo, el latino. Exaltando la naturaleza, el pesimismo y el individualismo, del que surgen después la deificación de las pasiones, la anarquía, la irreligiosidad y un estado de alma—¡qué bien sabe Dios hacer pagar los pecados de soberbia!—en que el alma se anonada hasta el último extremo, hasta despreciarse a sí misma, porque ella que se sintió dominadora del mundo, no sabe hallar su propia satisfacción. Es el que se llamó «mal del siglo». Su indefinición, que lo arrastraba continuamente a la eva-

sión constante de lo real y lo cotidiano, hacia el más allá, la lejanía algodonosa de lo desconocido y que tendía en la literatura hacia las formas de vagos orientes fantásticos o Edades Medias de caballeros y trovadores, misterios de paisajes y nocturnos, ruinas melancólicas, sueños, pesimismo, sobre todo pesimismo, tenía que desembocar fatalmente cuando no en las doctrinas satanistas y materialistas—tanto literarias como sociales—en las naturalistas que por un siglo entero pararian la vida de la Humanidad, en justa pena a su vuelta de espaldas a Dios. En España afortunadamente, repetimos, no sufrimos el mal romántico. Fue una moda, un juego de chiquillos. Nos entusiasmó la «moda», la traca musical de los poetas románticos, pero nosotros no llegamos nunca a sentirlo. Espronceda repetimos, fué un caso patológico, un genio pero que se apagó, afortunadamente, en las mismas llamaradas de su inspiración.

Zorrilla, ya cuando estábamos de vuelta de las primeras atracciones románticas, si bien como artista del verso logró culminar la armonía de la escuela, dando pie a Rubén para sus maravillosas fantasías orquestales, en el fondo, fué un ESPIRITU DE LA RAZA, de nuestra raza mediterránea.

En el dorso del programa del Homenaje habréis leído todos unos versos característicos. Son la semblanza del poeta hecha por el poeta mismo. Dicen así:

Broté en un cementerio, cual flor de jaramago

(recordando la ocasión del entierro de Larra en que se dió a conocer)

*parásita en sus tapias y sus tumbas en flor;
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago*

(aludiendo a las vicisitudes externas de su vida)

me transformé en alndra... y yo aspiré a condor.

(reflejo de sus inquietudes de artista).

Pero aquí Zorrilla se define:

CRISTIANO Y CABALLERO COMO ESPAÑOL
 [sin tacha,
canté la FE y las GLORIAS que en mi nación
 [hallé:...

Este es Zorrilla, poeta nacional y nunca mejor aplicado el calificativo. Zorrilla que recoge los anhelos, los afanes de nuestro pueblo asentado por la gracia de Dios y de la Geografía en la cuna de la Civilización creada por Dios a su misma imagen y semejanza—fué de las primeras civilizaciones del mundo—, como heredera del sano espíritu, del que mira siempre hacia el cielo, porque sabe que de él nació y de él depende y la Providencia divina—no la mecánica ni de los hombres ni de la fatalidad—rige el destino de las naciones.

Este es Zorrilla. Nosotros lo hemos situado en la cúspide del romanticismo. Y allí está no como poeta romántico. Es el hombre que se ha colocado en tiempo sobre la montaña de las ideas y las ve en total panorama, en plena perspectiva, las divisa y las comprende y como posee una visión exacta, porque las examina desde la cumbre, sabe reaccionar, respondiendo a su espíritu indígena, a su espíritu español como le ordena la fe y la sangre, la tradición y las llamadas del futuro de su Patria, vista en el pasado y en el presente, es decir, en abrazo complejo y totalitario. Larra también vió a su siglo, pero no supo reaccionar cristianamente, hispánicamente, y se suicidó.

Zorrilla tiene una poesía «Inspiración» en que detalla con términos taxativos su modo de ser y su modo de pensar. Una poesía que por sí sola basta para coronar, en absoluta confirmación, cuanto dejo señalado en mi conferencia.

*Escucha ¡oh siglo de la luz!—escribe—el juicio
 que ha formado de ti mi fantasía...*

*Mi voz de tu poder a las regiones
no levantó jamás a cambio de oro
ni vendidas ni hipócritas canciones,
su dignidad hollando y su decoro.*

Oye tu historia:

*Llámante el siglo de la luz: yo creo
que eres, sin embargo, el de la tinta,
que eres siglo de fósforos y globos,
sólo siglo de luz para los bobos.*

*HIJO DEL FILOSOFO ATEISMO...
su ley, su fe y su ciencia fué EMPIRISMO...
He aquí señora universal del mundo
a la revolución...*

*De evangélica en vez, devastadora
la civilización al orbe agita,
y del incendio y del cañón la llama
la libertad alumbra que proclama.
Nuevas son las leyes: y (véase nuestra teoría
[racial])*

NUEVAS LAS RAZAS.

*La miseria pesa,
la discordia ante el hombre abre un abismo,
la sociedad se agita, aun tiempo presa
de la incredulidad y el fanatismo.
El trueno zumba, el temporal engruesa
lucha el siglo tenaz consigo mismo:
todo la luz buscando, lo atropella.
—¿Quién nos dará la luz tras de que andamos?
—La civilización. Civilicemos.
—Ya hay luz. ¿Mas qué nos falta que aún no
[vemos?*

*Falta la CONVICCIÓN al sabio insano:
FE es lo que falta al corazón humano.
Sin fe no hay libertad, ni luz, ni ciencia.
Para hacer de la tierra un paraíso
no es menester alzar la inteligencia*

*más de lo que el Señor alzarla quiso:
para dorar del hombre la existencia
cumplir el Evangelio es lo preciso:
hermanos, para hacer los hemisferios,
templos son menester, no falasterios.*

Y más adelante añade:

*Tu civilización es mentira...
Mientras que en vez de las torpes narraciones
de los hechos impúdicos, sin ciencia,
no enseñes a tus hijos las lecciones
santas de tu católica creencia,
ni abrigarán virtud sus corazones
ni alumbrará el saber tu inteligencia.*

Y remacha señalando las dos fuentes que hemos encontrado nosotros en el Romanticismo:

*Su ilustración—dice—será vil EMPIRISMO
[(sentido inglés)
y su virtud EGOISMO (tendencia germana)*

Para concluir al fin: DIOS SOLO ES SABIO.

Y por ser creyente, poeta netamente espiritual, Zorrilla que más adelante en su prólogo a LOS RINCONES DE VALLADOLID escribe:

*Pasó ya el romanticismo
que Dios le haya perdonado*

y que el mismo se llamó

*único español acaso
que en cuenta el tiempo teniendo
quiso, al tiempo paso haciendo
quitarse a tiempo del paso...*

por todo eso, Zorrilla fué poeta nacional

*Yo consagré a España sola
entera mi poesía,
y no ha sido más la mía
que CRISTIANA Y ESPAÑOLA*

El verbo de la Raza se hizo carne en Zorrilla. En sus versos —ha escrito Cristóbal de Castro— está la RAZA entera, vertical, como un monolito, inmutable, perenne. Bajo la sobrevesta o el arnés, día y noche, por tierra y por mar, allí monarcas y concejos, nobles y villanos, monjes y letrados, alcaldes y obispos, posponen el dolor al honor, la vida a la gloria, la muerte a la Raza.

Bien se dió cuenta Zorrilla de que desde la cumbre de su altozano se quedaba sólo. De él únicamente iban a hallar ecos inmediatos los ramalazos de luz de sus versos, de su métrica joyante y encendida, rica en resonancias como las trompas de los viejos caballeros.

Pero los ecos hondos de la Raza necesitaban un 18 de Julio glorioso y magnífico, en que España que nunca había olvidado a Dios, tornara a sus altares, y se sacrificara en la gloria de nuestros destinos la sangre de los mejores... La España actual vibra remozada y emocionante por la Fe y por la Raza. Y si nosotros exaltamos a Zorrilla no es por que se cumpla simplemente su Cincuentenario, es porque cantamos las alegrías de nuestra Resurrección, y nos embarga no el pesimismo de la decadencia y el odio sino el optimismo de una ambición ecuménica, universal, hispánica. Hemos vuelto a encontrarlos en la encrucijada de la Historia y esta vez para no perdernos jamás. Y nos acordamos de quien nos marcó con la amargura de su pobreza, y de su abandono y del desprecio—en mor de su ropaje ripioso—la senda donde estaba engarzado el afán y la gloria eterna de nuestro Imperio. Y como él cantamos cuando regresó de las tierras lejanas donde la Patria eran sólo vagos ensueños:

*¡España! Te vuelvo a ver.
Dios tan lejos me hizo ir,
que temí nunca volver.*

*Si hoy no me mata el placer
no debo nunca morir.*

*Dame tu tierra a besar
y puesto en ella de hinojos,
déjame dejar brotar
las lágrimas de mis ojos
y a Dios un momento orar!*

*Deja que a pleno pulmón
aspire voraz tu ambiente,
aunque tal aspiración
dilatándose reviente
de placer mi corazón.*

*Dios me llevó mis pesares
a llorar a tierra extraña:
y a través de tierras y mares
mis lágrimas traigo a España.*

*España de mis amores
si aún más sacrificio ansías,
no quiero que por mí llores:
para ti tornaré en flores
todas las lágrimas mías.*

*¡Dios de España, a quien jamás,
olvidé por donde fui,
aquí es en donde tú estás:
aquí es en donde te das
a ver y adorar de mí!*

*¡Dios que sabes con qué fe
tantos años hora a hora
la de mi vuelta esperé,
no me abandones ahora...!*

.....
¡Que se ha puesto España en pie!

**LA AVENTURA AMERICANA
DE JOSE ZORRILLA**

EN LA CORTE DE MAXIMILIANO

Por Felipe RUIZ MARTIN

Rememoró el ilustre catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media "Jorge Manrique" Don Felipe Ruiz Martín en su magnífico trabajo el viaje a tierras americanas del inmortal poeta: los honores tributados a su llegada a Méjico, su amistad con el infausito Emperador Maximiliano no enturbia-da por intrigas ni malevolencias, y el regreso a la madre Patria, donde recibe la noticia del fusilamiento de su protector. Una lección clara, luminosa y atrayente como todas las del joven y ya notable historiógrafo.



Uno de los fenómenos característicos de la historia de Europa, durante el siglo XIX es el afán de emigración latente en sus habitantes. Individuos de todas las clases sociales, en apretadas masas, abandonan sus tierras nativas y se dirigen hacia el Nuevo o Novísimo Continente. Buscan en tan lejanas tierras su ideal: la gloria o la fortuna, y a veces la gloria y la fortuna. Son los más de los expatriados menestrales, aunque no faltan los casos de negociantes acomodados que aspiran a lograr allende los mares colosales ambiciones. También se aventuran a correr los peligros de semejante búsqueda algunos profesionales.

Don José Zorrilla, en 1854, estando a la sazón en París, afectado por la referida propensión de su época, decide trasladarse a América. Pensaba el poeta que allí su vida sería más fácil, al menos no tan precaria como en Francia.

Felizmente, en el «Panamá», hizo la travesía atlántica. En los primeros días del año 1855 arribó Zorrilla a la ciudad mejicana de Veracruz.

La noticia de la llegada del ya famoso escritor castellano pronto corrió por Méjico. Algunos admiradores fueron a abrazarle al puerto de Veracruz. Uno de ellos, el celebrado vate mejicano, don José Esteve, dió cuenta a Zorrilla de algo para él insospechado y además trágico: de la difusión por el país de unas quintillas, encabezadas con su nombre, ofensivas para el pueblo de Méjico y para

el Presidente de su Gobierno. Zorrilla protestó de tal calumnia y resolvió trasladarse a la capital del todavía joven Estado.

En la ciudad de Méjico fué el literato vallisoletano atentamente recibido. Lo más selecto de la colonia hispana le brindó su protección. Dos personas intimaron con el poeta: un médico valenciano y un perspicaz comerciante. El Dr. Sanchiz era el primero. Se llamaba el segundo don Manuel Madrid.

Con motivo de la apertura del curso académico Zorrilla se presentó ante lo más culto de la sociedad mejicana: fué invitado a leer alguna poesía en una sesión solemne que celebraba la Universidad.

El hispano logró un éxito rotundo. Al punto se pensó en hacerle un homenaje. Nada mejor para ello que la representación del «Don Juan Tenorio».

José Zorrilla sentía la satisfacción del triunfo rápido, y también es posible que acariciase la oportunidad que se le ofrecía para resolver su situación económica.

Al parecer, nadie se acordaba ya de las estrofas injuriosas para el país y para la máxima autoridad de la República. Un empresario teatral, sin embargo, las tenía muy presentes. E impelido por el lucro, para evitar la función-homenaje, denunció a Zorrilla. Y muy mal lo hubiera pasado éste sin la intervención decidida y sincera del embajador de la Reina Isabel II de España.

Para excusar incidentes Zorrilla se va al campo: a los llanos de Apam. Y allí le fueron días y le vinieron días.

En verso y en prosa nos ha descrito el autor de «Margarita la Tornera» lo que él vió en estas correrías por la meseta mejicana. La estancia más grata —según sus propias palabras— para detenerse a reposar en la mitad del viaje fatigoso de la vida. La gentileza de las mujeres y la cortesía de los hombres le sugieren calurosos encomios. Particular atención le merece —que no en vano es artista— la música popular: encuentra en las canciones mejicanas cierta semejanza con los cantos andaluces.

En 1858 Zorrilla pasa a la isla de Cuba. Le lleva allá, para asuntos financieros, un español amigo. La muerte

de éste, víctima del vómito negro, entristece al poeta. Y no bastan para su consuelo las deferencias que con él tiene el Capitán General de la isla, don José de la Concha, Marqués de la Habana. Precipitadamente regresa el poeta a Méjico.

Graves sucesos acaecían a la sazón en América del Norte. En los Estados Unidos ardía la cruel guerra de Secesión. En Méjico, el problema financiero daba lugar a la intervención extranjera. El momento era crítico por lo favorable para intentar uno de los llamados sueños de Napoleón III: el establecimiento en tierras centro-americanas de una Gran Potencia católico-latina bajo los auspicios de Francia que contuviera el ya incipiente imperialismo yanqui.

Los sucesos se precipitan vertiginosamente. Llegan tropas francesas a Méjico. El general Forey toma Puebla y entra en Méjico. Instaura una Junta de Gobierno. Esta asamblea en la sesión del 10 de julio de 1863 acuerda establecer en Méjico la Monarquía hereditaria. Se ofrece la corona a un Príncipe de Austria...

El 11 de julio de 1864 entran triunfalmente en la ciudad de Méjico el Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota. Don José Zorrilla fué testigo del acontecimiento. En sonoros versos nos ha dejado referidas sus impresiones sobre los monarcas.

Retorna Zorrilla a los llanos de Apam. Y en los llanos de Apam inopinadamente un buen día se presenta el Emperador Maximiliano. Va hacia el afamado y destruído acueducto de Tempoala.

Zorrilla es presentado al César. En el español y el austriaco, surge, simultánea y mutuamente, esa impresión vaga, pero profunda, que se denomina simpatía y que es base para las mejores relaciones y germen de la más pura amistad. Hablan de Méjico y de sus habitantes, de la Literatura del país, y convienen en la necesidad de crear un Teatro Nacional. Maximiliano propone a don José Zorrilla que se encargue de su organización para más tarde dirigirle. Luego Su Majestad Imperial cordialmente se despide del poeta vallisoletano.

Zorrilla se traslada a Méjico. Visita con frecuencia al Emperador y paulatinamente va ganando su confianza. Para facilitar el acceso a Palacio del autor de «Granada», Maximiliano, tras de concederle el título de Oficial de la Orden de Guadalupe, le nombra Lector Imperial. Zorrilla, llega a convertirse en la persona confidencial del Emperador de Méjico. El escritor castellano corresponde, primero, con el debido respeto, y después, con la más sincera lealtad. Un aviso de Zorrilla frustró un atentado contra la vida de Su Majestad Imperial.

Transcurría la vida de nuestro poeta en América, ahora gracias a la protección oficial, fácil y dignamente. Su favor era requerido y estimada su persona. Y sin embargo, en el fondo del alma de Zorrilla, latía la nostalgia de la Patria. Maximiliano echó de ver los deseos y las dudas del español y generosamente le ofreció un permiso indefinido, al cabo del cual regresaría nuevamente a Méjico.

El 13 de junio de 1866 zarpaba de Veracruz hacia Europa un navío en el que iban dos miembros de la Corte de Maximiliano: el Director del Teatro Nacional y Lector Imperial, don José Zorrilla, y su secretario.

El Imperio católico-latino de Méjico no podía tener éxito, sino en el caso que la guerra de la Secesión se decidiese en favor de los Estados del Sur y la Unión Americana se resquebrajase. Pero cuando el Norte afirmó su supremacía hubo de desvanecerse el proyecto mejicano de Napoleón III. La actitud amenazadora de Lincoln obligó al Emperador de Francia a renunciar a su quimera. El infeliz Maximiliano de Habsburgo fué abandonado a su suerte. Habiéndose negado a abdicar el ya perdido Imperio, fué fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867. Llegada la noticia de este suceso a España, Zorrilla sólo podía llorar la muerte de su protector y poner fin a su aventura americana.

**CINCO CARTAS INÉDITAS
DE JOSE ZORRILLA**

UN SONETO A CRISTO CRUCIFICADO

Por Fray Secundino MARTIN, O. P.

En las cinco cartas inéditas que tan maravillosamente glosó el Rvdo. P. Secundino Martín, O. P., ilustre orador sagrado y artista palentino, aparece el autor de "Don Juan" bajo el prisma seco y desconsolador de sus desgracias. No es aquí el poeta, sino el hombre, sujeto a las miserias terrenas, que sufre hambre y tiene que recurrir —triste condición del genio— a la generosidad de amigos y protectores, como el marqués y la marquesa de Dos Hermanas, que en el Museo zorrillesco serán siempre dos medallones esmaltados por la fidelidad, el cariño y la devoción más acendrada.



No voy a pronunciar un discurso, sino simplemente a leer cinco cartas inéditas del poeta nacional José Zorrilla dirigidas en la última época de su vida al Marqués de Dos Hermanas, D. Matías de Velasco y Rojas, el gran prócer español, aunque nacido en Cuba, amante de las letras y de sus hombres, literato insigne que tradujo en verso al español gran parte de las obras de Shakespeare, de quien era fanático admirador. En el salón de los Marqueses de Dos Hermanas se agrupaban los grandes hombres de España, desde Cánovas del Castillo, Antonio Fernández Grilo, Alarcón, Fernández Shaw y Salvador Rueda, hasta el eminente genio de la lírica española José Zorrilla.

Noble, bondadoso, comprensivo, leal y cariñoso, el Marqués de Dos Hermanas, fué gran protector y amigo del vate castellano cuyo homenaje celebramos. Las cartas que vais a conocer las he recibido yo de la actual Marquesa de Dos Hermanas que con el marquesado heredó la nobleza, la bondad y las virtudes, junto con las desdichas y amarguras con que acabó aquella opulenta familia; pues habiendo perdido durante el período de barbarie roja en Madrid a su marido y a sus dos hijos, vive ahora en La Coruña en la más completa soledad y en el más profundo silencio, devorando sus penas y, como el grano de incienso, entre las brasas del turíbulo, totalmente consagrada a Dios.

En estas cartas aparece Zorrilla muy distinto de como se le ve en sus poemas y leyendas: allí es el genio que vive en las alturas inmarcesibles de la poesía, aquí, se nos presenta al nivel de la prosa de la vida, como los hombres vulgares que se debaten contra las humanas miserias que les acosan. Son así los genios, como los santos. Nosotros decimos que viven en las nubes, pero viven por encima de esos accidentes que empañan el azul del cielo; como nosotros estamos debajo de esas nubes, nos parece que ellos están dentro, pero están encima, a pleno sol, mientras nosotros estamos a la sombra. Arriba están sus almas, su espíritu, pero el cuerpo..., el cuerpo está a nuestro nivel sobre la tierra y luchando con mil pequeñeces inevitables. El espacio de los santos y de los genios suele ser la pobreza: la de aquéllos, la pobreza evangélica, voluntaria, que les honra y de la que se glorian; la de éstos, la pobreza forzosa que limita y a veces se confunde con la miseria. No suelen ser plantas de estufa los genios: se da el caso de un Greco o de un Rubens que viven en la comodidad y la abundancia; pero lo más corriente, es un Murillo, que no puede ni salir de España por su pobreza, o de un Goya, que tiene que unirse a una cuadrilla de torrillos para llegar a un puerto y de allí, no sé como, ir a Italia.

Las cinco cartas que vais a oír son, dirigidas al cielo, cinco flechas de plata, lecciones magníficas de austeridad, serena paciencia y de noble gratitud a un amigo y protector con la galantería chispeante que consagra a la Marquesa Doña Sofía Bisso y Zulueta, la «Marquesa mona», como él la llama la «más mona de las Marquesas». Dirigidos a la tierra, son cinco gritos desgarradores, cinco acusaciones, cinco ironías.

La primera carta es la siguiente:

PRIMERA CARTA

«Excmo. Sor. Marqués de Dos Hermanas:

Muy Sor mio y estimado amigo: Suplico a V. que no se ofenda de hallar un recibo en la siguiente hoja:

preveo hasta el caso de un fallecimiento en el trascurso del mes. Quedan mis bienes maternos en Castilla y no están afectos a ninguna deuda.

Mi cuñado no sabe más sino que su carta de V. en respuesta a ésta es urgente y que tiene que ir a entregármela a casa de Alarcón. Encárgueselo V. así para que vaya en saliendo de casa de V.

Hasta mañana o pasado mañana. Suyo Afmo. agradecido amigo. J. ZORRILLA.»

El recibo dice lo siguiente:

«He recibido del Excmo. Sor Marqués de Dos Hermanas la cantidad de tres mil reales vellón que graciosamente me ha prestado por el trascurso del presente mes de abril, mientras yo ajusto cuentas con mis editores. Y para su resguardo, firmo el presente recibo en Madrid a dos días del mes de abril de 1877. JOSE ZORRILLA. Son 3.000 reales vellón.»

¡Ya tenía Zorrilla sesenta años y necesitaba un préstamo para vivir!

Oíd la segunda carta del mismo año:

Aquí aparece entristecido el poeta al recordar las ingraticudes y desprecios; pero su alma se llena de luz ante la bondad de los Marqueses que le escriben desde Alora (Málaga) y hace saltar de su lira unos versos dedicados a la belleza de la Marquesa.

SEGUNDA CARTA

«Madrid Dobre. 18-77.

Excmo. Sor Marqués de Dos Hermanas,

Mi cariñoso e indulgente amigo: He recibido con el más profundo placer su carta de V. del 10. No la merecía: porque Vms. no pueden comprender, puesto que las ignoran, las causas de mi desaparición de la sociedad: todavía no he vuelto a ella y no sé cuándo ni si volveré. Unos disgustos que me han puesto a dos dedos de una

desesperación de condenado, y el viaje que tube que hacer a Francia para traer á mi pobre muger, que no podía permanecer más allí sola, me obligaron a desaparecer de Madrid. Tube en la frontera mis dificultades para pasar un wagon en que venian mis efectos, y por último por no escribir a Cánovas, ni pedir favor á nadie del Gobierno, malvendí en Irún todo cuanto traía, excepto libros y ropas y me vine a meter en un tabuco, para pasar una enfermedad producida por tanta pesadumbre en una ignorada oscuridad. Hace seis meses que ni la vieja chismosa «La Correspondencia» me mienta para nada: á nadie he dado parte de mi nueva casa, y pasarán las Pascuas sin que reciba una sola targeta, ni el más mínimo obsequio de nadie.

Consuélame en mi tristeza el cariñosísimo recuerdo suyo que me trae su carta, y puede V. y su encantadora rubia suponer que ha sido el mensaje de Alora como un rayo de luz de la aureola de un ángel, si él hubiera sido el mensajero que me la hubiera traído.

No necesitaba yo de él para saber que los Marqueses de Dos Hermanas no son amigos vulgares ni olvidadizos: así que yo hago con ellos lo que no haria con mis hermanos, si los tubiera: abrirles mi corazón y decirles donde vivo, que es Travesía del Fúcar número 6 principal izqda. para que me avisen el día de su vuelta para darles un abrazo y presentarles a mi muger, que no ha ido todavía más que a un palco del Teatro, que la empresa de Jovellanos ha puesto a nuestra disposición.

Mi Juana, que también es rubia, sabe lo que me quieren las Sras. de la familia de los Marqueses de Dos Hermanas y si mi posición del momento fuera otra, hubiera ido á hacerles una visita a ese rincón de Málaga bella: en donde nació de entre la espuma del mar, la transparente y nacarina Sofía:

*y cuyo cielo limpio y sereno
su tinte puro prestó a su tez,
y el azul móvil del mar tirreno
les dió a sus ojos su brillantéz.*

Concluyo esta carta porque se me concluye el papel, y la luz del día, y no puedo perder el tiempo en pedirla artificial, si he de llegar a las seis al correo.

Me alegro de que mi «grande enemiga» Conchita se haya mejorado: dígala V. que haga acopio de palabras para hablar con Juan, y que conmigo no quería cambiar un par de docenas siquiera.

Póngame V. á los pies de la Sra. envíeme las señas de su mamá aquí, y mande a su agradecido amigo. J. ZORRILLA (no me cabe rúbrica.)»

Y vamos con esta tercera carta que es una felicitación y en la que el autor de D. Juan Tenorio habla de su capa rota y ved, señores, las empresas y empresarios que se reunen para comprarle paño para una nueva.

TERCERA CARTA

«Marquesa monísima, la más mona de todas las Marquesas. Enviamos á V. las targetas de felicitación de sus días y de su preciosa Mamá, porque el ojo izquierdo y la pierna derecha de Juana se niegan al servicio.

Mi capa rota me la compuso el Sr. Conde de Toreno con mi bono contra el Tesoro, los remiendos durarán dos meses. Entretanto los Editores de Barcelona, el propietario del Imparcial, el empresario de un teatro y otros, piensan regalarme paño para hacerme otra capa nueva: por lo cual no he podido hacer á V. más que dos visitas: una con Juana y otra solo: porque en correr tras el ordenador de pagos, y sus acólitos, se me ha ido el tiempo, la paciencia y la poca poesía que me quedaba. Para presentarme a V. impregnado aún del olor indefinible de las oficinas de los ministerios y no de aquella esencia de rosa que tanto gustaba a Mamá, prefiero no ver a V. en tres o cuatro días.

Marquesa monísima: ¡que la bendición de Dios caiga sobre tí y sobre tu casa!, como dicen los árabes; y

manda a tu viejo esclavo, que estará siempre a tus pies contentísimo y pagado con contemplarte y bendecirte.

Mil cariños de Juana y suyo siempre su viejo poeta
Q. B. SS. PP., J. ZORRILLA.

Septbre, 30-79.)

Las dos cartas restantes se prestan a largos comentarios que os dejo que hagáis vosotros; en ellas hay esperanzas fallidas, ilusiones deshechas, optimismos apagados; hay quejas justísimas, ironías, visiones proféticas sobre España, desesperación y desprecio del mundo.

Así terminan las almas que, cumplido un destino en la tierra, sienten que les nacen las alas para remontarse a la eternidad.

CUARTA CARTA

«Bilbao 9 Mayo. Excmo. Sor Marqués de Dos Hermanas.

Mi muy querido amigo: Después de infinitas luchas, contrariedades, enfermedades y muertes en mi familia; he visto el silencio de los periódicos sobre mi publicación del Cid, conocida por los periodistas desde que se leyó en el Ateneo; visto el poco caso que de mí hacía el gobierno y las evasivas con que recibía mis demandas, y convencido de que mi Cid no merece el desprecio de los que tanto bombo se dan á sí mismos, determiné ser yo anuncio vivo y propagandista de mis propias obras.

Empecé por mandar á mi cuñado que me cotizase en la bolsa para saber lo que allí valia el papel Zorrilla: y fundé una sociedad para imprimir mis obras completas y fundar una casa editorial para mí solo. La idea cayó en gracia a los bolsistas catalanes y brotaron quince accionistas: comencé a imprimir, y más tarde resultó una sociedad que me compró dos mil ejemplares y me

administró los demás, adelantándome los fondos que necesitase para montar la casa o imprimir las obras. Un empresario amigo mío, me propuso dar unas lecturas en algunos puntos, y yo le propuse recorrer todas las provincias de España para establecer mis correspondientes y enseñarme yo mismo en una especie de resurrección.

En esta situación Valladolid me señaló 18 mil reales como Cronista; «dicen» que el gobierno me dará la pensión, cosa que no creo hasta que no la tenga en la mano; y dicen que Granada me quiere coronar. Si todo esto tarda dos meses más y no se me ocurre cotizarme en la bolsa, muero como Cristo coronado de espinas.

En este balumbo de azares, estube ya mil veces, mi querido Marqués, para volver la espalda al mundo como un pagano, y al fin Dios me volvió la cara.

¿Y V.? ¿Cómo está la Marquesa Mona y los pequeños? No sé de fijo cuando los veré, pero si la gira me lo permite en el fin de junio tendré que pasar algunos días en Madrid, y volveré a reclamar algún día mi puesto en la mesa.

No sabiendo donde vive Shaw, me tomo la libertad de dirijirsela a V. para que la haga llegar a sus manos, porque ya se extravió mi contestación a otra suya, que según el contenido de la carta a que con la adjunta le respondo, no debe de haberla recibido.

Por donde voy, me miman y me aplauden, me alojan y me mantienen como a un viejo de que se espera algo en su testamento.

Voy a vestirme para dar mi tercera lectura y no quiero perder el correo. Concluyo, pues, encomendándome a su buena memoria y si Dios o el trabajo no me matan en esta expedición, me prometo ya tranquilo, y sin el afán del porvenir ir frecuentemente a Madrid desde Valladolid, donde tendré que establecerme, a pasar algunas veladas del próximo invierno con Vms. Mis recuerdos a la Marquesa y sabe que le quiere su amigo. ZORRILLA.)

QUINTA CARTA

«Valladolid, 18 Debre 84.

Excmo. Sr. Marqués de Dos Hermanas. Mi queridísimo amigo: ni el rey Sabio con sus querellas pasó una vida más querellosa que el viejo que le escribe estas líneas: y para no dar mas que pesadumbres y tristes noticias, he vivido dos años encerrado en mi casa, y teniendo ya por enemigos todos los Ateneos, Liceos y sociedades literarias, que no han podido acarrearne á sus sesiones, por el odio y desprecio que he tomado a los versos y á cuantos tontos nos hemos ocupado de tan inútiles trabajos. No hablo de los especuladores que han hecho de sus versos escalafón de fortuna política: porque esos han hecho bien en hacerlos, aunque harán más en fundar en ellos más gloria que esa.

Yo estaba reponiéndome de una enfermedad de estómago en una casa de campo de Barcelona, cuando en Setiembre recibí una comunicación del Ayuntamiento de esta ciudad invitándome para tomar parte en la velada del 29. La comunicación indicada me exponía a perder el pequeño sueldo de diez y seis mil reales que por mi título de Cronista recibo aquí: con que, velis nolis, me puse en camino. Las fiestas, los convites, las desveladas y la vida de hotel, no eran medio higiénico para mi curación: así que, estube el octubre y el noviembre sin poder digerir lo que comía y sin poder aprovechar una hora para trabajar: aquí nadie hace nada; y con comer a las dos y cenar, no hay más tiempo que para digerir y dormir lo cenado y lo comido. Esta es la vida de Castilla—por lo cual es proteccionista.

Comencé a publicar la colección de mis obras ilustradas, asociado al Crédito intelectual, cuya Sociedad se prometía y me prometió montes y morenas: pero no quisieron mis consocios tomar el tiempo y las precauciones necesarias y comenzaron por querer sacar el jugo al capital desde las primeras 24 horas. Salió por consiguiente mal la empresa, y hoy estoy discutiendo el modo más breve de matarla yo mismo.

Lo de la pensión, así se está: por lo visto sólo para mí tienen dificultades los gobiernos de España: sin duda porque yo no he querido nunca meterme a gobernar: lo que me han debido agradecer, porque el autor de D. Juan Tenorio con pretensiones políticas y gubernamentales, hubiera sido un sinapismo para la nación. Doy gracias á Dios de haberme librado de semejante necesidad, que me hubiera igualado con los insensatos que llevan al país al abismo del anonadamiento, á donde nos conducen, con la gerga de la filosofía alemana, el salvaje ruido de los toros, las peteneras, los jipíos y el palmoteo y el pateo de lo flamenco—¡y venga de ahí!— y mañana amanecerá Dios, aunque amanezcamos nosotros en Cuba, Filipinas ni Ceuta ¡y a vivir!

Pero ¿quién me mete a mí en donde no me llaman?

Con el tiempo han venido los achaques de la vejez; ya estoy sordo y no puedo ni hablar ni oír lo que en público se habla: por consiguiente ando ya por el mundo como tonto en visperas. Con haberme tenido que leer mis obras para ordenarlas y corregir las pruebas, he visto lo vacío «de los mis escritos»; y me he hartado de tal manera de versos, que hablarme de letras, es lo mismo que darme un puñetazo en un ojo.

Esta es la situación, mi querido Marqués, y por eso no he dado cuenta de mí en tanto tiempo. Creer que uno de sus recuerdos más deliciosos no es el de su casa de V. y de las dos personas que en su paraíso viven, es tenerme por un ingrato y un sinvergüenza como dicen por allá: pero la inercia en que sume el trabajo y el hastío al que ha trabajado cuarenta y tres años, hastiado de su trabajo y sin poder tener la suficiente vanidad para consolarse creyéndose el «non plus ultra» por los aplausos recibidos, ha hecho de mí un hombre vulgar y prosaico, huraño e indiferente a los goces de la vida social. Cuando vaya a Madrid para algo que no puede suceder sin mi personal cooperación, lo primero que haré será avisar a V. e ir a su casa, y verá quantum mutatus ab illo!...

En cuanto al corazón, espero en Dios que me le con-

servará el mismo para V. qué tan entrañable y generosamente me ha recibido siempre con los brazos abiertos. Es posible que tenga que ir pronto, por sólo dos o tres días y en Marzo más despacio: en las dos idas tendrá la satisfacción, la única tal vez en Madrid, de cambiar un borbotón de palabras con la Marquesa mona y con su noble marido, su asendereado y viejo amigo que les querrá hasta morirse sin doblegarse y que les manda un abrazo. J. ZORRILLA.

Ce. de la Victoria, 16, pral.»

A pesar de sus desdichas, el alma de Zorrilla no se quebró. ¿Y por qué había de quebrarse si era un caballero cristiano de profunda fe y de sólida piedad? Tal vez un genio no hubiera subido tan alto sin tantas contrariedades. Vuelvo a comparar al genio y al santo que son como aquella higuera de que habla el Evangelio que el dueño de la finca en que estaba plantada quería cortar por infructuosa, pero el hortelano defiende con la promesa de cavar y estercolar..., *dum fodeam circa illam et mittam stercora...* el mundo es el hortelano que cava, mina, remueve y con sus *porquerías* vigoriza los valores todos del espíritu. El que aspire a santo o a genio, cuente con mucha *cava* y mucho *estiércol*.

Y termino con este soneto inédito que Zorrilla escribió en el Album de la «Marquesa mona», dedicado a Jesucristo.

*Loco de amor y caridad provisto
En la fe y la humildad su fe basando,
Tomó unos pescadores a su mando
Para innovar el mundo Jesucristo.
Divino ser con el humano misto,
Indulgente, social, sencillo y blando,
Cumplía los preceptos que iba dando:
¡Ejemplo hasta sus días nunca visto!
Su ley unió con fraternales lazos
La humanidad: rasgó la ley judía,
E hizo los dioses e ídolos pedazos;*

*Al alzarse en la Cruz Salén impia,
A la raza de Adán tomando en brazos
Dijo: te he redimido, ya eres mia.*

La Religión fué el gran sentimiento que informó la vida y la obra de Zorrilla. Por eso triunfó. El sentimiento religioso es la luz de todas las ciencias, el himno de todas las artes, la esperanza de todos los sepulcros; grande como el alma de donde procede, infinito como Dios adonde se dirige. Verdad y fuerza que constituyen para el hombre la razón de su vida en el mundo.

**ZORRILLA, POETA
DEL SIGLO XIX**

DOS CUESTIONES EN TORNO A SU ROMANTICISMO

Por Francisco-Javier MARTIN ABRIL

No se concretó la "Semana de Zorrilla" a los actos conmemorativos, sino que tuvo también su parte práctica, de divulgación entre los escolares de las distintas facetas literarias y humanas del vate vallisoletano. Durante seis días consecutivos y con una concurrencia numerosísima—lo que abona la necesidad de frecuentar estas movilizaciones culturales—en el amplio Salón de Actos de la "Academia Castilla" de los Hermanos Maristas, generosamente cedido por su Director, Rvdo. Hno. D. Emilio Soler, miembro al mismo tiempo de la Comisión Organizadora del Homenaje tuvieron lugar distintas Conferencias a cargo de prestigiosas personalidades de la Literatura y del Profesorado. Se trataron los temas siguientes:

"Silueta biográfica de Don José Zorrilla", por la inspectora y Licenciada en Derecho, doña María Gudín.

"Las leyendas de Zorrilla", por don Ramón Revilla Vielva, Director del Museo y Biblioteca provinciales.

"Zorrilla, poeta del Siglo XIX", por el Director de "Diario Regional" de Valladolid, don Francisco Javier Martín Abril.

"Apoteosis de Zorrilla, poeta castellano", por el Dr. D. Rafael Navarro, presidente de la Comisión provincial de Monumentos.

"Zorrilla, Palencia y Torquemada", por el Cronista Oficial de la ciudad y periodista don Ambrosio Garrachón Bengoa.

"El romanticismo en la Filosofía", por el Dr. D. Melquiades Andrés, profesor del Seminario Conciliar de San José.

"Zorrilla, poeta dramático", por el periodista y profesor, D. Dacio Rodríguez Lesmes.

La primera de las Conferencias que reproducimos, del laureado vate y periodista Sr. Martín Abril, nos muestra en brillantes escorzos líricos la estampa grácil y luminosa del poeta que quizá más cerca del clasicismo de lo que se ha pensado, trató de infundir sentido cristiano y nacional al movimiento romántico.



El tema de esta lección no puede ser más ambicioso dentro del paisaje zorrillista. Pero no tengo más remedio que enfrentarme con él, por haberseme asignado en este ciclo dedicado a Zorrilla, como el escolar que se ve en la precisión de apurar las páginas del grueso tomo de una asignatura. Mas no creáis que yo pretendo agotar la materia. Procuraré divagar sin actitudes eruditas, y al final de la lección os daréis cuenta de que he fracasado. Tenéis derecho a devolverme la papeleta en blanco y a dejarme para Septiembre. Pero en Septiembre me sucedería igual.

Sobre mi mesa de trabajo tengo yo estos días un libro titulado «Zorrilla. Su vida y sus obras» debido a la pluma ilustre del incansable trabajador y literato, Narciso Alonso Cortés. Un volumen de mil y pico páginas en que se estudia de una manera minuciosa, verdaderamente exhaustiva, el tema zorrillista. Después de publicado este libro, Premio Fastenrath 1920, y reeditado ahora como espléndida aportación al cincuentenario de la muerte del autor de «Los cantos del trovador», considero difícil, por no decir imposible, ninguna aportación a la perspectiva espiritual de don José Zorrilla.

Pero yo tengo que hablar esta tarde del romanticismo de Zorrilla. En realidad: ¿Qué es el romanticismo? ¿Qué

contestaríamos cualquiera de nosotros si de buenas a primeras nos preguntasen por la esencia del romanticismo? He aquí un vocablo que se repite con frecuencia, y al que no siempre damos un mismo significado. Para el vulgo, romántico es el hombre soñador, frente al hombre práctico. En este sentido Don Quijote es romántico, y no lo es Sancho Panza. Fulano —decimos a veces— está en las nubes: no vive la realidad: es un romántico. Y nos quedamos tan tranquilos, como si hubiéramos descubierto un nuevo Mediterráneo. Tiene Azorín un breve ensayo que titula «El Caballero del verde gabán», cuyo final es el siguiente: «Y yo os pregunto, amigos míos, buenos amigos: ¿qué creéis que importa más para el aumento y grandeza de las naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, o estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, laboriosos y honrados, mercaderes, industriales, artesanos y labradores? Sintamos una cordial simpatía por los primeros: pero, al mismo tiempo —y esto es la humana y perdurable antinomia que ha pintado Cervantes— deseemos tener una pequeña tienda, una tiendecilla, unos majuelos». Hasta aquí Azorín. Zorrilla indudablemente pertenecía al primer grupo. Y pertenecía de una manera ardiente, casi heroica pudiéramos decir, dando al significado heroico una cierta vaguedad sentimental. Ved cómo, poco a poco, nos vamos acercando al sentido típico del romanticismo. Shakespeare es romántico en sus obras, en muchas de sus obras. Pero no es un romántico en la vida, porque sabe tener la cabeza en el aire, en los sueños, en las nubes, y los pies bien fijos en la tierra. En cambio los románticos cien por cien, esos hombres que los manuales de Literatura enumeran en las páginas dedicadas al período romántico, pretenden no sólo hacer versos románticos, sino vivir en romanticismo. Zorrilla abandona la carrera, hulle de la casa paterna, siempre anda metido en estrecheces económicas. Sus editores quiebran: vende sus obras más lucrativas, malbarata la herencia de su padre... Zorrilla, señores, fué un romántico en su obra y en su vida. No

consiguió librarse del contorno, y cayó en las redes del ambiente, del medio. ¿No fué el ambiente lo que inauguró su fama de poeta, en aquella exposición melancólica y doliente en torno a la sepultura del desgraciado Larra? Si tuviéramos tiempo, haríamos una digresión sobre la manera de producirse la obra de arte. Comentaríamos las diversas teorías estéticas en este aspecto, y entre ellas, la de Taine, cuando nos habla del estilo, de la escuela o grupo de artistas, del tiempo y del país del autor, de las costumbres, de la atmósfera. Pero vamos avanzando en nuestra lección, modesta lección que no va a enseñaros nada, y aún no hemos dicho lo que debe entenderse por romanticismo en un sentido ortodoxo.

Benedetto Croce—discutible en algunas apreciaciones—tiene unas páginas dedicadas a la tan debatida cuestión del romanticismo y del clasicismo. «Definiendo en general—dice—y dejando a un lado las determinaciones accidentales y de poca monta, el romanticismo exige al arte, sobre todo, la efusión espontánea y violenta de los afectos, de los amores, odios, angustias, júbilos, desesperanzas y elevaciones, y se contenta con la mejor voluntad y se complace en imágenes vaporosas e indeterminadas, en estilos rotos y fragmentarios, en vagas sugerencias, en frases aproximadas, en esbozos torcidos y turbios. El clasicismo, por el contrario, gusta del ánimo apagado, del dibujo completo, de las figuras estudiadas en su carácter y precisas en sus contornos, de la ponderación, del equilibrio, de la claridad, tendiendo resueltamente a la representación, como el romanticismo tiende al sentimiento». Continúa Croce disertando, para concluir diciendo: «Que no hay modo de defender uno u otro punto de vista, porque los grandes artistas, las grandes obras o los grandes fragmentos de ellas no pueden llamarse ni románticas ni clásicas, ni pasionales ni representativas, porque son a la vez representativas, pasionales, clásicas y románticas.»

Guillermo Jünemann, con esa fogosidad de estilo que le caracteriza, y ese enfoque magníficamente cristiano que tiene para enjuiciar los problemas estéticos, dice del

romanticismo, en general, que fué una revolución espantable: una anarquía y un desenfreno nunca vistos ni pensados. Cada uno de esos innumerables revoltosos se creía naturalmente un genio, creíase poco menos que animado de divina inspiración y sin más ley ni cortapisa que su propia voluntad y capricho. Sólo unos pocos románticos de real valer, a quienes su talento guardó de los despeñaderos del sistema, han sobrevivido a él. Sin embargo, las tendencias cristianas y nacionales del romanticismo influyeron muy benéficamente la literatura. Que le es además deudora de la merced inestimable de haberla librado para siempre de la lepra mitológica. Grandioso movimiento, sin duda, el del romanticismo. Pero completamente innecesario. Lo que hasta hoy no advierte la crítica. Completamente innecesario: pues ¿qué otra cosa que un romanticismo, no desenfrenado ni estéril como el del siglo XIX, sino racional, ordenado, fecundísimo, de sin par genialidad, fué toda la literatura española de los Siglos de Oro? ¿Dónde hay romanticismo y clasicismo reunidos y compenetrados, cual en el teatro clásico español? ¿Dónde un romántico, un romántico y un clásico a la vez, y lo uno y lo otro, hasta límites desconocidos entre horizontes inconmensurables, dónde un romántico semejante a Lope de Vega: que es por sí solo un mundo poético de maravillas apenas exploradas?» Veamos, pues, que coinciden desde sus ángulos visuales respectivos, Croce y Jünemann.

Ortega—tan discutible e inaceptable en muchas ocasiones—ha dicho del romanticismo algo estimable. «El romanticismo fué el libertador de la fauna emotiva viviente en nosotros. Merced a esta consagración del sentimiento, hay, por ejemplo, en la literatura desde 1800 dos calidades deliciosas que antes faltaron siempre: color y temperatura. Con divinas excepciones, todo verso, toda prosa prerromántica nos parecen hoy cuerpos muertos, materia exánime de lívidas formas y venas sin color ni latido. Un párrafo latino o griego es, al tacto, frígido, como el bronce o el mármol. Goethe y Chateaubriand fueron los sensibilizadores del arte literario: abrieron

heroicamente sus arterias y dejaron correr el vital influjo de su sangre por el cauce del verso y el curvo estuario del período.»

Ahora bien, puntalicemos dos cuestiones. Si a pesar de que es difícil muchas veces establecer una frontera entre romanticismo y clasicismo, es evidente que han existido períodos clásicos y períodos románticos. Veamos si Zorrilla fué romántico (primera cuestión) y cómo fué su romanticismo (segundo problema). Si tuviéramos tiempo para recorrer unas cuantas poesías de Zorrilla, veríamos que, efectivamente, se dan en ellas las características fundamentales de la poesía romántica. Mezcla de espíritu cristiano, tradiciones, exaltación de lo medieval, enamoramamiento por las leyendas, templos, ruinas, castillos, caballeros, perfume de lejanía en sus «Orientales». Y constantemente el ramalazo de la melancolía, el desgarramiento sentimental, la queja o el suspiro... Pero si fué romántico por los temas y por la manera de tratarlos, no deja de haber en sus versos espacios acotados de sereno clasicismo. Digamos si no son clásicos estos versos cogidos al azar entre el rumoroso bosque de su bosque: «Del álamo blanco las ramas tendidas», «La brisa con frescas alas», «Algún olmo que escondido creció entre la hierba blanda», «Plácido aroma las flores—sus hojas plegando exhalan», «Brillan abajo en el valle—con suave rumor las aguas,—y las aves en la orilla—despidiendo al día cantan». «Son las tres de la tarde, julio, Castilla...». ¿No hay en estos versos serena austeridad de clasicismo? Alguien ha dicho que don José Zorrilla resulta a veces vago, prolijo o falso (Valera). Pensemos que Zorrilla vivió en un ambiente del que no logró desentenderse. Por lo demás ¡qué flexibilidad en su lenguaje!, ¡qué abundancia de léxico!, ¡qué color y qué fuego en sus cantares! Es verdad que hoy algunos versos nos parecen hijos de una actitud falsa. Recordemos aquellos, perfectos de arquitectura, de: «Venid a mí, yo canto los amores: —yo soy el trovador de los festines:—yo ciño el arpa con vistosas flores,—guirnalda que recojo en mil jardines:—yo tengo el tulipán de cien colores—que arderán de Estam-

bul en los confines,—y el lirio azul incógnito y campestre —que nace y muere en el peñón silvestre». ¡Quién sabe si después de hacer estas octavas tan de público no se sonreiría irónicamente nuestro poeta?

En cuanto a la segunda cuestión, Zorrilla contribuyó a otorgar calidad cristiana al romanticismo español (a pesar de ciertas excentricidades y actitudes...). Como tuvimos un Renacimiento propio, con Vives y Nebrija, tuvimos también un auténtico Romanticismo nacional. Se pretende ahora, quizá en algunos con un afán humorista, desterrar literariamente el siglo XIX. Diríase que removemos las cenizas del siglo, que nos precedió para sacar de sus escombros figurones y esperpentos, casi de trapo, inocentes, que dicen frases ampulosas, enferman de amor o se suicidan de melancolía. Mas también aquellos tenían su gracia. No deja de ser amable aquella tibia blandura de muselinas y damascos, aquella teatralidad en el saludo, aquel lento caminar de carretelas con escudo, aquellos romancillos de reinas y palomas, aquellos versos de Bécquer o Zorrilla, aquellos nocturnos de Chopín, aquellos palcos con estornudos de rapé y música de Verdi. Allí había corazón, aunque hubiese también otras muchas cosas. Si quisiéramos definir el perfume del siglo XIX tendríamos que recurrir a las violetas. Aquellas violetas de Eugenia de Montijo, desmayadas sobre unos guantes primaverales, olvidadas tal vez en un banco de la Moncloa... Yo he conocido el siglo XIX en uno de los dibujantes más representativos de aquella época, con quien he charlado varios veranos entre los árboles de un jardín de la Sierra. ¿Quién no recuerda los dibujos y caricaturas de Cilla en todos los periódicos y revistas de entonces? Sus chulillos, sus señores de hongo y botines, sus modistillas de mantón... Todo ya lejano, con ese color amarillento de las cartas guardadas. Don Ramón llevaba en su porte todo el ambiente literario del siglo XIX. Últimamente estaba casi ciego: mas tenía la elegancia de disimularlo a las mil maravillas. Su rostro rubio, mefistofélico, con su bigotito rizado y su perilla en punta, ofrecía unos ojos azules, siempre dispuestos a la mirada iró-

nica y comprensiva. Por su conversación desfilaban los curiosos tipos del siglo XIX. Anécdotas de Fernández y González, cuentos de camerino, chistes de Redacción con pantallas verdes y humo de muchos cigarrillos... Evocaciones de don José Zorrilla. Para mí, don Ramón en los veranos, constituía un elemento fundamental. Parece que le estoy viendo pasear lentamente, del brazo de su mujer —ciega también— bajo una sombrilla malva, por una carretera de altos álamos y fuerte olor a heno. Llevaba pantalones color melocotón, botas de tacón estilizado, chalina y pica. Al poco tiempo de iniciada la Cruzada, murió. De una manera oscura, sin que apenas nadie se enterase. Para mí se fué con don Ramón Cilla toda la gracia del siglo XIX. Quizá su paso lento y su charla de inocentes anécdotas eran incompatibles con este siglo lleno de aviones, teletipos, antenas y cablegramas. Con este vértigo de metal y trepidar de máquinas que no nos deja oír a veces el eterno palpitir de nuestro corazón.

La casa que junto a la figura evocada me ha servido a mí de vehículo del siglo XIX, es la de Zorrilla, en Valladolid. Calle antigua de la Ceniza, hoy de Fray Luis de Granada. Aquí está toda la espuma del tesoro zorrillista. Vivamos unos momentos de sueño retrospectivo, asomándonos a esta ventana del siglo XIX. Se van abriendo puertas y va penetrando en nosotros el olor de la antigüedad. Es como un aire embalsamado que de repente cobraba actualidad al contacto de nuestros pasos. Banquillos con el damasco rojo apolillado, grabados de la época con sombrero de copa, pantalón «solán», crinolinas y abanicos: una consola con las finas patas de oro desconchadas... Y los recuerdos íntimos del poeta; un espejo, la carterita que llevaba en el bolsillo el día del entierro de Larra, una invitación del Emperador Maximiliano para asistir a una recepción palaciega, cartas firmadas por Pereda, Campoamor, Pedro Antonio de Alarcón, el célebre Dr. Thebussem «cartero honorario», duquesa de Medinaceli, Duque de Rivas... Cogemos con un poco de miedo respetuoso los autógrafos de aquel vate desordenado, soñador y magnífico. Parece que de un momento a otro

van a presentarse en escena los hombres de aquel tiempo. Nos cercan las sombras del XIX. Larra, pálido, fino, mundano, triste, con su impecable frac azul de botones dorados; Teófilo Gautier, con una exclamación admirativa para nuestro paisaje... Mas a pesar de las locuras del siglo XIX, este pequeño dibujo del Cristo de Velázquez, nos demuestra que Zorrilla no perdió el ancla de la fe. Era lo único que tenía delante cuando escribía. Pero el símbolo de esta visita a la casa de Zorrilla, lo constituyen sobre todo los inmensos racimos de coronas que alfombran el suelo de tres habitaciones y que acompañaron el cuerpo del poeta a su última morada. Flota en el ambiente como el último resplandor de un naufragio. Sí, estamos asistiendo al hundimiento de un gran barco. Y las coronas se nos ofrecen de pronto como salvavidas. Ahí están amontonados los restos del siglo XIX. Y en este momento, obsesionados por la idea del naufragio vienen a nuestra mente, resucitadas y frescas —sean ellas el final de esta divagación— las palabras del poeta:

*Muerto cristiano
y quiero que el polvo mortal se vuelva polvo.*

**APOTEOSIS DE ZORRILLA,
POETA CASTELLANO**

SENTIR HONDO, PENSAR ALTO Y HABLAR CLARO

Por Rafael NAVARRO

El insigne arqueólogo Dr. Don Rafael Navarro —a quien Palencia debe la estructuración de sus estudios artísticos y el alumbramiento de sus más capitales problemas historiográficos— quiso contribuir al Homenaje de Palencia a su primer Cronista Oficial con unas emocionadas cuartillas, en las que tras de delinear la figura prócer y angustiada del vate vallisoletano, dejó la impronta de inolvidables recuerdos de su niñez, rodada como la del autor de "Margarita" junto a las quietas linfas del Pisuerga. La erudición del Dr. Navarro, cálida, ardida y recia dió a su fina y vibrante sensibilidad un nuevo motivo de exaltación de Castilla, a la que siempre ofrendó el notable arqueólogo los mejores afanes.



El Emperador Maximiliano de Méjico no halló modo más completo de prestigiar su Corte de la Nueva España, que dándole el tono de magnificencia señorial, al modo de las viejas Cortes europeas, decorando las costumbres palaciegas con la presencia permanente de un juglar, de un poeta cortesano que para mayor suntuosidad había de ser español, de la Raza que había descubierto, conquistado y colonizado las tierras incorporadas a la Historia por Hernando Cortés.

Más fortificada estaba la predilección imperial por un bardo español cuanto que la Austria había creado identificándose con la Raza española, lo más gloriosamente ecuménico del señorío español sobre el mundo conocido. El vate escogido para impregnar de exquisitez la vida mayestática de lo que otrora fué Imperio de los aztecas, hubo de serlo el poeta del romanticismo, Don José Zorrilla, quien vivió los luminosos, aunque cortos días, de gloria de aquel efímero reinado, en que se intentó reproducir el modo gubernamental al estilo de los viejos soberanos austriacos y españoles.

La estancia de Zorrilla bajo los soles americanos fué truncada por el trágico derrumbamiento de la Corona mejicana. Maximiliano y sus generales Mejía y Miramón fueron fusilados en Querétaro por la revolución, perennemente duradera hasta nuestros días, con un dramatismo digno de haber sido cantado por un Esquilo de nuestros tiempos. No en balde resonaban alrededor de la cabeza del Emperador, voces brujas que cual las que zumbaban junto a Macbeth decían agoreras:

"Torna al castello de Miramare".

Como Zorrilla ya no tenía nada que hacer en Méjico regresó a España, aureolado con aquel episodio de su vida henchida de la admiración de todos los pueblos de habla castellana, pero los dádivas de Maximiliano de Austria no tuvieron tiempo de dar a Zorrilla una posición económica decorosa y volvió a nuestra Patria más pobre que nunca lo fué, no solamente porque el oficio de poeta no enriqueció a nadie, sino porque en general los poetas y artistas dilapidan los intereses materiales con un afán prócer y generoso imposible de ser comprendido por ningún filibustero. Así era Zorrilla de dadivoso, espléndido y desordenado, aunque nunca dejó su péñola de rendirle provechos crematísticos. Algunos ingenios han sabido como Balzac y como Anatole France hermanar a las Musas con Harpagón, pero lo corriente es en artistas y poetas el alegre y dispendioso desenfado que caracterizó por ejemplo en lo antiguo, a nuestro Marcial y en lo moderno, a nuestro Fernández y González y a nuestro Zorrilla. Yo le he visto viviendo solo, con aquella su segunda esposa doña Juanita, y sin hijos, comprar y malrotar cada mes más café que el que pudieran consumir veinte familias muy gustosas de la aromática infusión y así en lo demás, acarreándoles penurias y pignoraciones que le traían muy desasosegado, aunque siempre y por lo mismo muy por encima del concepto tenderil de la vida.

De vuelta de América publicó «El álbum de un loco», con temas mejicanos con los que nunca se identificó,

porque resultaban ajenos a su inspiración y a su devoción, por los motivos tradicionales y religiosos de su Castilla. Pleno de gloria, pero sin una situación tranquila, ni fija, el Ayuntamiento de Valladolid acordó nombrarle Cronista de la Ciudad, aunque ya desempeñaba ese cargo, sin remuneración alguna desde 1866, según consta en correspondencia íntima e inédita del poeta que he leído particularmente, con un sueldo hartamente modesto y con la obligación de residir en la antigua Corte de las Españas, para disfrutar de aquella convivencia con uno de los más preclaros pincianos y en cierto modo, con un sí es no es, afán de convertir a Zorrilla en atracción de forasteros, porque realmente nuestro poeta valía la pena de ir a conocerle y oírle donde quiera que residiese.

Aún le estoy viendo en un modesto piso de la calle de los Baños frente al Teatro de Calderón. Todo el mundo en la ciudad se disputaba el honor de verle y hablarle a diario. Era de estatura poco aventajada. La melena romántica de sus tiempos juveniles conservóla hasta el fin de sus días cayendo muy cerca de los hombros. La faz era noble y expresiva, su nariz fuertemente aguileña, los ojos vivos, el porte señorial, ademanes y gestos finos y corteses, como de hombre que ha estado muy cerca de todas las grandezas. Gran conversador, ameno, anecdótico y algo zumbón llenaba él solo todas las horas de las peñas a que concurría y en las que se le escuchaba con la boca abierta. Salpimentaba con encubierta ironía las frases que muchos incautos le dirigían, creyendo que a Zorrilla había que hablarle siempre con tono solemne, campanudo y exquisito, algo así como los poco acostumbrados a la eutrapelia creen que debe conversarse en el Parnaso o en los Campos Eliseos, si estos lugares existiesen fuera de la fantasía de los que los inventaron.

En su estancia en Valladolid disputábasele todas las clases sociales para solemnidades y tertulias. Adolescente el que os habla tuvo ocasión de conversar muy a diario y con particular afección por parte del poeta con este glorioso ejemplar entre los más gloriosos del glorioso siglo XIX. El anciano hablaba muchas veces al joven, de

Palencia, de Torquemada y de las tierras de Muño donde había nacido su madre. Consideraba estas tierras del Carrión y del Pisuerga como su patria espiritual y las gestas del Cerrato tenía las como inspiración formativa de su númen espléndido y espiritual. Cuando escribió sus «Memorias del tiempo viejo» omitió discretamente muchos acontecimientos que él vivió y conoció en su larga vida, referentes a las tierras palentinas, los que merecían haberse dado a luz y que revivían una maravillosa realidad anecdótica en sus charlas amenas, incisivas y a veces escépticas sobre cosas y personas aunque nunca le oí cercano ni lejano ni un juicio político ni que afectase a la solidez de su fe religiosa.

Aún no se había pronunciado la famosa frase de que todo plagio es lícito si va precedido del asesinato, pero en diversas formas participaba don José y lo explicaba donosamente cuando yo me permitía insinuar con la mayor delicadeza que me era posible, cómo la estupenda leyenda de «Margarita la Tornera» tenía un precedente en los escritores del siglo XVII, como el falso «Quijote» de Avellaneda, que narraba ya en esa novela, muy notable, aparte de la osadía que suponía enmendar a Cervantes el milagroso acontecimiento acaecido en nuestro convento de las Claras, en el que la Virgen sustituyó no a la tornera sino a la Abadesa, cuando el diablo en figura de don Juan de Alarcón, sonsacó a la monja para llevarla por los derroteros del mal. También hablábamos de cómo «El convidado de piedra» había sido un tanteo vacilante y precursor del tipo de don Juan Tenorio, que definitivamente había de ser sublimado y universalizado por la Musa de Zorrilla, hasta meterse en los campos, nada menos, que de la Biología moderna.

Se creaban en Valladolid Sociedades y Centros sobre la base de que figurase en ellos Zorrilla, como la figura preeminente. Aún viven algunos que conocieron el «Pisto-Club», instalado en un entresuelo, mezquino por cierto, de la Acera de San Francisco. La inauguración consistió en la lectura de poesías de Zorrilla, por su mismo autor. Fueron éstas: «Fátima la pálida», «Alina la Joro-

bada» y algunas otras plenas de sonoridad y a veces salpicadas de gracejo, tal que:

*Dios, jorobadita mía,
nada hizo en la creación
sin razón ni poesía.
Dios no te jorobaría
sin una buena razón.*

Quien no oyó leer versos a Zorrilla no puede figurarse adónde puede llegar la magia de la recitación, toda melodía musical, que matizaba inefablemente la melodiosa musicalidad de sus versos, precisos y contundentes sin menoscabo de lo armonioso. Cuando leyó en Burgos su introducción a la «Leyenda del Cid» toda sonoridad, musicalidad, ritmo y armonía, la garganta de Gayarre, el violín de Sarasate y el piano de Chopín quedaron muy en segundo lugar, porque el más sublime instrumento de elocución sonora fué la voz de don José Zorrilla, que hacía vibrar en el ambiente euritmias insospechadas.

También leyó versos en la inauguración del teatro vallisoletano de su nombre, versos que hicieron resonar el teatro como una caracola musical. Toda su vida de poeta había cultivado, como sabéis, las poesías orientales de temas granadinos.

*Dueña de la negra toca,
la del morado monjil,
por un beso de tu boca
diera a Granada Boabdil...*

Quando la admiración nacional quiso coronarle como en otro tiempo a Quintana, no se halló lugar más adecuado que la Alhambra de Granada, donde un esplendor apoteósico nimbó y consagró la persona de Zorrilla para la inmortalidad. Al conjuro de la voz del poeta que leyó los versos propios de la solemnidad, levantáronse desde el polvo de los siglos los gnomos, las sílfides, las hadas, los duendecillos, todos los espíritus, en fin, de la poesía árabe, que resucitaban al son de las Kasidas zorrillescas, forma auténtica y definitiva del arte métrico musulmán,

no logrado por ninguno de los más sublimes vates del Andalus. No hay que decir que Valladolid, patria de Zorrilla, estuvo solemnemente representada en tales fiestas granadinas, en las que resonó en las estrofas de nuestro poeta toda la lira de los vates del Califato de Bagdad.

A pesar de la admiración de todos, su situación de cronista de Valladolid con un sueldo de tres mil pesetas, no le sacaba de apuros y un Gobierno pensó que era cuestión de honor nacional librar a Zorrilla de la penuria, haciendo votar en Cortes una pensión de cinco mil pesetas anuales que en aquellos tiempos parecía dotación decorosa. Por cierto que no habiendo de empezar a cobrar hasta la vigencia de los próximos presupuestos, cinco damas aristócratas presididas por la Condesa de Goauqui, acordaron darle inmediatamente aquella paga a razón de mil pesetas cada una. No era mucho para lo mucho que aquellas damas podían, y Zorrilla en sus apuros se vió obligado, a que sus versos fuesen ilustrados por los más singulares artistas y tuvo que aceptar hacer versos para ilustrar él dibujos y grabados que habían sido hechos para otros libros, como por ejemplo los que con el título de «El libro de las montañas» compuso para ilustrar unos estupendos grabados de Gustavo Doré.

Mejorada su situación con el homenaje pecuniario nacional no halló motivo para continuar en Valladolid, sino en Madrid, donde había al fin de terminar su existencia. Tal vez en vista del auxilio del Estado el Concejo vallisoletano le suprimió su sueldo de Cronista.

Después de Lope de Vega y de Fray Luis de León, la lírica nacional no ha tenido ningún más sublime cultivador, siendo los tres poetas de la Raza en toda la amplitud del concepto, pero a todos aventajó Zorrilla, porque el idioma castellano halló en él formas de expresión melódica, inasequible a todos los demás. Un genio del siglo XIX tuvo la paciencia de construir un soneto con endecasílabos de diferente poeta cada uno, de poesías precisamente dedicadas a la luna y con la atribución fidedigna al margen a cada respectivo poeta, re-

sultando el soneto un conglomerado lleno de gracia y de sentido. El endecasílabo correspondiente a Zorrilla, entresacado de una de sus poesías era:

Pálida, triste, fugitiva luna...

No es posible decir en menos palabras una impresión más preciosa del astro de la noche.

En relación con este tema recuerdo aquella «Serenata» que comienza:

*Está la noche callada,
la luna en el cielo brilla,
como lámpara colgada
en recóndita capilla.*

Zorrilla tenía una figura distinguida y prócer. Conserve un cuadro de Villamil en que aparecen prodigiosamente retratados los más ingentes personajes de las Bellas Artes y de la Literatura que prestigieron el siglo XIX español. En un salón isabelino, amplio y lujoso aparecen congregados gran número de ingenios de la época romántica, con elegante indumentaria de los tiempos de Larra y de Espronceda, las artísticas cabezas que cada uno se construía, merced a cabelleras aditamentadas de cuellos engolados y frac de vicuña irreprochable y todos ellos, están oyendo a Zorrilla una lectura de versos. Todo el cuadro lo llena la elegante traza del poeta, que en esta Semana honramos. El perteneció a una época en la que no se había enseñoreado la plebeyez de nuestros días. El solar de la raza y el de la Hispanidad como ahora se dice, está en Castilla, y de Castilla en los ámbitos burgaleses y palentinos, donde bebió sus inspiraciones Zorrilla. Sus temas eran de aquí aunque derivasen hacia los asuntos toledanos y árabes de Andalucía, porque a Toledo hubo de conquistarle y forjarle la Castilla de Alfonso VI y la Andalucía musulmana se hizo y agigantó al contacto de su lucha con Castilla: madre fecunda de todo el solar ibérico y de los mundos ultraoceánicos. Sin la sensualidad ubérrima de otras regiones, Castilla está construida de luz y de sequedad de horizontes y de lontan-

zas, policromadas por el suelo, por las colinas, por los alcores, por las mesetas, en las que las luminosidades del sol y las titilaciones de las estrellas llenan de fulgores toda la extensión de estas comarcas productoras de hombres que han realizado todos los milagros.

Los de la música, los de la épica, los del arte, los de la elocuencia, los de la aventura, con una originalidad impetuosa, en la que la benevolencia de los fuertes ha permitido que figuren como guiones heroicos gestas de todos los tiempos también. En ella ha contribuido el paisaje a inspirar los lanzamientos castellanos, procedentes de territorios donde lo más jugoso de la Naturaleza es aquella pradería, escasamente húmeda, cuya vegetación según el mismo Zorrilla la formaba apenas

*las anchas acederas
las pródigas junqueras
y las altivas y sonantes cañas...*

Por eso los grandes poetas nacionales han sido castellanos: Gonzalo de Berceo, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique, Sem Tob, Calderón, Lope de Vega, el juglar del Cantar del Mío Cid, Núñez de Arce y por fin Zorrilla, símbolo y compendio de todos ellos.

Castilla está tan cerca del cielo, que el corazón y el cerebro de sus hombres ha bebido con la luz de las alturas todas las inspiraciones dominadoras y expansivas, incluso las poéticas, porque no en balde don José Zorrilla y del Moral, cuyo segundo apellido hacía constar maliciosamente doña Emilia Pardo Bazán, como si a Virgilio o a Camoens hubiera que hacerles una filiación genealógica de empadronamiento municipal, era procedente de este país cuyos hombres llevan empapados en sangre, sudor y polvo el cuerpo y el alma. Y como lo primero que de mi pluma salió a los tórculos de la Prensa fué el elogio de Zorrilla, cuando yo era aún niño, pláceme al cabo de los años panegiricar al hombre más representativo de estos alfoces castellanos en los que hemos aprendido a sentir hondo, pensar alto y hablar claro.

**ZORRILLA, PALENCIA
Y TORQUEMADA**

«CONSIDERO COMO MIA, ESA AMADA CIUDAD...»

Por Ambrosio GARRACHON BENGEOA

“Palencia y su Historia, por ser la tierra en que tuve mi casa solar, tienen para mí seductores atractivos y recuerdos muy íntimos, que de buena gana renovarí y que no dejaría de trasladar a las hojas de un libro”. Así se expresaba don José Zorrilla y Moral en carta al Alcalde palentino de 17 de junio de 1887. Las relaciones de Palencia con Zorrilla, su hijo adoptivo, son estudiadas minuciosamente por el sucesor del poeta, —vate el también celebrado— en el cargo de Cronista Oficial de la Ciudad. Antecedentes familiares, visitas a Torquemada y Palencia, quedan esclarecidos suficientemente en el trabajo del Sr. Garrachón, que justifica la prosapia espiritual de Zorrilla enraizándola a lo que él —tan buen conocedor de nuestra psicología— llama carácter y alma de la tierra de los viejos vacceos.



Por qué Zorrilla puede ser considerado como un poeta palentino, estrechamente vinculado a nuestra idiosincrasia, ligado a nuestra tierra con acendrada raíz?... La respuesta es obvia. El eminente vate, a quien se dedica este justo homenaje de Palencia, forjó su carácter en nuestras pardas tierras, abrevó su espíritu en los manantiales emotivos de nuestras tradiciones, modeló su alma en este paisaje de infinita grandeza, y, sobre todo, perfiló su educación en la solera castellana de su padre, oriundo de la villa de Torquemada.

En ella pasó diversas temporadas, hizo sus viajes a Palencia, empapó su numen en el manantial de sus glorias, buceó en sus leyendas, y el tiempo, bastante huracanado, de su vida, no le dejó espacio suficiente para pergeñar, como fuera su deseo, aquel libro con que soñaron y en el que pensaba cantar poniendo a prueba su arrebatadora inspiración, los más nobles y atrayentes motivos de nuestra Historia, por ser ésta la tierra en que tenía su casa solar y de la que guardaba sus recuerdos más íntimos y sus emociones más dolorosas.

I

POR QUE ZORRILLA ES NUESTRO

Zorrilla es nuestro por tanto, teniendo en cuenta que la raigambre de su obra literaria nos pertenece espiritualmente, como nos pertenece la obra inmortal del paredaño Jorge Manrique, aunque un día los investigadores y eruditos pudiesen demostrar documentalmente que el autor de las «Coplas» no vió la primera luz en la villa del Conde de Paredes.

Nos importa más que el hecho histórico de que Zorrilla tuviese su casa solariega en Torquemada y llegase a ser nombrado un día, ya en el declive de su genio poético, Cronista Oficial de la Ciudad e Hijo Adoptivo de Palencia, la sustancia profundamente palentina que tiene su poesía, genuinamente racial, cristiana, española, caracteres que se dan en las grandes figuras señeras de nuestra querida tierra.

La circunstancia, puramente contingente, de su nacimiento en Valladolid, no hemos de sobreestimarla. Un poeta puede nacer en un punto cualquiera de la tierra, pero su obra—es decir, aquello que define su personalidad, lo que le abre las puertas de la posteridad, el genio que inspira su destino de artista—será siempre del lugar en que acertó a sincronizar sus directrices, la sustancia de su ejecutoria artística.

Por eso Zorrilla es palentino. Su carácter es nuestro. Esta y no otra es la razón por la que Palencia siente el orgullo de honrar a este hijo ilustre de Valladolid, tan estrechamente hermanado con nuestra psicología y con nuestras inmarcesibles tradiciones.

I I

**EL TORQUEMADENSE DON JOSE
ZORRILLA CABALLERO**

En los límites de este trabajo, no es posible recoger con la minuciosidad de una crónica histórica todos los acontecimientos de la vida de Zorrilla que tienen una vinculación directa con la ciudad y provincia de Palencia.

Como es sabido, su padre, Don José Zorrilla Caballero, había nacido en la villa de Torquemada, a tres leguas de Palencia, el día 11 de octubre de 1778. Su ascendencia materna estaba en Burgos y la paterna en Valladolid.

En 1808, cuando sobrevino la invasión francesa, el padre de Zorrilla estaba en Torquemada. Su actuación contra las huestes napoleónicas se caracterizó por su arrojo y patriotismo. Fué nombrado Jefe de la Junta de Armamento que, en aquella histórica ocasión, se constituyó en la villa palentina. Las tropas de Lasalle entraron en la tarde del día seis de junio en Torquemada, a pesar de la oposición que encontraron en los vecinos. El letrado Don José Zorrilla consiguió ponerse a salvo, pero los franceses, sabedores de la parte principal que el padre del gran vate había tenido en la organización de la resistencia, diéronse a buscarle por todas partes. No obstante, después de la derrota de Cabezón, Zorrilla continuó sus trabajos en Torquemada en contacto con las guerrillas. Por entonces recibió un llamamiento del Cura Tapia que deseaba tenerle a su lado como asesor. Tres años estuvo en campaña, y Mendizábal, para premiar los servicios del buen patriota, le dió entrada en la Junta de Agravios. Tales hechos esforzados demuestran el patriotismo de D. José Zorrilla Caballero.

Al terminar la Guerra de la Independencia, contrajo matrimonio con Doña Nicomedes Moral, natural de Quintanilla Somuño, pueblo cercano a Burgos.

Ya casado Don José pensó en continuar ejerciendo su profesión de abogado e hizo oposiciones en noviembre de 1814 a las Relatorias del Consejo Real, aprobándolas. En marzo de 1815, comenzó a ejercer su nuevo cargo estableciéndose en Valladolid, en la casa de la calle de la Ceniza, propiedad del Marqués de Revilla, donde el 21 de febrero de 1817 nació el que había de ser el mago de la poesía castellana.

III

RELACION ESPIRITUAL DE LA OBRA DE ZORRILLA CON LA TIERRA PALEN- TINA.—MOTIVACION SENTIMENTAL DE «MARGARITA LA TORNERA»

La relación espiritual de nuestro poeta con las tierras palentinas cristaliza en su obra, resultando muy significativo que el primer trabajo publicado por Zorrilla en «El Artista», cuando se halla pasando unas vacaciones en Lerma en el año 1835, fuese el cuento titulado «La mujer negra, o una antigua capilla de Templarios».

No tenemos espacio para transcribir este interesante trabajo en el que resplandece ya el temperamento imaginativo de Zorrilla y su vocación por nuestras genuinas tradiciones.

Sólo diremos que la acción de esta bella leyenda—recogida sin duda por Zorrilla durante alguna de sus estancias en la casa solariega de sus padres—transcurre en la villa de Torquemada y se refiere a una tradición popular relacionada con la Capilla de Santa Cruz de dicho pueblo.

De esta manera, parece iniciarse la predilección de una espiritual simpatía por los temas y tradiciones genuinamente palentinos que habían de culminar en ese gran monumento literario que es la bellísima leyenda de «Margarita la Tornera». Es evidente, en efecto, que el gran poeta, sin duda influenciado por la ascendencia paterna, demostró, a lo largo de su obra literaria, una fuerte inclinación a tratar asuntos y leyendas recogidos o asimilados en el clima histórico, geográfico y espiritual de las tierras palentinas, aun cuando la ubicación de muchas de sus leyendas no corresponda a escenarios enclavados en nuestra comarca.

Sin espacio ni tiempo para hacer un análisis detenido de la obra más representativa de Zorrilla, que son sus «Leyendas», hemos de fijarnos con algún detenimiento en la más famosa y celebrada de todas ellas, que es, sin duda, «Margarita la Tornera». La influencia ambiental, la raigambre castellana, es decir, «palentina», que tiene esta bellísima leyenda, resulta evidente. El poeta lo reconoce y proclama así, cuando confiesa literalmente lo siguiente:

«El pasar la escena en Palencia, de donde era mi padre—escribe—, el carácter del Juez Aguilera del apéndice, cuyo original era un togado, de quien mi padre tildaba las aficiones, y el ser de mi padre la casita aislada en que pasa el desenlace final, hacían para mi familia una especie de cuento casero de mi «Margarita la Tornera»: descontornando, sin embargo, todo lo posible, las figuras del padre y del hijo, para que sólo él y yo pudiéramos conocer muy a lo lejos los originales». (Obras completas, Barcelona, 1884; tomo primero y único publicado, página 228).

Por si fuera poco, en los «Recuerdos del Tiempo Viejo», cuando se refiere a la llegada de su madre a Madrid en el año 1840, el poeta nos informa de la predilección que tenía ésta hacia la leyenda. Allí da cuenta de que un libro del P. Nieremberg, en que su madre leía, sugirióle la idea de «Margarita la Tornera» y dice: «En aquel Don Juan que tan mal estudia en la Universidad sintiéndose

el alma seca—de hablar de Legislación—y con la mala intención—de quemar la biblioteca—, y que vuelve por fin despechado y pobre a aquella casita solitaria, hay algo de mi historia y de la de mi casa, y en aquel altar enflorado, y en aquella despedida de la monjita en el altar arrinconado del claustro, y en aquella narración rebosando fe sincera, inspiración juvenil, frescura de selva virgen, y aroma de rosas de mayo, y poesía nacional y cristiana, está encerrado el espíritu religioso de mi devota madre; está derramada a manos llenas la esencia del amor filial, la poesía del corazón amante del hijo que escribió aquellos versos ante la sonrisa de la madre adorada...y por eso es «Margarita la Tornera» la única producción que me ha conquistado el derecho de llamarme poeta legendario, y creo que el poeta que la escribió no merece ser olvidado en su Patria; y cuando veo que la fama eleva en sus alas a otros poetas contemporáneos, no tengo envidia de sus merecidos triunfos ni de las justas alabanzas de sus modernas obras, y me digo a mí mismo callandito, sin orgullo, modestamente, pero con conciencia de mí mismo: «Yo también soy poeta; yo también he escrito mi «Margarita la Tornera».

Queda demostrado, por tanto, que en la gestación de tan bellísima leyenda influyeron cerca del poeta factores sentimentales determinados por la influencia de sus padres y por la tierra palentina de que el autor de sus días era natural. De aquí dimana el orgullo y la estimación en que Zorrilla siempre tuvo a su «Margarita la Tornera». Con ocasión de su viaje a Palencia, el 30 de mayo de 1883—y al que nos referimos más adelante—, el poeta se lamentaba hablando con sus amigos palentinos de no haber tenido tiempo de localizar los lugares en que se desarrollan las emotivas escenas de su famosa leyenda. Esta misma observación la hace el poeta en una carta de su puño y letra que se conserva en el Archivo Municipal de Palencia, fechada en 17 de junio de 1887, dirigida al entonces alcalde de esta ciudad y cuyo interesante documento reproducimos en otro lugar de este trabajo.

Desde nuestro punto de vista, tiene relativo interés

el juicio crítico que la leyenda ha merecido. Se trata, sin duda, de la obra literaria más jugosa, inspirada y sentida del poeta, aunque contenga algunos defectos de forma. Menéndez Pelayo señala «que la ejecución es desigual y a ratos muy prosaica y desaliñada; el cuento se dilata con impertinentes adiciones que le quitan unidad y sentido; el tipo del galán pendenciero, jugador, y escallador de conventos está mejor presentado en otras innumerables producciones del mismo Zorrilla y el «Don Juan de Alarcón», vecino de Palencia, resulta un Don Juan Tenorio muy en pequeño. Sus más enormes calaveradas resultan pueriles por el modo de contarlas. Peor es la degeneración que se observa en el carácter de la monja. La Doña Clara, vehemente, sincera, y apasionada de Lope, la Sor Beatriz, místico lirio tronchado, en la leyenda de Carlos Nodier, son mujeres de verdad; no así «Margarita al Tornero», **mema** de nacimiento, a pesar de su poético nombre. Zorrilla se evita el trabajo de preparar su caída con el cómodo artificio de hacerla tonta. Lo que salva la leyenda en alguno de sus puntos, es la maravillosa espontaneidad de la dicción poética, la opulenta y generosa vena de su autor, unida a los prestigios propios del argumento que contado de cualquier modo, siempre deleita.»

Este riguroso juicio crítico del gran polígrafo, no carece en verdad de algún fundamento. Sin embargo, por muchos que fueran los defectos de «Margarita la Tornera», resulta indudable su gran belleza, sobre todo la escena del desenlace, en que la infeliz protagonista vuelve a su convento y encuentra a la divina Tornera que durante un año la ha sustituido, impidiendo que se notara su ausencia. Cierto es que el «Apéndice a Margarita la Tornera», con el «Fin de la Historia de Don Juan y Sirena la bailarina» es—como certeramente señala Narciso Alonso Cortés—una añadidura postiza y de todo punto inoportuna. Zorrilla quiso sin duda soldar a la de Margarita otra historieta que había llegado a su noticia y lo hizo con notorio perjuicio de aquélla.

Como palentinos, interésanos únicamente el hecho de

que esta fragante leyenda del inmortal poeta tenga una estrecha vinculación con nuestra tierra, según hemos tratado de demostrar y de que la influencia de su padre, natural de Torquemada, fuese la palanca que movió al vate a dejar plasmada en sonoros versos esa emotiva e inmarcesible tradición que tanto le impresionaba. Este hecho resulta incuestionable, puesto que el mismo Zorrilla nos informa de que al escribirla, como al escribir todas las demás leyendas, lo hizo pensando en su padre. Al cristiano y patriótico letrado torquemadense, va en efecto dirigida la redondilla final de la introducción: «Tornóle el padre a sus brazos—y perdonó en conclusión;—que al cabo los hijos son—de las entrañas pedazos».

El hecho de que Zorrilla sea autor de «Margarita la Tornera» constituye para los palentinos un motivo de legítimo orgullo, y justifica por sí solo la concesión del título de «Cronista Oficial de la Ciudad» y el nombramiento de «Hijo Adoptivo de Palencia», honores que el Ayuntamiento de la capital le otorgara en las postrimerías de su vida.

I V

EL POETA EN LA CASA SOLA- RIEGA.—VISITAS A PALENCIA.— ZORRILLA, CRONISTA OFICIAL

Don José Zorrilla Caballero, varón cristianísimo, personaje de un castellanismo recio, carlista, enamorado de los ideales de la Tradición, hidalgo, austero, enemigo declarado del liberalismo, hubo de emigrar a Francia, donde permaneció seis años, en tanto se desarrollaban las revueltas liberales que conturbaron el siglo. Sólo cuando se convenció de que su constante y leal adhesión a la causa del Pretendiente no le serviría más que para morir inútil-

mente, sin provecho suyo y ajeno en tierra extranjera, se decidió a enviar al Gobierno de la Reina Isabel II una solicitud de permiso para volver a España. El permiso fué concedido y el padre de Zorrilla llegó a España entrevistándose con su hijo en su casa. Esta entrevista celebrada en Madrid nos la relata el poeta en sus «Recuerdos del tiempo viejo». En ella resplandece el espíritu inquebrantable de su padre y su raigambre castellana. Don José Zorrilla Caballero rechaza la proposición del poeta de vivir con él, y reafirma su voluntad de volver a Torquemada con su esposa, para dedicarse a sus quehaceres de hidalgo aferrado al terruño y a las sanas tradiciones hogareñas. El poeta no puede ocultar su melancolía y dice: «He perdido todo lo hecho: mi padre, el último por quien todo lo hice es el único que en nada lo estima». Regresa el padre del poeta a Torquemada. Zorrilla marcha a Granada y después a Francia, y estando en la capital parisina recibe una esquela de su padre que lacónicamente decía así: «Pepe: tu pobre madre ha fallecido hoy a las tres de la madrugada; tú veras si te conviene venir a consolar a tu afligido padre, José». Efectivamente, Doña Nicomedes había muerto en Torquemada el día 7 de diciembre de 1845. El poeta recibe con la triste noticia un golpe durísimo, e inmediatamente tomó el camino de España. El día 8 de febrero de 1846 llega a Burgos y desde allí comunica a su padre haber recibido la triste noticia en una carta llena de amor filial que no nos es posible transcribir por su extensión. Es seguro que al trazar esas emocionadas líneas, Zorrilla creía llegado el momento decisivo de su vida: el momento en que renunciando a sus peregrinaciones por el mundo había de acogerse a las soledades de Torquemada y dedicarse al cuidado de su padre. Zorrilla nos informa de su llegada a la casa paterna. El encuentro con el autor de sus días fué de gran emoción, «Nos abrazamos llorando», escribe el poeta.

La casa de Zorrilla era la mejor de Torquemada. Reedificada por el ex superintendente sobre la vieja de sus antepasados, tenía soleados corrales, amplios anejos de cua-

dras, troje, pajar y bardas, fresca bodega guardadora de vino selecto. El padre del poeta la había convertido en una especie de fortaleza; la cerraban fuertes y macizos muros, puertas protegidas con pasadores y barrotes de hierro, tapiales elevados para eximirla de indiscretas miradas. «Tenía su exterior—dice el poeta—tanto de frío, oscuro, triste, carcelario e inquisitorial, cuanto su interior, de abrigado, claro, alegre, ventilado y patriarcal.»

Según parece, el poeta permaneció un mes en Torquemada. Visitó con su padre las bodegas y plantíos; le ofreció dinero para adquirir, como era su deseo, unos solares de casas quemadas por los franceses, que con la suya lindaban, y protestó reiteradamente de que, «su única ambición era la de vivir allí con él y hacerle lo más agradable posible aquella mansión, con la cual había soñado siempre, y la cual se había siempre imaginado como un oasis de reposo en el desierto de su vida de trabajo y de adnegación». Luego marchó Zorrilla a Madrid, donde le reclamaban sus asuntos, pero al llegar el verano volvió a Torquemada acompañado de su mujer por deseo expreso de su padre. No contento el hijo amoroso con dar dinero para la adquisición de los solares lindantes a la casa, comenzó a convertir el corral de ésta en un jardín agradable, y por su propia mano cavó las hoyas para los frutales y abrió arriates para las flores. Los dueños actuales de la casa de Torquemada conservan algunas de las cuentas que pagó Zorrilla con este motivo.

Dos viajes hizo el poeta con su mujer de Torquemada a Madrid y de Madrid a Torquemada, hasta que pasado el mes de octubre volvió de nuevo a la Corte, donde abrió nuevamente casa. Hasta la muerte de su padre ocurrida en Torquemada en 1849, no volvió nuevamente el poeta a su casa solariega. Con este motivo resplandece nuevamente el amor filial del gran poeta, e insiste en sus «Recuerdos» que su única ambición era hacer famoso el nombre de su padre para que este «volviéndome a abrir sus brazos me volviera a recibir para morir juntos en nuestra casa solariega de Castilla».

Con motivo de sus estancias en Torquemada por esta

época, ocupado en la liquidación de la hacienda paterna, Zorrilla tomó el camino de Palencia, con objeto de conocer la capital. Hospedóse en casa de su antiguo amigo el Vizconde de Villandrando, y su presencia despertó la natural curiosidad. Visitáronle las principales familias palentinas, entre ellas la de Ovejero, jefe del partido progresista. La Compañía que en el Teatro actuaba, se dispuso a ofrecerle una función, y los estudiantes le anunciaron una serenata. Por cierto que esto produjo un curioso incidente, porque, cuando estudiantes y cómicos pidieron la autorización al jefe político, éste se la negó, alegando «que quién era Zorrilla para todo aquel ruido, que serenatas no se daban más que a los diputados y altos personajes, que un poeta no era más que un coplero», etcétera. Los estudiantes se amoscaron y los progresistas tomaron la ofensa como propia, y al anochecer recibió el poeta la visita del secretario del Gobierno, el cual, con las más corteses razones, díjole que ensillara los caballos y se volviera a Torquemada, pero Zorrilla, que poseía una carta de Sartorius, dirigida a las autoridades palentinas, advirtió que no renunciaba a la serenata y que le hacía responsable de las consecuencias, consiguiendo que se celebrase la serenata, y hablando en esta ocasión Zorrilla a los palentinos en prosa y en verso. Fué entonces, según parece, cuando nació la idea de hacerle a Zorrilla Diputado a Cortes por Palencia, pero el proyecto no llegó nunca a realizarse.

El poeta hizo varios viajes de Torquemada a Palencia, hasta que, en mayo de 1850, abandonó su casa solariega abrumado por los tristes recuerdos de la muerte de sus padres.

En 1883 se inició en Palencia una campaña de prensa por los entonces redactores de «El Diario Palentino», Don Ricardo Becerro de Bengoa, Don Daniel Infante y Don Ubaldo Herrera, secundando la petición de España entera para que se concediese una pensión vitalicia al ilustre autor de «Margarita la Tornera». Consecuencia de aquella campaña fué que un día el alcalde de Palencia, Don Pedro Romero, propusiera a nuestro Concejo se nom-

brara al poeta «Cronista Oficial honorario e Hijo Adoptivo de Palencia». Zorrilla en agradecimiento prometió venir a Palencia, y el 30 de mayo llegó, en efecto, a nuestra ciudad, alojándose en el domicilio de Don Gumer-sindo Ausín. La noche siguiente dió su velada en el Teatro en unión del notable sexteto del Teatro Real. Aunque la concurrencia fué escasa, Zorrilla declaró que marchaba satisfecho de Palencia, pues había recibido muchas pruebas de afecto, y expresó su gratitud diciendo: «Si continúo viviendo, he de volver a Palencia a escribir la Crónica de esta ciudad que considero como mía».

El 17 de junio de 1887, como ya hemos indicado anteriormente, escribió una carta al entonces alcalde de Palencia, a la que pertenecen los siguientes párrafos: «Palencia y su Historia, por ser la tierra en que tuve mi casa solar, tienen para mí seductores atractivos y recuerdos muy íntimos que de buena gana renovaría y que no dejaría de trasladar a las hojas de un libro, pasando ahí una temporada suficiente para recorrer y examinar los rincones en los cuales no acerté a localizar exactamente la acción de mi «Margarita la Tornera».

De esta manera se expresa la «entrada en función»—al menos en el propósito y en la voluntad—de nuestro ilustre Cronista Oficial, que si no llegó a cumplir sus deseos, dejó su obra tan íntimamente vinculada a nuestra tierra que por derecho propio debe figurar al lado de las figuras preclaras de la Literatura, que vieron la luz en la comarca palentina y que al igual que Zorrilla, hallaron fuente de inspiración en nuestros paisajes, de una augusta y austera belleza; en nuestras leyendas, de un inmarcesible valor emocional, y en nuestra historia, henchida de recuerdos gloriosos y, sobre todo, en el espíritu de nuestros antepasados, que como el padre de Zorrilla, son ejemplo de patriotas y prototipos de la hidalguía castellana.

Por eso, Zorrilla es nuestro; por eso, el perfil psicológico y literario del poeta legendario nos pertenece. Porque, Zorrilla, supo como nadie, cantar a nuestra raza; porque en su alma de poeta duermen los sedimentos de

una castellania perenne, y porque, en su carácter, brillan, con irisaciones inmortales, los destellos del genio espiritual de nuestra tierra.

Como Jorge Manrique heredó de su padre el sentimiento cristiano, metafísico, de la vida y halló en la infinita majestad de nuestra llanura castellana la eterna filosofía de sus «Coplas» inmortales, así Zorrilla sintió en su sensibilidad de poeta, la hondura de los campos que circundan a Torquemada, supo sentir la emoción de su casa solariega, e hizo que la veneración y el amor a quienes le dieron el ser fuesen el culto de su vida y la meta de todas sus ambiciones de buen hijo.

**EL ROMANTICISMO
EN LA FILOSOFIA**

POSICION CRISTIANA Y NACIONAL DE ZORRILLA

Por Melquiades ANDRÉS

Un magnífico trabajo, pleno de erudición y enjundia filosófica nos brindó el culto y joven profesor del Seminario Conciliar Doctor D. Melquiades Andrés. Después de estudiar el contenido y aplicaciones sociales —a la moral y al derecho— del romanticismo filosófico, dedujo que el literario no debe ser comprendido sino a través de aquél. Concretamente el Romanticismo español dió revolucionarios, pero no filosofía romántica independiente. Como conclusión dedujo la conveniencia de una visión completa de la Historia del Romanticismo, para poder calibrar en su justo alcance la transcendencia de una época tan debatida de la Historia nacional.



La filosofía es la ciencia de todos los seres según sus últimas razones, estudiados con la luz natural de la razón. Al buscar el último entrelazamiento causal de las cosas, intenta formar una concepción completa del universo y de la vida («Weltauschaung und Lebenanschung la llaman los alemanes»). Ella entrelaza en sistema armónico todos los conocimientos, ilumina el entendimiento en las cuestiones más difíciles y le libera del dédalo inextricable de dificultades que le asaltan en el estudio de estos problemas.

Esta concepción abarca todo el objeto del conocimiento humano: Dios, el mundo, la sociedad, el individuo, vistos a través de esos principios universales. ¿Cuál es la concepción del mundo que nos trajo el Romanticismo? ¿Qué piensa de Dios, de la sociedad, del individuo? ¿Qué sentido imprime a la vida?

He ahí el tema a desarrollar. Abarcará dos partes bien determinadas:

- 1.^a Contenido filosófico del Romanticismo en general.
- 2.^a Contenido filosófico del Romanticismo español.

A modo de corolario hablaré al fin de esta segunda parte, del contenido filosófico de la obra de D. José Zorrilla.

ROMANTICISMO LITERARIO Y

ROMANTICISMO FILOSOFICO

Distingamos desde el principio dos conceptos del Romanticismo, hondamente diferenciados al parecer, en realidad íntimamente unidos.

Para unos, Romanticismo es sinónimo de revolución, de desorden; para otros, de idealismo, de espiritualismo. Para Donoso Cortés en su famoso estudio sobre el clasicismo y el Romanticismo, son Dante—el cantor sublime de la Teología—y Homero—el inimitable intérprete de la antigüedad pagana—los prototipos del Romanticismo, y románticos fueron Lope, Calderón y Shakespeare. Para Menéndez Pelayo, Maeztu, Maurras, etc., el Romanticismo arranca de la revolución teológica protestante, y encuentra en Rousseau su gran pontífice.

Para los primeros, Romanticismo, es lo contrario de clasicismo, o por mejor decir, de pseudo-clasicismo francés dieciochesco. Es romper con la férrea preceptiva de Boileau y Luzán; proscribir los asuntos clásicos en la oda y en el teatro y trocarlos por otros de sabor cristiano y medioeval; sustituir los héroes antiguos por los caballeros medioevales llenos de pasión y de vida; todo esto **en forma métrica** brillante y variadísima, con dejos de melancolía norteña y efluvios de un lirismo enfermizo lleno de cantos a la luna, culto a la noche, desencanto de la vida...

He ahí el Romanticismo de los manuales de literatura, el Romanticismo-escuela literaria. Históricamente arranca del «Goetz Berlichingen» de Göthe y de las «Leciones de Literatura dramática» de los hermanos Schlegel (1814) y encuentra su código definitivo en el prólogo de «Conwell» de Victor Hugo, y su interpretación sistemática más acabada en un largo estudio del notable escritor colombiano P. E. Ospina.

Frente a él se presenta el filósofo de trazos más firmes, de personalidad histórica más destacada. El literario apenas ocasionó leves rizos sociales. El filósofo penetró hasta el corazón de las masas, y trajo un nuevo sentido de la vida a cuyo soplo cayeron hechos astillas los tronos, y cambiaron las directrices sociales, políticas, religiosas y aún estéticas. El Romanticismo literario es una manifestación de este otro Romanticismo universal, filosófico, el resultado en literatura de un movimiento ideológico más amplio y profundo.

CONTENIDO FILOSOFICO

DEL ROMANTICISMO

No es común hablar del Romanticismo filosófico, pero creo que difícilmente se puede encontrar un nombre que mejor caracterice a toda esta pléyade de sistemas que arrancan de la Reforma y de Descartes y culminan en el idealismo, subjetivismo y sistemas derivados, negación de toda realidad metafísica. Acaso se pudiera ilustrar su concepto por oposición a clasicismo filosófico, aplicando este nombre a la filosofía tradicional que hoy se llama **perenne** o escolástica y que se caracteriza por su espíritu objetivo y metafísico.

Así el Romanticismo filosófico viene a identificarse con lo que se ha dado en llamar filosofía moderna, cuya afirmación suprema es una negación: la negación de Dios, del alma, de la otra vida..., y cuya conclusión última es una divinización: la del individuo y todos sus actos: «nuestra naturaleza es divina y nosotros somos la actualidad de Dios» dijo ya en 1548 el teólogo alemán Sebastián Franck. Sus floraciones más conocidas son el idealismo, el panteísmo y el ateísmo, que son la negación más completa de la cultura de Occidente, y lo que ha hecho vaticinar a profetas de ojos de barro y criterio materialista la fatal decadencia y muerte de nuestra cultura.

Notemos de nuevo que no se puede históricamente oponer el Romanticismo a la filosofía de la Ilustración (Aufklärung) como en literatura se opone el siglo XIX al XVII y XVIII.

Una sencilla aclaración lo hará ver. Las características del iluminismo son la autonomía o libertad omnímoda en todos los órdenes de la vida; el intelectualismo exagerado, o querer poner la salvación del hombre en la instrucción como si la voluntad fuese impecable y recta; el naturalismo o culto a la naturaleza y estima excesiva de la vida terrena, que no es ya camino hacia el cielo que es morada sin pesar, sino el único cielo objeto de nuestras aspiraciones.

Estos principios y sus consecuencias son los principios y conclusiones del Romanticismo filosófico, y los filósofos del período de la Iluminación, los filósofos románticos por excelencia.

EL DOGMA FUNDAMENTAL

Si con Menéndez Pelayo, Seillière, Maeztu, Vegas Lantapié, aceptamos como definición de romántico el que niega el pecado original, o dicho con otras palabras, el que cree en la bondad natural del hombre, el dogma básico del Romanticismo filosófico no es otro que la proclamación de nuestra bondad ingénita.

Con el poder mágico de su elocuencia y su capacidad asombrosa de síntesis, reconstruye Donoso las afirmaciones y negaciones que de tal principio se siguen en carta al Cardenal Fornari fechada en París a 19 de mayo de 1852. (1).

(1) Donoso Cortés. Obras Completas. Madrid 1904. t. 3.º p. 384-411.

De la negación del pecado original nacen las siguientes negaciones:

1.^a Que la vida temporal es vida es expiación y el mundo valle de lágrimas.

2.^a Que la luz de la razón sea vacilante y flaca (racionalismo).

3.^a Que la voluntad del hombre esté enferma.

4.^a Que el placer sea tentación que debemos vencer.

5.^a Que el dolor aceptado por motivo sobrenatural sea un bien.

6.^a Que el tiempo haya sido dado para santificarnos.

7.^a Que el hombre necesite ser santificado.

Supuestas estas negaciones se afirma:

1.^o Que la vida es para elevarnos por nuestros esfuerzos indefinidamente a la perfección (progresismo).

2.^o Que el mundo debe ser radicalmente transformado.

3.^o Que no hay verdad que nuestra razón no pueda alcanzar.

4.^o Que no hay más mal y pecado que el que la razón entiende, es decir, que no hay otro mal o pecado que el filosófico.

5.^o Que la voluntad, de suyo recta, no debe ser rectificada.

6.^o Que debemos huir del dolor y buscar el placer.

7.^o Que el tiempo es para gozarle y disfrutarle.

8.^o Que el hombre es bueno y sano de suyo.

Estas afirmaciones fundamentales respecto del hombre conducen a otras análogas respecto de Dios:

Primera. Si el hombre no ha caído, no ha sido restaurado.

Segunda. Si no ha sido redimido, no ha habido Encarnación.

Tercera. Si la voluntad es íntegra y no existe otro mal y pecado que el filosófico se niega la santificación del Espíritu Santo.

Cuarta. Negado esto se niega el dogma de la Santísima Trinidad.

De aquí nace el naturalismo, contradicción radical del

catolicismo. Naturalismo y romanticismo son una misma cosa. El naturalismo, así considerado, no tiene una formulación quintaesenciada, ni es una heterodoxia determinada, sino «el fondo permanente—el de Lutero, el de Enrique VIII—, de donde salen todas las herejías», dice Ramiro de Maeztu (1). Acaso por eso no trate de él expresamente Menéndez Pelayo en la Historia de los Heterodoxos españoles, si bien no deje de reproducir las duras palabras con que Jovellanos les combatió en su Tratado teórico práctico de la España: «Una secta feroz y tenebrosa ha pretendido en nuestros días restituir los hombres a su barbarie primitiva, disolver como ilegítimos los vínculos de toda sociedad..., y envolver en un caos de absurdos y blasfemias todos los principios de la moral natural, civil, religiosa.»

De la negación de la fe se sigue la soberanía del entendimiento y de la razón, que descubre la verdad con el ejercicio de su poder. Este ejercicio, dice Donoso en la carta citada, consiste en la discusión. Luego la discusión es la verdadera ley fundamental de las sociedades modernas. De ahí dimanar las absurdas libertades de imprenta, de tribuna, la soberanía del Parlamento..., que nos ha tenido más de un siglo bordeando la ruina.

De la integridad de nuestra voluntad, se sigue que ella va detrás del bien sin auxilio de la gracia; si no necesita este auxilio, tampoco los sacramentos y oraciones que se lo procuran; si la oración no es necesaria, es ociosa; si ociosa, inútil la vida contemplativa (persecución contra las Ordenes Religiosas); si no necesita sacramentos, tampoco quien los administre (de ahí el desprecio, empobrecimiento y proscripción del sacerdocio). El desprecio del sacerdocio se resuelve en desprecio de la Iglesia, y éste, en desprecio de Dios.

Descartada la religión, el hombre se consagra al culto

(1) Defensa de la Hispanidad, 4.ª ed., Madrid, p. 167.

de los intereses materiales (fiebre industrial). «Este estado de riqueza material y de indigencia espiritual es seguido siempre, dice Donoso, de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la Historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres». Notemos que estas palabras fueron escritas hace casi un siglo.

APLICACIONES SOCIALES Y JURIDICAS

Sobre estos errores teológicos construye el Romanticismo filosófico su sistema jurídico y moral. Donoso se extiende en demostrar la correspondencia entre los errores teológicos y los políticos, y como a la tesis de la existencia de Dios providente corresponde en lo político la monarquía absoluta o la tradicional en que el rey reina y gobierna:

A la tesis deísta: Dios existe, pero no tiene providencia, la monarquía constitucional del siglo pasado: el rey reina, no gobierna.

A la tesis panteísta corresponde la república y el sufragio universal y cuando el ateo dice: Dios no existe, al punto sale Proudhon: No hay gobierno, lo cual o lleva a la anarquía absoluta o a un despotismo gigantesco que confisca todas las libertades, y aspira a una dominación universal demagógica. Donoso pinta con subidos colores las ansias dominadoras del futuro comunismo, y aunque no es precisamente en este pasaje donde señala la amenazante tortura que para Europa significa el imperio moscovita, termina con estas palabras: «Si un pavor religioso no me impidiera poner los ojos en esos tiempos formidables, no me sería difícil apoyar en poderosas razones de analogía la opinión de que el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico regido por un plebeyo de satánica grandeza; que será el hombre de pecado.»

Nosotros empero pasaremos por alto los luminosos caminos de reconstrucción que ofrece a los gobernantes de las naciones, y resumiremos brevemente las aplicaciones que del principio fundamental se deducen. De ellas trata amplia y profundamente Eugenio Vegas Latapié, a quien seguimos y a cuya obra remitimos al lector (1).

Del error religioso de la bondad natural y de la maleficencia de toda cultura, brota otro gran principio: la libertad absoluta, sin límites de ningún género: «Todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales», dice la «Declaración de Derechos». Nada puede limitar la libertad humana. No debe haber ninguna voluntad que sea dirigida y no sea directora. Sólo la libertad puede limitarse a sí misma convirtiéndose en soberana. Luego no hay más poder legítimo que la voluntad popular en cuya formación toman parte todas las voluntades soberanas de todos los individuos, voluntad expresada por medio del sufragio universal. Rousseau sostiene que la voluntad general es recta y verdadera. Hoy Hans Kelsen ha necesitado acudir al relativismo criteriológico para justificar el dogma de la voluntad general. Porque al no existir verdades objetivas y absolutas nadie tiene derecho a imponer leyes a los demás, por lo que la ley suprema de gobierno debe ser la voluntad de los más a fin de que las libertades coaccionadas sean las de los menos.

LA MORAL. LOS LITERATOS

DE LA TRISTEZA

De la libertad y bondad natural arrancan los grandes principios de la dogmática romántica, falsos todos por ser falsa su basamentación.

(1) Eugenio Vegas Latapié: Romanticismo y Democracia. Ed. Cultura Española, 1939.

El individuo es objeto del culto supremo y tanto más cuanto más alejado esté de la civilización. De ahí los cantos al «buen salvaje» de Hobbes y Rousseau, y ese perpetuo suspirar por el Emilio.

La moral del Romanticismo es la negación de toda moral. El bien y el mal son emanaciones igualmente divinas del yo. A veces las expresiones recuerdan la máxima protestante: «crede fortiter et pecca fortiter». Ser buenos o malos, pero con franqueza. De ahí ese Parnaso tan gloriosamente excéntrico de héroes románticos: el criminal, el insurrecto, el infame, Don Juan... Había que glorificar lo espontáneo, lo natural, las pasiones desenfundadas. Ni sólo en esto se ve la transcendencia literaria del Romanticismo-doctrina. El desorden de los literatos románticos no tiene otra raíz que la apuntada, ni creo debe buscarse otra causa a la tristeza descorazonadora que domina la literatura europea desde principios del siglo XIX.

La tristeza que no tuvo literatos clásicos, los ha tenido románticos con profusión. Recuérdese a Leopardi, el cisne negro de Recanati, a Schopenhauer, a Nietzsche. Ese es el origen de la melancolía de Lamartine, Musset; del negro pesimismo de Zola, el pintor negro, y el más naturalista—acaso viniera mejor otro epíteto—de los literatos; y de la afectada tristeza de nuestros románticos que querían parecerse a los de allende el Pirineo. ¡Cómo va a respirar alegría la obra literaria si el alma está triste y sin esperanza...!

EL DERECHO ROMANTICO

Como el dios del Romanticismo es el yo, no puede haber otra fuente de derecho que el individuo. Si hay unanimidad, la ley es ideal, aunque decreten que no hay estrellas o que el sol no nos alumbra.

La suprema juridicidad consiste en garantizar la pureza de la emisión del sufragio. No hay otro derecho na-

tural ni divino. Las leyes no son ordenación racional para el bien común promulgadas por el príncipe, sino expresión de la voluntad general. Aunque jóvenes todavía resuenan en nuestros oídos cantos y odas a las urnas, si bien también recordamos su epitafio: El destino mejor de las urnas es ser rotas.

Esta concepción alcanzó su apoteosis literaria y política en el «Contrato Social», y en la «Declaración de Derechos», y ha estado quitando la vida durante siglo y medio a Europa. En 1851 era fuertemente atacado Donoso en «Revue de Deux Mondes» por combatir la democracia y el sufragio universal. Hasta hace pocos años caían en el vacío los anatematismos que contra este sistema dirigía el sentido común y la filosofía tradicional. ¿Hoy?... A la vista de todos está el cambio.

Sea lo que sea de estas últimas consideraciones lo cierto es que sólo a través del Romanticismo filosófico queda el literario suficientemente contorneado para definir lo que en él es apariencia engañosa y realidad honda.

El Romanticismo es el quebrarse todos los vínculos sociales, políticos, religiosos.

Dogmáticamente es la bondad natural y la libertad elevada a dogma supremo con el autonomismo kantiano. Es la exaltación suprema del hombre suelto de toda traba, alejado de Dios, fin en sí mismo.

Socialmente, la democracia y la revolución.

Religiosamente, la negación de Dios y la divinización del individuo.

Literariamente es todo esto, presentado en una envoltura de circunstancias: ambiente cristiano y medieval por oposición a lo pseudoclásico y mitológico. Pero esto fué pasajero y superficial. Lo permanente fué lo revolucionario. El Romanticismo filosófico es la filosofía de la Revolución; el literario la literatura de la Revolución; el político la política de la Revolución. La Revolución francesa la consagración definitiva de su triunfo y la meta final de los jurisperitos liberales, de las turbas engañadas y de los ilusionistas del siglo XIX y de los primeros lustros del siglo XX.

CONTENIDO FILOSOFICO DEL**ROMANTICISMO ESPAÑOL. —****ROMANTICISMO LITERARIO**

El Romanticismo literario nos vino de Francia e Inglaterra, cuando ya llevábamos varios siglos de tenerle en casa. En Viena rehabilitaron a Calderón los hermanos Schlegel; en Londres, París y Malta reconocieron nuestros emigrados los tesoros literarios guardados en el interior de España. Así el Romanticismo español fué un soldarse de nuevo con el pasado. Porque si bien la rotura no había sido perfecta, no faltaron cultos afrancesados, ni tragedias de estilo greco-francés, ni afanes de versalizar nuestros palacios—estatuas neopaganas de La Granja—y afrancesar nuestra cultura. Este entroncamiento con el romance, esta vuelta a lo caballeresco, heroico, hispano, aun en el metro, constituye el valor más positivo de la escuela y su elemento renovador más transcendental. Con él vino el llamado elemento septentrional, el gusto por lo melancólico, desordenado, triste, el culto de la noche, el vivir aventurero y desgarrado a lo Byron, del suicidio wertheriano. Hasta reapareció la olvidada literatura de las brujas que parecía desterrada definitivamente por Feijóo. Fué todo un estilo extravagante de vida: desde el amor hasta los muebles. En él se ensañaron con finísima sátira Larra, Mesoneros y Bretón. El clasicismo era como el antiguo régimen—dice el P. Blanco—; el romanticismo, el verbo sagrado de la escuela liberal, el estandarte que cobijaba a toda la juventud. Hasta las mismas mujeres se dividieron en clásicas y románticas: Clásicas se decían las hacendosas y amigas de arreglar los asuntos domésticos, las que preferían la frescura del rostro y los buenos colores a la palidez sepulcral y las ojeras que artificiosamente ostentaban las

románticas. Este romanticismo arrastró a mil extravagancias, que estragaron fuertemente las costumbres hasta llegar al recinto del hogar.

Históricamente coincidió también entre nosotros el triunfo del Romanticismo literario con la exaltación definitiva de los principios dogmáticos del Romanticismo filosófico. Sin embargo la curva del desarrollo del Romanticismo filosófico en España hay que separarla decididamente del literario.

EN ESPAÑA NO HAY FILOSOFIA DE LA REVOLUCION

En España hubo revolucionarios, pero no hay filosofía de la Revolución independiente, ni filósofos románticos autóctonos. Se limitaron a socavar los fundamentos de la religión católica y a repetir a coro los cantos a la libertad, igualdad y fraternidad y a las famosas libertades. Pero fueron incapaces de enriquecer la filosofía revolucionaria con un sólo pensamiento nuevo. Cuando triunfó la Revolución en pleno s. XIX se les ocurrió que no podía ser duradero un sistema sin fundamentos filosóficos propios. Salieron a buscarlos por Europa y se abrazaron con el sistema de un autor de segundo o tercer orden de Alemania. Pero este sistema no preparó el triunfo de la Revolución, y poco a poco se fué convirtiendo en una organización político-académica enquistada en el Estado para continuar con su calor y dinero la desespañolización de España aún en el lenguaje.

Pero mientras nuestros filósofos vivían en el sintetismo krausista, las turbas más avizadoras se abrazaban con el socialismo.

DESARROLLO DE LOS PRINCIPIOS

ROMANTICOS EN ESPAÑA

La historia del Romanticismo filosófico y político en España coincide con el proceso de extranjerización o europeización, que consiste concretamente en imponernos los dogmas de la Enciclopedia. Esta historia aún no está escrita, si bien no faltan ni documentos, ni las directrices generales en la obra ingente de Menéndez Pelayo, Ramiro de Maeztu, Mella, el glorioso mártir e ilustre historiógrafo palentino P. G. Villada, Don Manuel G. Morente, y otros hispanistas de nuestros días.

Ramiro de Maeztu en la «Defensa de la Hispanidad» dedica un capítulo luminoso al proceso de nuestra extranjerización. También trata de ella Menéndez Pelayo en diversos pasajes de sus obras, sobre todo en la «Historia de los Heterodoxos Españoles», donde evoca en toda su pujanza las recias figuras de los impugnadores del espíritu de la Enciclopedia.

Acaso sea uno de los principales el insigne canónigo palentino Don Vicente Fernández Valcarlos que en 1785 publicó su famosa obra: «Desengaños filosóficos en honor de la verdad, de la religión y de la Patria», en tres gruesos volúmenes. ¡Con qué gusto hemos desempolvado estos ejemplares de nuestra biblioteca catedralicia y hemos sonreído ante la ingenua dedicatoria que de ella hace a Floridablanca, que es con Campomanes, Roda y Cabarrús uno de los ídolos de la Revolución! Junto a él estaban el Rancio, Ceballos, Lampillas, Forner, como si el bibliotecario hubiera querido juntar las obras de aquellos esforzados atletas de la unidad intelectual y mora! de la Patria.

Su defensa de la tradición y del ideal cayó en parte en el vacío porque anidaba en el poder el aborrecimien-

to a nuestro pasado y la incomprensión de nuestro destino.

Este proceso de extranjerización comenzó al cerrar sus ojos el Monarca Hechizado, se acentuó durante todo el s. XVIII y triunfó plenamente a partir de las Cortes de Cádiz.

Vivían nuestros políticos y literatos desde 1700 como desterrados de su Patria, atados vilmente al carro francés, esperando la salvación del enciclopedismo, la democracia y el liberalismo, que son negación de las más puras fragancias de nuestra alma española. «Comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa», dice Quintana. Entre tanto la España tradicional se replegaba.

Hubo una ocasión única que los afrancesados aprovecharon sagazmente. Mientras España ganaba la guerra de la Independencia contra los ejércitos napoleónicos de la Revolución francesa, perdía la paz en la retaguardia, en unas Cortes de estilo francés, donde se sustituyó la seriedad y aplomo del Consejo de Castilla por unos procuradores declamadores.

¡Qué desgracia nacional aquella! Con su clarividencia proverbial analiza Balmes aquella ocasión y otras pérdidas más tarde en un opúsculo escrito al terminarse la primera guerra civil, impreso en Barcelona en 1840 (1), particularmente en el capítulo 4.º y siguientes, donde explica lo que los extranjeros han dado en llamar «anomalías de España». El se toma la molestia de examinar esos hechos extraños y buscarles sus causas, que no son otras que la inversión que nuestros dirigentes hicieron de la constitución interna de España.

«En una nación, dice Balmes, que entonces era y no podía menos de serlo altamente monárquica erigir en ley fundamental una constitución esencialmente democrática; en una nación altamente religiosa, prodigar

(1) Balmes, Obras Completas, t. 23, p. 40 ss.

abiertamente a la religión la sátira, el escarnio; en una nación tan grave y austera sustituir a la sesuda gravedad de los Consejos castellanos por la precipitación y el más desatentado desacuerdo; y todo esto de repente, sin mediar ninguna gradación, que pudiera influir en las ideas y costumbres: ¿qué debía suceder? Ah, lo que sucede siempre, que se encaran dos enemigos irreconciliables; debía comenzar una lucha encarnizada y duradera resultando el sumirse la nación en un piélagos de revueltas, de sangre y de lágrimas.»

FRACASO DEL ROMANTICISMO FILOSOFICO ESPAÑOL

Circunstancias tan singulares acaso no se hayan dado en ninguna nación con tal permanencia. Por eso en ninguna nación ha existido ese proceso tan repetido de guerras civiles como en España. Desde Floridablanca y Campomanes en que se acentuó la europeización, o por mejor decir, la desespañolización de nuestra cultura, apenas hemos tenido un día de tranquilidad y de gloria.

Ciento treinta años de revoluciones ininterrumpidas en España y América latina hacen ver con absoluta evidencia, al menos para los españoles, la falsedad de los principios democráticos, ya que esos años no han sido capaces de darnos un momento de paz salvo en períodos de crisis de democracia.

Este fracaso inigualable del romanticismo político extranjero y extranjerizador, ojalá ilumine nuestros caminos en el porvenir, haciéndonos ver que el fracaso está en querer imponernos lo no español. En España somos de tal naturaleza que si no se nos da lo que nuestra constitución nacional pide, si se nos quiere europeizar, bien sea mirando a Francia, bien a Inglaterra, bien a cualquier otra nación, aunque con ella nos unan las más íntimas afinidades, el fracaso es inevitable. La mayor torpeza de nuestros políticos es querer allanar ideológi-

camente los Pirineos. ¡Qué lastima que no sean más altos!

Ello nos trajo hace un siglo la revolución política, que fué entre nosotros espantosa.

La revolución literaria, aunque vino unida a la primera, no siguió sus derroteros destructores.

Al contrario, el Romanticismo literario español—enfermizo en muchos aspectos—, se mantiene en un nivel cristiano y nacional muy por encima del resto de las literaturas extranjeras. Hay síntomas de hastío, estremecimientos de duda... huellas del paso de la tormenta revolucionaria, como quedan huellas del paso de la revolución social y política..., que lloran la ignominia de los decretos desamortizadores: ruinas de Santa María de Aguilar, de Benevivere..., y tantas ilustres ruinas de monasterios palentinos y españoles... Sin embargo abandonó en parte la tendencia europeizante y antiespañola y se refugió en un tradicionalismo histórico-literario parcial y de su género.

¿Debe algo esta orientación a D. José Zorrilla?

En ello influyó notablemente la posición netamente cristiana y nacional de D. José Zorrilla. En una poesía escrita en 1889, titulada «Cuestión personal» (1), en que el poeta nos dice lo que jamás «hasta después de morir, había pensado decir», después de hacer una descripción a grandes rasgos de su obra poética en el sentido cristiano y patriótico, se pregunta con ingenua sencillez:

*¿Me debe algo el hoy a mi
por mi ayer y mi actitud?*

Ese ayer, esa actitud la ha descrito el poeta en los

(1) Zorrilla. Clásicos Castellanos, t. 63. Madrid 1933. Página 222 y siguientes.

versos anteriores. Cuando las turbas arrastraban por las calles a los frailes inocentes él cantaba a la Virgen.

*Cuando a tierra los cañones
echaban los monasterios
cantaba yo los misterios
de sus santas tradiciones.
Cuando todos se escondían
de la audaz persecución
de aquella revolución
surgí en pro de los que huían:
Y aquí y en toda región
decir sin jactancia puedo
que canté con fe y sin miedo
mi PATRIA y mi RELIGION.*

Zorrilla español y cristiano, es negación radical de los principios de la revolución. A pesar de ciertos alardes escépticos y revolucionarios, debidos a la superficialidad de su formación juvenil y al medio ambiente de su tiempo, Zorrilla, como él mismo nos dice, nunca vendió su pluma ni su fe.

*Yo consagré a España sola
entera mi poesía,
y no ha sido más la mía
que cristiana y española.*

Española su alma, española su poesía, española la concepción de la vida que alienta en sus poemas. La vida es lucha, camino, destino a un porvenir eterno y trascendente. La vida no sólo es para vivir y gozar, sino para obtener luchando la bienaventuranza eterna. Esta afirmación niega radicalmente el materialismo romántico europeo y coloca a Zorrilla en la esfera de la concepción hispánica de la vida. Y si alguna vez canta con brillantez la alegría voluptuosa del vivir, él mismo pide perdón a Dios por su atrevimiento. El alma de Zorrilla que siempre había aspirado al ideal, ideal que no había en-

contrado en Madrid adonde huyera, ni en el seno del hogar, ni en París, ni en el Nuevo Mundo, ni en las sonrisas del vivir cortesano... suspiraba sobre todo en sus últimos días por el «aire de la almena» de que habla el príncipe de nuestros místicos.

CONCLUSION

Y termino. He procurado daros una visión del romanticismo.

¡Cuándo sonará la hora en que se escriba la historia con visión completa, sin escisiones que sólo sirven para hacerla incomprensible!

La visión auténtica del Romanticismo como fenómeno literario es incompleta, hasta incomprensible en algunas de sus modalidades, si no es considerada como desarrollo lógicamente necesario de otro movimiento ideológico más amplio, que abarca toda la vida.

Ese movimiento es en su conjunto negación de la cultura cristiana de Occidente, y acaso tengan su parte de razón los que dicen que es un alarde de invasión germanoasiática sobre la cuarteada cultura mediterránea.

Para nosotros es negación completa de nuestra política, de nuestra Historia, de nuestro ser, de la Hispanidad: el período de la Hispanidad en crisis, el triunfo de la anti-España...

Los escritores y poetas europeos de la época de la Ilustración formaron la leyenda negra, porque odiaban nuestro destino católico y universal, o porque no lo comprendían.

Por eso, detestamos el contenido ideológico del Romanticismo, aunque miremos con cariño alguno de sus frutos.

**EL ESPAÑOLISMO
DE ZORRILLA**

HERALDO DE VIRTUDES Y GRANDEZAS HISPANICAS

Por Manuel FERRANDIS TORRES

La clausura del Homenaje a Zorrilla tuvo el marco esplendente del Teatro Principal, en el que se celebró un acto solemne, realizado por la presencia en Claustro de la Universidad de Valladolid, cuyo Excelentísimo Sr. Rector Dr. Don Cayetano Mergelina con los Decanos y Catedráticos de todas las Facultades se sentó en la presidencia.

Previa la distribución de premios del Certamen Escolar, el ilustre Catedrático de la Facultad de Historia, Dr. Don Manuel Ferrandis Torres, pronunció un maravilloso discurso, magnífico en fondo y forma, que fué interrumpido en diversos pasajes y premiado al final con calurosas ovaciones. El Dr. Ferrandis después de resaltar la significación de la Semana palentina, a la que atribuyó prestancia nacional, se extendió en atinadas y magistrales consideraciones sobre las afirmaciones religiosas y españolistas de Zorrilla, en medio de un siglo de neta decadencia nacional.



Cuando hace ya algún tiempo emprendisteis la organización de este cálido y vibrante homenaje en honor del más completo de nuestros poetas románticos, no pudisteis seguramente adivinar la significación y transcendencia que en vuestras propias manos alcanzaría la empresa que ibais a acometer. Fundamentada en el fervor por el hijo adoptivo de vuestra Ciudad, apoyada en la circunstancia de cumplirse los cincuenta años de su muerte, la idea que pudo tener al principio un marcado sabor local, que bullía en la mente de un pequeño grupo de palentinos decididos y entusiastas, fué creciendo y creciendo el calor de la ilusión de sus promotores, se fué desarrollando al compás del entusiasmo contagioso de sus seguidores, se fué aproximando a la grandeza magnífica de la figura que se evocaba y ha acabado por saltar los confines provinciales y regionales para alcanzar la categoría precisa y genuina de homenaje nacional.

Y así debía ser, para ser completo. Porque por intensa que haya sido la íntima relación entre el poeta y la ciudad, por mucho que sea lo que Zorrilla debe a Palencia y lo que Palencia debe a Zorrilla, como tan bellamente os lo ha expuesto estos días vuestro Cronista oficial, digno sucesor del gran poeta en tan difícil cargo, por mucho orgullo palentino que pongáis en la evocación de vuestro hijo adoptivo, ni Zorrilla puede reducirse exclusivamente

a aquellos aspectos que con vosotros le ligaron, ni vosotros podéis contentaros con el sonido de vuestra voz, por entusiasta que sea, si no la acompaña el eco fraternal de las demás regiones de España. Lo que sí podéis hacer y eso ya lo habéis hecho, es ser los primeros en dar la voz de alerta, abrir el emocionado recuerdo de este quincuagésimo aniversario, repetir una vez más aquel gesto amoroso que os hizo abrir maternalmente los brazos al poeta español, cuando venía de tierras lejanas con el alma desbordada de nostalgias patrias. Entonces le acogisteis como un hijo, este título le disteis oficialmente, le agregásteis el de Cronista de la Ciudad y tras de vosotros vinieron los nombramientos de Valladolid y Madrid, la pensión del Estado, la coronación de Granada y todas las públicas manifestaciones del reconocimiento nacional. También ahora se celebrarán conmemoraciones en las demás provincias españolas, también ahora promoverá el Estado el homenaje que España le debe a su inagotable cantor, pero ahora como entonces habréis iniciado el camino, habréis marchado a la vanguardia del recuerdo y habréis demostrado que no en balde había sangre palentina en las venas de Zorrilla y no en balde le unían a esta tierra las fibras más sensibles de su filial corazón.

Por eso, el acto de hoy, que para vosotros es el último del gran certamen que habéis organizado, es en realidad el primero del gran homenaje nacional, y al reunirnos aquí hoy para cerrar esta semana de intensa evocación, no hacemos sino abrir el solemne período del recuerdo oficial.

Comencemos por reconocer, en honor a la verdad, que no podíais haber iniciado el camino con mayor brío y decisión. Las Autoridades e Instituciones oficiales protegiendo y estimulando el esfuerzo y la investigación, el Profesorado de todos los Centros colaborando en la divulgación, los poetas castellanos prodigando sus más bellas composiciones, el alumnado local declamando las románticas estrofas del admirado poeta, y el pueblo palentino, este pueblo tan sensible a toda llamada espiri-

tual, fundido en el mismo deseo, sintiendo en su propia honra la honra que al poeta ofrendaba, vibrante de anhelos y rendido de amor, alentando con su aplauso y asistencia el programa que se le brindaba y confirmando en el acto de hoy con su presencia deslumbrante, con este aspecto maravilloso del teatro, que parece el estallido silencioso de un sentimiento popular, que nadie como Zorrilla supo llegar hasta su corazón. Y es que, como bien sabéis, fué en esta tierra palentina, en esta tierra que le brindó su amor maternal, donde el poeta aprendió a llorar, y no hay semilla más fecunda y más eterna que las lágrimas de un hijo, cuando es la madre quien las llega a recoger.

Como frutos maduros de aquella íntima comunión espiritual os habéis recreado durante esta semana en los recuerdos del hijo poeta. Su métrica y su rima, su teatro y sus leyendas, su vida y su época, todo cuando pudiera significar un nuevo matiz, una faceta original, ha desfilado ante vosotros entre galanuras de estilo y ritmos de poesía; los trabajos premiados en el concurso literario vienen a enriquecer con nuevos detalles los datos que ya conocíais; como en una magnífica proyección cinematográfica la cámara tomavistas se ha colocado en todos los ángulos posibles y en los más apropiados planos para que no quede nada por contemplar, pero... faltó un sólo detalle, se olvidaron de poner la palabra FIN. Cuando ya había pasado ante vuestros ojos la cinta completa, no apareció el clásico final y quedaron unos cuantos metros en blanco, precisamente los que ahora vamos a llenar.

EL HISTORIADOR ANTE ZORRILLA

Quiero deciros con esto que nada nuevo vais a escuchar en el día de hoy. No puedo reincidir sobre ninguno de los aspectos del poeta que ya os han presentado porque fueron doctas las palabras que lo hicieron y

nunca la segunda parte podría equivaler a la primera; menos aún puedo intentar el comentario de alguna nueva faceta de su obra literaria cuando hay maestros —y tan buenos maestros— que dijeron sobre ella la última palabra. En realidad, como decíamos antes, la proyección debía haber terminado, pero ¿no habíamos quedado también en que nos hallábamos en un homenaje nacional? ¿No estamos rindiendo pleitesía a un poeta nacional? Pues entonces, perdonad mi intervención, perdonad también que quien no es palentino se mezcle en vuestro Certamen, perdonad que no os hable de los versos del poeta, perdonad que prolongue la proyección de una gloria literaria quien no tiene nada de literato, pero es que esa gloria de nuestra literatura, ese astro fulgurante de nuestras letras, no era sólo un maravilloso versificador, era también, y ante todo, un magnífico español y como español puede acercarse a él el no especializado, puede acercarse a él el historiador y podemos acercarnos a él todos los que como él sintamos a España, para beber en lo más hondo de su pensamiento las puras esencias de su españolísima inspiración.

SIMBOLO NACIONAL

Zorrilla en Palencia, como en Valladolid o en Granada, en Barcelona o Madrid, despertará recuerdos más o menos profundos de vínculos o acontecimientos locales. Zorrilla literato, será paladeado más o menos íntimamente por los que a las letras sientan afición y se esfumará poco a poco a medida que nos vayamos alejando hacia aquellas capas sociales que no tuvieron ocasión de procurarse este recreo espiritual. Pero Zorrilla español, no por su nacimiento tan sólo, que eso al fin y al cabo puede ser casualidad y no han faltado los que en España nacieron y después no la supieron amar, sino español de corazón, sintiendo a España, identificándose

con sus dolores y sus alegrías, inspirándose en la propia tradición española y soñando siempre con una España mejor, con conciencia plena de la responsabilidad que este título encierra, no sólo despierta recuerdos en todos los rincones de la Patria, no sólo es comprendido igualmente por literatos y científicos, por intelectuales y obreros, sino que se transforma en un verdadero símbolo nacional, en un auténtico poeta español, que sólo porque a España supo amar, fué amado de todos los españoles.

LA ESPAÑA DEL XIX

¡Qué falta hacía el españolismo exaltado de nuestro poeta en aquellos azarosos días del siglo XIX! ¡Cómo había decaído nuestra Patria! ¡Cómo se habían adormecido en el corazón de los españoles aquellos vigorosos resortes que hicieron posible nuestra etapa imperial! No había muerto, no; que en el alma nacional nunca murieron sus eternas esencias raciales. Precisamente acababan de vibrar con toda intensidad en los comienzos del siglo ante el latigazo de la invasión francesa. El valor indomable del pueblo español, su exaltado amor a la independencia, su sentimiento religioso, hasta el carácter universalista de su destino iniciando en Bailén la derrota napoleónica y ofreciendo a la Europa atemorizada el magnífico ejemplo de poder vencer por saber morir, eran buena prueba de la supervivencia íntegra de la auténtica España, pero aquello que podía haber sido el resurgir de nuestro pueblo, quedó tan sólo como una bella muestra del heroísmo español y pasó fugaz como el relámpago para entenebrecer aún más nuestro porvenir. Faltó entonces el conductor, faltó el saber mantener la independencia espiritual, y en lugar de beber en nuestra propia tradición para actuar en

español, se aceptó la intromisión de ideologías extrañas, se practicó un liberalismo mal digerido y se plegaron, adormecidas de nuevo, las alas puras del espíritu español.

Y aquel siglo que parece eterno para nuestra Historia, aquel siglo que se inicia políticamente con la Constitución de 1812 y acaba entre el espanto producido por la catástrofe del 98, se alimentó de la guerra civil entre los hijos de España, vivió entre conspiraciones, motines y pronunciamientos, se desarrolló en una constante y estéril revolución y murió rodeado del desencanto y la desesperación. Sin una dirección acertada, sin un poder fuerte que supiese galvanizar el alma nacional, los españoles marchaban a ras de tierra, sus horizontes políticos no alcanzaban más allá del partido a que pertenecían, el péndulo constitucional oscilaba bruscamente de la extrema derecha a la extrema izquierda y viceversa, los periódicos eran hojas de combate personal o partidista, la Historia se escribía al dictado de la pasión, y mientras el Imperio se desmoronaba y las intervenciones extranjeras se sucedían, nadie se acordaba de que por encima de los intereses bastardos y rastrosos de la baja política, más allá de los apetitos personales y a cubierto de las contingencias temporales, existía un pueblo de historia gloriosa y vitalidad eterna, existía una nación que había sabido imponer sus normas al mundo entero, existía una Patria que agonizaba atormentada por sus propios hijos y que sólo esperaba un momento de reflexión, una mirada de amor, para volverse a reconciliar.

NUESTROS ROMANTICOS

Todos los españoles del siglo XIX tuvieron una buena parte de responsabilidad en la profunda decadencia alcanzada por España, pero si es cierto que no hay re-

gla sin excepción y que la excepción confirma la regla, a los labios de todos vosotros están acudiendo los nombres, aislados y escasos pero luminosos y ejemplares, de aquellos compatriotas que supieron mantener encendida, en aquel terrible caos, la antorcha de la hispanidad. No quiero, sin embargo, referirme a estos insignes pensadores que tan bravamente lucharon contra corriente, sino que quiero salvar también de la regla general a un pequeño grupo de españoles que por no saber andar al nivel del suelo, por llenar su alma de conjuros y ensañaciones, por buscar en las estrellas los motivos de su inspiración, por vivir fuera de la realidad ponzoñosa que los rodeaba, siguieron cantando a España como en los tiempos mejores y supieron conservar intacto su espíritu español. Ya podéis suponer que estamos hablando de los poetas, de esos poetas románticos del siglo XIX que supieron sembrar de bellos oasis el árido desierto de la política, que fueron islotes de ensueño y de paz en aquel océano azotado por el más temible vendaval. Ellos nos servirán de descanso y consuelo, con ellos olvidaremos la conspiración y el motín, en ellos encontraremos todavía el recuerdo y la ilusión y entre ellos aparecerá de nuevo para venir a nuestras manos, para servirnos de guía en nuestro comentario, el que por ser el más inspirado de los románticos sería también el más español de los poetas.

EL PATRIOTISMO DE ZORRILLA

La larga y azarosa existencia de Zorrilla, que encaja casi de un modo matemático en la época que comentamos, que le hizo ver la luz primera apenas establecida la monarquía absoluta de Fernando VII y cierra sus ojos cuando se estaba gestando nuestro desastre colonial, es la más elocuente prueba de su arraigado y constante patriotismo. No le preocuparon los cambios polí-

ticos, no intervino en las guerras civiles, no conspiró en los cambios de régimen ni aduló a los partidos triunfantes; él no hacía más que cantar, cantar a España sin descanso, y desde aquel día memorable en que surgió a la popularidad entre los cipreses de un campo-santo, sus versos fluyeron ininterrumpidamente en un anhelo insaciable de españolización. Hace unos días os hablaba mi querido compañero, el Catedrático de este Instituto don Felipe Ruiz, de Zorrilla y su tiempo. El os diría, mejor que yo, lo difícil que era mantenerse neutral en aquel panorama español barrido furiosamente por los más contrarios vientos y el mérito que representa el saberse elevar por encima de las más enconadas pasiones. Porque no conviene olvidar que España ha tenido grandes poetas y magníficos literatos, pero los ha tenido cuando las circunstancias eran propicias y el ambiente favorecía el cultivo espiritual. ¿A quién puede extrañar que en aquel tránsito de los siglos XVI al XVII, cuando España había alcanzado su apogeo político, surgieran las primeras figuras de nuestra literatura nacional? En todos los países se producía el mismo proceso. Primero, el triunfo de las armas, la expansión militar; el dominio material; después, al descansar el brazo, el despertar del entendimiento, el apogeo literario, la expansión espiritual. Así, en Inglaterra, primero Isabel, después Shakespeare; en Francia, primero Luis XIV, después Corneille, Racine, Molière; en España, primero Carlos V y Felipe II, después Cervantes, Lope, Calderón. ¿Y qué cosa más natural para estos literatos del Siglo de Oro que cantar las glorias de España si no tenían más que volver la vista en derredor? Comentar las campañas de Flandes o Italia, las victorias contra el turco, las hazañas de conquistadores y misioneros, el poder de los monarcas; exaltar el orgullo español, realzar las virtudes ciudadanas, exponer las propias costumbres, eran temas que brotaban espontáneamente de todas las plumas y eran leídos con toda avidez por aquel pueblo, borracho de gloria, que se veía reflejado en ellos con toda exactitud. Pero si en vez de encontrarse alre-

dedor con un San Quintín o un Lepanto, se encuentra un Cabezas de San Juan o un Alcolea, si en vez de escribir en un ambiente de exaltación nacional se escribe en otro de decadencia política, si en vez de rodearse de un pueblo orgulloso de su destino universal, se rodea de otro pesimista y descorazonado, el mérito del poeta que reacciona, del poeta que tiene que mirar atrás, muy atrás, para encontrar la adecuada fuente de inspiración, es infinitamente mayor que el de los otros literatos a quienes todo invitaba a escribir. Grande es, amigos míos, la figura de Zorrilla, tan grande que hoy nos reúne a todos su recuerdo y la devoción que se le debe, pero no le juzguemos tan sólo por su obra, recordemos también el tiempo en que vivió, las dificultades que tuvo que vencer, y así será mayor y más justa nuestra admiración.

SU IDENTIFICACION CON EL ALMA NACIONAL

Pero ¿de qué armas se valió el poeta para lograr el triunfo a pesar del difícil ambiente que le rodeaba? ¿Cuáles fueron las directrices que mantuvieron constantemente la línea recta de su copiosa producción? ¿Bastaría su ágil y despierta imaginación, su versificación flúida y espontánea, la riqueza de su léxico, la variación de los temas o el color de sus descripciones? No, no es suficiente todo ello para explicarse su éxito popular ni para justificar el calificativo de poeta nacional. El secreto de Zorrilla, el que le hace adentrarse como ninguno en el alma del pueblo, el que le transforma en simbólico representante de España, es, sencillamente, su identificación absoluta con el alma nacional.

Desde que España existe como nación, hasta que Dios disponga de su último destino, existe también en ella un alma nacional. Desde las épocas primitivas de nues-

tra Historia hasta que los Reyes Católicos fundieron en un solo haz los grupos diversos del pueblo español, en ese crisol de siglos donde se fundían las características de nuestros primeros habitantes con las aportaciones étnicas de los elementos invasores, se fué formando nuestra raza, la raza española, que no tendrá caracteres antropológicos, pues no nos interesan matices de piel, de cabello o de nariz, pero que sí tiene caracteres espirituales, que ofrece una absoluta uniformidad de reacción, que obedece a directrices invariables y eternas y es, lisa y llanamente, la expresión del alma nacional. Por encima de las variantes locales, por encima de las diferencias regionales y provinciales, por encima del espacio, el alma nacional, la raza española, obrará siempre con entera uniformidad; a través de los momentos de apogeo, a través de los períodos de decadencia, a través del tiempo, el alma de España se mantendrá en continua vitalidad; podrán algunos desconocerla, podrá en alguna época adormecerse, pero siempre que las circunstancias lo exijan, cuando el instinto de conservación o la llamada de un español apele con angustia a las energías de la raza, éstas se mostrarán con toda vitalidad y arrastrarán consigo a los españoles todos. Si la llamada es nacional volverán a fundirse los pueblos de España en manifestación sublime de valor y sacrificio, de amor a la independencia y emoción religiosa, de expresión arrolladora de su destino de universalidad; así sucedió en nuestra época imperial, así se manifestó en nuestra lucha contra Napoleón y así la hemos visto en nuestra Cruzada de Liberación. Pero si el despertar es individual, si es un solo hombre el que siente vibrar en sí mismo las virtudes raciales, si se estremece con ansias de independencia y afanes religiosos y universalistas entre una sociedad adormecida y decadente, podrá no arrastrar al pueblo que se calla, pero sabrá hablarle tan claro de lo que todos sienten en su alma como un soñado ideal, que fácil le será adentrar en lo más profundo de su corazón. Así sucedió a Zorrilla y así se explica su triunfo sobre el alma popular.

**«CRISTIANO Y CABALLERO,
COMO ESPAÑOL SIN TACHA...»**

El secreto de Zorrilla no era tal secreto, puesto que él se encargaba de publicarlo a voces en su ansia infinita de contagiar a los demás; él lo grita constantemente, en cualquier ocasión, en sus poemas y en sus cartas, a cuantos le quieren oír. Todo se reduce a dos palabras, las esenciales del alma nacional: español y cristiano, España y Religión, Patria y Fe. ¿No lo tenéis ahí, en la portada de vuestro programa?: «Cristiano y caballero, como español sin tacha»; así lo dice nuestro poeta, lo demás se nos dará por añadidura. Y también lo ha dicho en los Cantos del Trovador: «¡Lejos de mi la historia tentadora—de ajena tierra y religión profana!—Mi voz, mi corazón, mi fantasía,—la gloria cantan de la Patria mía». ¿Y quién no recuerda aquellas redondillas de sus «Vigilias de Estío»? «Nada profano hay en ellas—lector, no hay en sus renglones—más que viejas tradiciones—y acaso fábulas bellas.—No tienen más intención—que hacer humilde memoria—de nuestra pasada historia,—de nuestra fe y religión.—Y abrevio anuncios prolijos.—Lector, dar puedes en suma—cuanto salga de mi pluma—a tu mujer y a tus hijos». Terminando con esta magnífica y orgullosa afirmación de españolismo: «¡Fálteme la luz del sol—si algo impío ni extranjero—que haya en mis escritos quiero,—que al cabo nací español!». ¿Creéis que podría influir en tales declaraciones el calor de la improvisación, la sonoridad del verso o la exaltación poética?, pues oíd lo que escribe en prosa llana y fría, en la dedicatoria del segundo volumen de sus poesías a sus amigos Donoso Cortés y Pastor Díaz: «Al publicar el segundo volumen he tenido presente dos cosas: la Patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religión en-

cierra más poesía que el paganismo. Español, tengo a mengua cantar himnos a Hércules, a Leónidas, a Horacio Cocles y a Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid, y a Don Pedro Ansúrez, a Hernán Cortés y García Paredes. Cristiano, creo que vale más nuestra María llorando, nuestra severa Semana Santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas lupercales y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Plutón. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra Patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religión contra cuyos errores protestamos a cada paso.»

No obedecían, pues, a exaltación de poeta sus afirmaciones españolistas y religiosas, sino que respondían a una firme convicción y a una continua ejemplaridad de conducta. Mientras su padre le contaba en sus tiernos años los heroicos lances de la guerra contra la invasión francesa, en la que tan activa parte había tomado; cuando le relatara la resistencia que opuso en Torquemada, al frente de un batallón de estudiantes palentinos, contra las tropas del general Lasalle; cuando conociera emocionado el paso de los invasores por Palencia y Dueñas, y la batalla de Cabezón que les abría el paso a Valladolid; cuando supiera la actuación valerosa de su padre y de sus tios luchando como guerrilleros a las órdenes del cura Tapia, su corazón se ensancharía ante la gran epopeya de la Independencia y se desbordaría para siempre en las más puras exaltaciones del amor a la Patria. Y cuando, ya mozo, pudo darse cuenta personalmente de los vaivenes de la política y vió que su propio padre, encasillado ya en un partido, se veía obligado a alternar su casa con el destierro al compás del péndulo constitucional, debió sentir el desdén por las banderías y minúsculas facciones políticas y, sin quererle calificar de absolutista o constitucional, de progresista o moderado, aspiró ya toda su vida al legítimo y único título de español.

TEMATICA ZORRILLESKA

Al alcanzar el triunfo definitivo, ese triunfo que supo mantener durante más de medio siglo, sus versos se desparramaron en manantial inagotable sobre todas las cosas. Canta al campo y a la naturaleza, a los templos y castillos ruinosos, al amor y a la poesía, pero ya desde el primer momento en toda su producción, aún en la que parezca más ajena a la expresión patriótica, aparecerá el recuerdo, la alusión o el ambiente de un tema español. Y cuando esto no lo crea suficiente, acometerá esa serie maravillosa de «Leyendas», de tradiciones patrias versificadas, en las que recogiendo relatos y argumentos de crónicas históricas, pasajes de libros devotos o datos de romances vulgares, fundamentándose siempre en hechos y cosas de España, lo mismo los que el pueblo comentaba que los que los eruditos escribieron, venía a reconstruir, con la más atractiva de las formas, las hazañas legendarias de los tiempos medios, aquellas gestas que el pueblo conocía por tradición de juglares y que ahora recibía restauradas, vestidas con la recia lengua de Castilla, adornadas con la música irresistible de unos versos sonoros y capaces por sí solos de hacerle sentir el orgullo de ser español aunque sólo fuese por el placer de recitar lo que el poeta escribió. Aún más. En su continua versificación de tradiciones patrias, el poeta llegó al venero inagotable de la Reconquista y al contemplar aquella lucha de siglos entre moros y cristianos, al observar con absoluta objetividad la brillantez de las cortes de unos y otros, al darse cuenta del verdadero espíritu de tolerancia y caballerosidad que regía las relaciones entre aquellos encarnizados enemigos, al admirar maravillado el intenso perfume poético que emanaba de aquella epopeya a que dieron fin los Reyes Católicos, la imaginación de Zorrilla se desbordó, su inspiración al-

canzó el punto culminante y fueron tales las palabras que empleó, tal el color y la luz que dió a las estrofas de sus poemas sobre Granada y Al-Hamar, tal la sonoridad, tal la plasticidad —si pudiera emplearse esta palabra— de sus descripciones, que allí mismo surgió otro género literario y quedó el nombre de **orientales** para distinguirlas de las demás.

HERALDO DE LA LENGUA DE CASTILLA

Y es que Zorrilla era castellano y como castellano de raza poseía esa sutil intuición, ese espíritu de adaptación que hace a Castilla madre fecunda de pueblos en todas las partes del mundo. Con su lengua castellana, rica y flexible, dúctil y presta, el verso se pliega sumiso a todos sus caprichos, los giros más insospechados surgen vivos y graciosos, la rima se adapta a las más variadas composiciones, dice lo que quiere y como quiere, parece que pinta al versificar, y aquel castellano que parecía que tan sólo había de tener colores ásperos y un poco monótonos como los de la llanura de Castilla, ofrecía una riqueza de matices como no los reúne la paleta de un pintor meridional. Poeta de tierra adentro, como aquellos conquistadores, de tierra adentro también, del siglo XVI, cuando se trataba de España no reconocían límites a su actividad, y si hubo entonces castellanos que sin haber visto el mar fueron vencedores en todos los mares del mundo, también este poeta de nuestros días, sin más instrumento que la lengua de Castilla, llevó su nombre y el de España hasta los últimos rincones de la Humanidad.

Como buen castellano igualmente, como buen español en definitiva, Zorrilla no esperó a que fuesen las trompetas de la fama las que se encargasen de propagar por el mundo sus versos sonoros, sino que él mismo, personalmente, se transformó en heraldo de la lengua de

Castilla y aprovechó sus viajes, aquellos viajes que nunca obedecieron a motivos políticos, para seguir cantando incansablemente los hechos y las glorias de España. Precisamente en Méjico, el país que mejor conoció, no sólo por su afinidad racial sino también por su prolongada estancia en él, acogido y favorecido por el Emperador Maximiliano, aplaudido y adulado por los mejores elementos de aquel flamante y fugaz Imperio, en aquella tierra que le hacía olvidar sus sinsabores familiares y podía atraerle mejor que ninguna otra con sus cantos de sirena, clama rotundo dirigiéndose a Isabel II en la fiesta del Casino Español: «Yo he de morir, cuando muera—mirando de cara al sol—que alumbre nuestra bandera,—y a Dios mi oración postrera—dirigiendo en español».

Y en español continúa cantando dentro y fuera de España, como caballero español corresponde a la amistad de Maximiliano y con pasión española, al enterarse del fusilamiento de Querétaro, lanza en «El drama del alma» aquella terrible maldición: «Ojalá seas yankee y luterana». Fijáos bien, el español Zorrilla, al querer anatematizar con los más espantosos castigos al pueblo, al Gobierno mejor dicho, que había arrancado la vida a su amigo el Emperador, le maldice con lo que más podía alejarle de la raigambre hispana: ojalá seas yankee, es decir, ojalá pierdas la lengua, la tradición, el recuerdo de España y caigas en la órbita del yankee, que te hará tu siervo y explotará tu suelo; ojalá seas luterano, es decir, ojalá pierdas la fe de tus mayores, las creencias que te enseñaron a ser hombre y te dieron un puesto en la Catolicidad. No pueden desearse mayores males como español y como católico, y si esto lo decía Zorrilla en 1867, ¿qué no hubiera escrito, qué trágicos acen- tos no hubiera arrancado a su pluma si hubiera alcanzado el 98 y hubiera visto a ese pueblo yankee, al que ya execraba treinta años antes, arrancar los más bellos florones de la corona española? La pérdida de Cuba y Filipinas produjo en España estupor y anonadamiento, pesimismo y desesperación; ya no había nada que ha-

cer, había que cerrar bajo siete llaves el sepulcro del Cid, europeizarse y copiar al extranjero. Faltó entonces la reacción interna, esa reacción que al fin hemos visto estallar pujante cuarenta años después; faltó entonces el vibrante poeta que encendiera los ánimos en santos anhelos de resurrección, faltó un Zorrilla que avergonzase con rítmicas sonoridades a los responsables de la catástrofe y sembrase en la generación nueva la fecunda semilla de la ilusión.

CANTOR DE LA RELIGION

Pero al lado del españolismo de nuestro poeta y como complemento de ese mismo sentir de español, le hemos visto hacer gala repetidamente de un hondo sentimiento de religiosidad. Nada hay tan invariable, tan indestructible, en lo más hondo del alma nacional, como estos dos sentimientos que hablan de verdades eternas: patriotismo y religiosidad; convicción religiosa que habla de eternidad en lo absoluto, sentir en español que habla de eternidad en lo material; salvar a España para acercarla a Dios y pedir a Dios la salvación de España. Esa ha sido nuestra Historia, esa ha sido la auténtica expresión de nuestras directrices raciales y eso basta para explicarnos todo cuanto hemos llegado a ser. La religión nos sostuvo, generación tras generación, en la secular lucha de la Reconquista, ella aglutinó nuestros pueblos en la fecunda unidad alcanzada por los Reyes Católicos, nos defendió de las herejías y alejó el azote terrible de las guerras religiosas, alentó a nuestros conquistadores y misioneros, armó nuestro brazo en todos los campos de Europa y flameó los gallardetes de nuestros barcos en los encuentros navales de todos los mares; la religión explica por sí sola la significación de Mühlberg, Trento o Lepanto, impregna nuestra literatura, inspira el arte en todas sus manifestaciones, por ella brillan, españolísimos, nuestros escritores místicos

y por ella nacen, más españolisimas si cabe, esas esculturas maravillosas que iluminan la Semana Santa de todas nuestras ciudades; el calor de la religión refleja matemáticamente nuestra grandeza o decadencia política y no puede haber una figura que lleve la voz de España sino la rodea y acompaña el acento cálido de la fe. Por eso Zorrilla, cantor español, era un cantor de la religión y, aunque no nos lo hubiera repetido en constantes profesiones de fe, bien pronto lo hubiéramos comprobado al menor examen de su producción.

¡Con qué refinada delectación se entretiene en las naves solitarias de los templos, en esas naves donde todo, altares y órganos, imágenes y vidrieras, columnas y crucerías, todo contribuye a exaltar la fe del creyente! ¡Cómo busca las pobres ermitas perdidas entre los peñascales de las sierras y las transforma en escenario de las más bellas y conmovedoras leyendas! ¡Qué afición a penetrar en los claustros conventuales y colocar allí sus protagonistas, desbordados de amor divino y de amor humano! «A buen juez mejor testigo», «Para verdades, el tiempo, y para justicia, Dios»; «Margarita la Tornera»; «Don Juan Tenorio»; «María»; «A Dios»; «Al ateo». Unas veces es la exaltación cálida y apasionada de su amor a Dios, de su amor a la Virgen María, de su profunda convicción religiosa, de su fe en el más allá; otras, plantea el conflicto entre el cielo y la tierra, entre el éxtasis divino y la pasión humana, y siempre, sin vacilaciones ni medias tintas, es el amor puro el que triunfa, es el sacrificio el que vence y es la salvación del alma la que se logra. No pretende resolver profundas cuestiones doctrinales o teológicas. Zorrilla no era un místico que pretendiese emular los deliquios espirituales de una Santa Teresa o de un Fray Luis de León; él era un hombre del mundo, un trovador de la tierra, sujeto a todos los defectos y caídas del ser humano, pero sabía elevarse por encima de las miserias terrenas, sabía buscar en la fe el consuelo y hacerla vibrar de nuevo, a la luz de su fantasía, con aquellos cuentos maternos, con

aquellas tradiciones religiosas e ingenuas que por su misma sencillez, porque todos las oyeron cuando eran niños, ya nunca se llegaron a olvidar.

PARALELO CON LOS IMAGINEROS CASTELLANOS

Os decía hace poco que la lengua empleada por Zorrilla era de tal riqueza de color que sus poemas recordaban la pintura meridional o levantina; no os extrañe pues, que ya que estamos hablando de un artista y siendo cierto que todas las artes tienen un denominador común que es la Belleza, dejemos también por un momento volar la fantasía —contagio será del poeta—, y hagamos un paralelismo entre otra de las artes mayores, la Escultura, y los temas religiosos de las obras de Zorrilla. Todos sabéis que existe una escultura que tiene su modelo en el arte clásico y que es la más perfecta y pura expresión de la belleza plástica; las producciones de Fidias y sus sucesores en la antigüedad, las obras de Miguel Angel y sus compañeros en el Renacimiento, han dicho la última palabra en la reproducción estética de la forma humana. En un concepto paralelo, la literatura universal ha dado también sus obras cumbres, las que nunca envejecen y forman el tesoro literario de la Humanidad entera: la Iliada, la Eneida, la Divina Comedia, el Quijote... Pues bien, ni aquéllas ni éstas llegan directamente al alma del pueblo, no despiertan su emoción, no son comprendidas, por lo menos al primer contacto, por la masa popular; en este grupo no está Zorrilla. Pero presentemos la escultura policromada de nuestro siglo XVI, saquemos a la calle esa copiosa producción de los imagineros castellanos, esas figuras que no ofrecerán exactitud anatómica pero reflejan un estado interior, que no son de mármol como si desafiasen al tiempo, sino de madera. como si predicasen la fragili-

dad de las cosas de esta vida, que ofrecen Virgenes doloridas y Cristos atormentados, que acentúan los rasgos antipáticos de los sayones, verdaderos convecinos de la localidad; paseemos un paso de Semana Santa ante una muchedumbre callada, humilde e ignorante, ante una auténtica representación del pueblo en cualquier punto de España y veréis caras acongojadas y ojos arrasados de lágrimas y suspiros contenidos y plegarias silenciosas, porque esa sí, esa sí que es la escultura que llega directamente a lo más hondo del alma popular. Pues bien, esa es la literatura de Zorrilla, esa es la comunión espiritual entre el autor y el pueblo, esa es la auténtica interpretación del alma nacional, la que hace respirar de satisfacción al lector cuando ve que es la misma Virgen la que oculta la salida de Margarita la Tornera, cuando contempla al propio Jesucristo salvando con su juramento a la inocente abandonada, cuando espera con impaciencia loca que aparezca Doña Inés para salvar a Don Juan. Porque él, el español, haría lo mismo, hubiera buscado iguales soluciones, se ve retratado en los tipos del poeta como el menestral se veía en el centurión del imaginero, y aplaude, aplaude siempre al artista que, si es símbolo nacional por su españolismo, también lo es y con mérito bien ganado por su sentimiento de religiosidad.

EL UNIVERSALISMO DE ZORRILLA

Pero no quisiera cansaros desmenuzando mucho las cosas. Zorrilla, poeta nacional por español y por religioso, lo es también por universal. No podía menos de ser así. No hay español representativo de la Patria que no cumpla la misión de universalidad que Dios puso en el destino de España. España es universalista por sus hechos y por sus hombres, por su Historia y por su Geografía, por su tradición y por su porvenir. España está en el cruce de las civilizaciones terrestres y en el de

las marítimas, fué receptáculo de Oriente hasta el siglo XV y proyección hacia Occidente en la Edad Moderna, tiene sembrada su lengua y su fe en todos los continentes, ha mantenido tres campañas decisivas para la vida de la Humanidad: contra los árabes, contra los franceses y contra el comunismo, su Historia se llena de nombres universales: Séneca, San Isidoro, el Cid, el Gran Capitán, Cisneros, Hernán Cortés, Elcano, San Ignacio, San Francisco Javier, Don Juan de Austria, Suárez, Soto, Láinez, Salmerón, Santa Teresa, Cervantes, Lope, Calderón, Velázquez, Murillo, Greco, Goya; Sagunto, Numancia, las Navas de Tolosa, América, Pavia, San Quintín, Lepanto, Trento, Bailén, Zaragoza, Gerona, Alcázar de Toledo... ¡Cuántos y cuántos nombres de Historia Universal! Pues bien, entre aquella época en que no se podía estudiar la historia del mundo si no era repitiendo la historia de España y esta otra que estamos viviendo en que la Historia de España vuelve a hacerse indispensable en la historia del mundo, en esos siglos intermedios de decadencia en que no vivíamos para nosotros sino para los demás, en que eran pocos, muy pocos, los españoles cuyo nombre sonaba más allá de las fronteras, uno de estos hombres que se conocían por el mundo, cuyas obras se leían fuera de España, cuyo nombre hablaba aún de la vitalidad española, era Zorrilla, nuestro poeta español y religioso, que reivindicaba el privilegio de la universalidad. Y así se ha podido decir con razón que de los cinco grandes mitos literarios de la Humanidad, dos: Hamlet y Werther, eran extranjeros, y los otros tres: la Celestina, Don Quijote y Don Juan Tenorio, eran españoles. Ved, pues, de qué manera, el poeta popular de nuestros días puede enlazarse con legítimo derecho con los grandes creadores de la literatura universal.

DEVOCION A LA MUJER

¿Y no nos quedará todavía algún otro aspecto de nuestro vate que nos permita encontrar en él nuevas huellas de su identificación con el pueblo español? Sí, nos queda aún algo más, se podría decir mucho más, pero hay sobre todo un pequeño rincón de su alma que, aún a trueque de hacerme pesado, no quisiera pasar por alto ya que él me permitiría reconciliarme con este bello sector femenino que ha acudido al conjuro de Zorrilla y bastante ha tenido que resistir en lo que va de conversación; me refiero al Zorrilla galante y caballero.

Tengo casi la completa seguridad de que si vosotras como palentinas os habéis incorporado con tan manifiesto entusiasmo al ambiente cultural que se respira en vuestra ciudad, siempre sensible a toda llamada espiritual, como mujeres habéis acudido, espontánea y gozosamente, porque sabíais que en la figura que aquí se evocaba, en el auténtico protagonista de nuestra reunión, ibais a encontrar un amigo, un antiguo conocido, que quizá alguna vez removi6 en vuestra alma el bello recuerdo de un sueño de amor. ¿Qué mujer no ha soñado con las cálidas frases de un apuesto Don Juan? ¿Qué mujer no ha hecho suyas las íntimas vacilaciones de la enclaustrada o las terribles congojas de las abandonadas del amor? No habéis puesto nunca a Dios por testigo de vuestros tormentos sentimentales? ¿No os habéis enternecido al ver la delicadeza con que Zorrilla sabía reflejar los más puros sentimientos femeninos? Zorrilla era un buen amigo de la mujer y un defensor decidido de la mujer española. En sus versos recoge las virtudes excelsas de nuestras mujeres: devoción sincera, espíritu hogareño, facilidad para el sacrificio, fidelidad en el amor; lo mismo canta las glorias históricas de las mujeres de otros tiempos, que la belleza física de aquellas

que le rodearon. Zorrilla era un caballero español y, como tal, galante y rendido, fácil al amor y dispuesto a defender, pluma en ristre, la belleza de su dama como Don Quijote defendía a golpes de lanza la de su amada Dulcinea.

¡Qué español es todo esto! Yo no puedo menos, amigas mías, de felicitaros por haber nacido en España, el país donde escritores y caballeros saben rendir culto a la mujer, porque consideran que de todas sus cualidades la más excelsa es ésta, el ser mujer. Mirad más allá de las fronteras y veréis otros pueblos en los que la mujer es máquina, instrumento, juguete o esclava; o se la masculiniza tanto que pierde hasta el recuerdo de su feminidad o se la feminiza frívolamente transformándola en objeto momentáneo de distracción. Pero si queréis contemplar la mujer perfecta, en el más ponderado equilibrio femenino, reina del Estado si falta hiciera y reina del hogar en todo momento, fuerte por su belleza, pero más fuerte aún por su virtud, hija virtuosa y madre austera, pero alegre, alegre siempre, como el sol de España, con la alegría del justo, íntima y contagiosa, fuente de felicidad para cuantos se hallan alrededor...; si queréis conocer la mujer soñada por los españoles, la mujer idealizada por los poetas, aquella que siempre Zorrilla cantó, no miréis al exterior, volved los ojos a vosotras mismas y en vosotras hallaréis la contestación. ¡Qué hermoso para vosotras haber nacido en España y qué hermosas para nosotros las mujeres españolas!

DESAGRAVIO SENTIMENTAL

Pero ¡ah!, que una cosa fué lo que nuestro poeta soñaba y otra muy distinta la que la realidad le dió. En Zorrilla se dió la frecuente contradicción entre el poeta y el hombre, entre la obra y el autor. El corazón de Zorrilla latió emocionado con relativa frecuencia, pero

cuando llegó el momento de la decisión definitiva no supo descender de sus sueños y no tuvo acierto en su elección. Desgraciado en amores fué nuestro poeta; no supo encontrar para él lo que para otros soñó y quizá el complejo sentimental que su desengaño le produjo, le exaltara aún más para cantar el amor que no pudo encontrar.

Y sois vosotras, mujeres españolas, las que mejor le podéis comprender. Vuestro corazón, que es maternal, aún en las lides del amor, adivina mejor que el nuestro el dolor de la desilusión. Por eso es tan natural y tan plausible vuestra presencia en este acto, que si para nosotros es homenaje, para vosotras es, además, desagravio sentimental.

No olvidéis, pues, al poeta de España, no olvidéis al caballero español, religioso y galante, que supo rimar en delicadas estrofas los más bellos tesoros de nuestra tradición. Repetid sus versos, recitadlos a vuestros hijos, que aprendan cantando a dirigirse a Dios, que empapen su alma infantil de las glorias de España y que se sientan orgullosos de su condición de españoles. En una época de pesimismo le bastó a Zorrilla su amor a España para hacerse amar de todos los españoles; en este momento de resurrección y despertar, cuando la propia sangre de vuestros esposos y vuestros hermanos ha purificado la vergüenza de aquellos años que pasaron para no volver, puede ser el recuerdo de Zorrilla, el recuerdo de los que como él, caballeros cristianos y españoles, murieron soñando en una España mejor, el que haga posible en nuestra propia carne las ilusiones de Imperio por las que supieron morir.

PERVIVENCIA DE ZORRILLA

Por el Excmo. Sr. Gobernador Civil de
Palencia, Don Enrique de Lara y Gue-
rrero, Marqués de Guerra.

El grandioso éxito de la Semana en honor de Zorrilla superó las esperanzas de los organizadores. Fué posible —sirven estas líneas finales de reconocimiento— al entusiasmo del Excelentísimo Sr. Gobernador civil de la provincia, hoy también Jefe Provincial del Movimiento, camarada Enrique de Lara y Guerrero, Marqués de Guerra, cuya protección a todas las actividades culturales palentinas durante los dos años de su mandato, ha hecho posible la floración de interesantes iniciativas que cristalizarán, Dios mediante, en halagüeñas realizaciones. Las cuartillas que envió al acto de clausura y que reproducimos como colofón de este volumen, cerraron con broche de oro las solemnidades conmemorativas, dedicadas por Palencia a su hijo adoptivo y Cronista Oficial.



La circunstancia de que, por asuntos oficiales, tenga que ausentarme unas horas, y a pesar de las múltiples cosas en qué pensar y trabajos qué emprender o proseguir que embargan habitualmente mi atención en el desempeño de mi cargo como Gobernador civil de esta noble provincia de Palencia, no me impiden tener la íntima satisfacción, el honor, de enviar cuando menos unas líneas a ese acto de cerrar la Semana-homenaje al eximio poeta nacional Don José Zorrilla, hijo adoptivo y cronista oficial de esta Ciudad, que por feliz iniciativa de la Delegación Provincial de la Vicesecretaría de Educación Popular, se han venido celebrando.

En esos actos, la autorizada palabra e inspiración de cuantos han intervenido en los mismos, fueron desgranando, como fruto de su talento e investigación notabilísima, trabajos que muestran las variadas facetas que ofrece, para admiración, la figura señera del inmortal autor de los «Cantos del Trovador».

Después de tan brillantes actuaciones, que merecen cerrarse con broches de oro, siento que mis modestas líneas no correspondan a lo que reclama la gloria del ingenio que conmemoramos; pero la magnitud de su obra maestra en el campo de las letras españolas, encoque mi ánimo, en reconocimiento de la propia insuficiencia para tratar de tanta perfección. Mas animado por

lo que dijo el gran Luis Vives, de «que el desear hacer las cosas, cuando éstas no están a nuestro alcance, es de poco menor mérito intrínseco que el realizarlas»; no dejaré empero de destacar la importantísima significación de estas conmemoraciones, no sólo en su aspecto de divulgación cultural, sino en el de exaltación de auténticos valores nacionales, que en todo tiempo constituyen el patrimonio y el orgullo de la Hispanidad; haciéndose sentir la Patria, no como montón de gentes hacinadas sin unidad ni cohesión, cual las arenas del desierto o por obra de mera casualidad; sino como una idea de permanencia y solidaridad con las generaciones que nos precedieron, así como con aquellas que han de seguirnos a nosotros. Las generaciones se suceden; pero a través de ellas vive siempre la Patria inmortal, única e invariable en su esencia; esta tierra bendita que nos vió nacer y nos sustenta, ganada palmo a palmo y siglos tras siglos, con el esfuerzo de nuestros antepasados, bajo el benéfico influjo de la Religión Católica, en el conjunto asombroso de sus tradiciones, costumbres e instituciones, la razón de sus sabios y el espíritu de sus héroes.

Así culminó España en dos siglos de glorias y de triunfos, no vistos ni imaginados hasta entonces, que trascendiendo de nuestro viejo solar hasta el más allá de los mares, en los últimos extremos del mundo, tejió las redes de la verdadera fraternidad universal, por ser todos hijos de Dios.

Esos valores son el exponente de nuestra Patria en los que, como en ella, se funden los españoles y los católicos, como muestra bien brillantemente el genio de Zorrilla, el trovador cristiano de los Dolores de la Virgen, ante cuya imagen se le vió postrarse edificadamente, antes de ir al Palacio de Carlos V en Granada, cuando en homenaje nacional iba a ser coronado en 1889, con hojas hechas de oro del Darro, imitando a las del laurel.

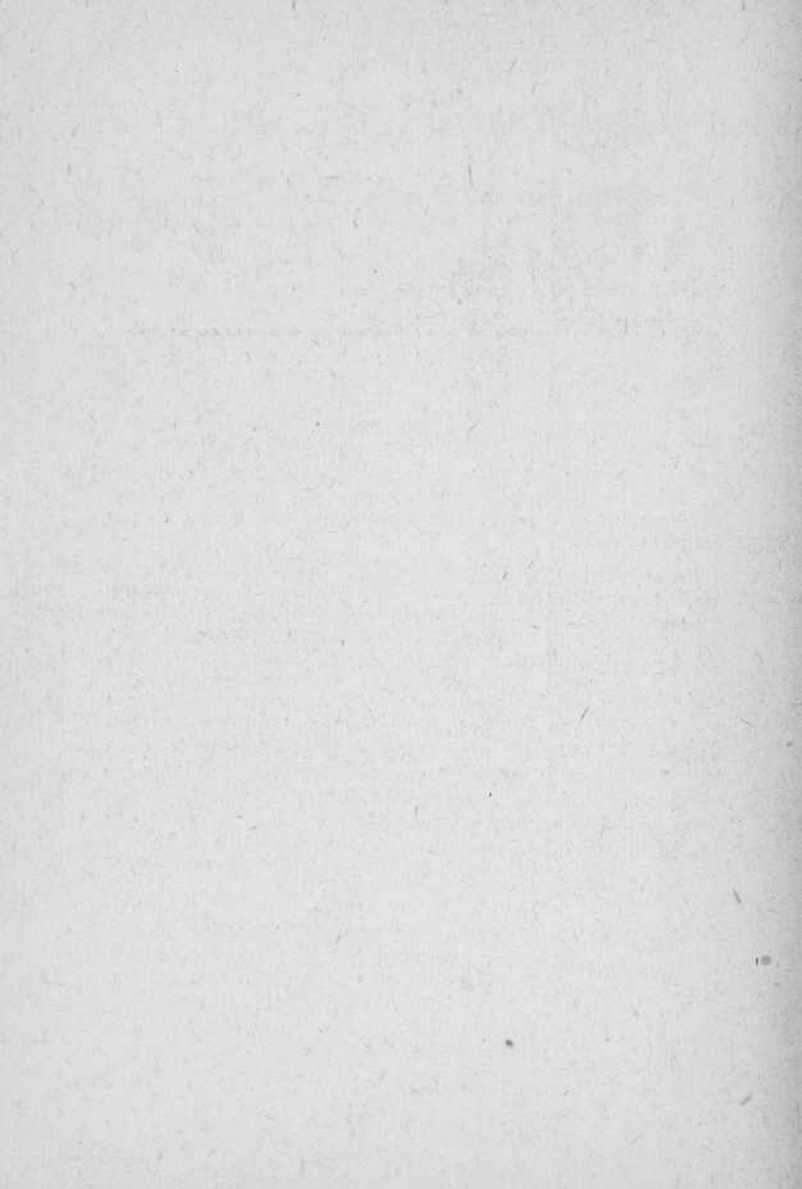
Zorrilla, triunfó como épico y como dramaturgo, siendo nuestro primer poeta lírico del siglo XIX, por el sa-

bor netamente español que respiran sus estrofas, su brillantez arrebatadora y naturalidad ingenua en que palpitan las ideas cristianas de su alma, con las cuales entregó ésta piadosamente al Señor, en 1893.

A nosotros, los que hemos recibido la herencia prodigiosa de su obra, que perdurará con inextinguible fama, nos toca, pues, estimarla y conocerla como merece, para orgullo de la Patria y proyectar la gloria de ese tan alto y genuino valor nacional, en las generaciones que nos sucedan; pero muy especialmente obligados a ello los palentinos por los singulares lazos de relación que unieron al vate genial con esta prócer Ciudad, como se ha venido exponiendo en esta semana de homenaje por los eruditos que con tanta brillantez y competencia, han desarrollado los respectivos temas de su cometido.

Y para terminar, rindo el testimonio de la más profunda gratitud a los celosos iniciadores de este homenaje, por su patriótico empeño en realizar tan brillantemente estos actos, y a todas las ilustres personalidades que han honrado los mismos con su meritísima colaboración en ellos; felicitando muy efusivamente a todos por el éxito de su actuación con que tan eficazmente han contribuido al definitivo y global del homenaje tributado por Palencia a su inmortal hijo adoptivo, esplendor de la lira hispana, el románticista de las viejas leyendas castellanas, el dramaturgo de Corte a lo Calderón y Tirso de Molina; y conmovidos con todo el fervor patriótico que inflaman nuestros recuerdos de la gloria Patria; digamos como quintaesencia de nuestros más hondos anhelos:

¡España!: Una. ¡España!: Grande. ¡España!: Libre.
¡Arriba España! ¡Viva Franco!



CERTAMEN LITERARIO

En el Certamen Literario organizado con motivo del Homenaje a Zorrilla, resultaron premiados los siguientes escritores y alumnos de Centros docentes:

Tema: «POESIA A ZORRILLA». Don Luis López Anglada, don José María Fernández Nieto y don Eustero Buey Alario.

Tema: «EL PAISAJE EN LA LITERATURA DE ZORRILLA». Señorita Angelita Van den Bergh, del Colegio «Blanca de Castilla» de las RR. MM. Filipenses y Alfonso Hervella García, del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Jorge Manrique».

Tema: «ASPECTO RELIGIOSO Y MORAL DE LAS OBRAS DE ZORRILLA». Don Justo Hidalgo García, presbítero; don Tomás Teresa León, seminarista y la señorita María Andrés Martín, del Instituto «Jorge Manrique».

Tema: «ZORRILLA Y PALENCIA». Don Ambrosio Garrachón Bengoa, periodista.

Tema: «ZORRILLA, POETA NACIONAL». Señoritas María Nieves Benito y Carmen Martín, ambas del Colegio «Blanca de Castilla», de las MM. Filipenses.

Tema: «ANALISIS LITERARIO DE LA LEYENDA DE MARGARITA LA TORNERA». Mariano Gómez Romero (q. e. p. d.) de la «Academia Castilla», de los Hermanos Maristas y señorita Enriqueta Palacios, del Colegio del «Santo Angel», de las MM. Angelinas.

Tema: «ASPECTO HISTORICO DE LAS OBRAS

DRAMATICAS DE ZORRILLA». Jesús Hervella García, del Instituto «Jorge Manrique».

Tema: «LAS LEYENDAS DE ZORRILLA». Señorita Cristina Fernández Pinacho, del Colegio «Blanca de Castilla», de las MM. Filipenses.

Tema: «LA VIDA DE ZORRILLA CONTADA POR LOS NIÑOS». Luis Villa Alejandro, Félix Giraldo Curieses, Emiliano López, José María Chato y Felipe Nicolás Hernández, de la Escuela Nacional de Frechilla; Teodora Gómez, de las Escuelas Nacionales de la Beneficencia; José María Vázquez, Alfredo Relea y Alberto Romero, de la Escuela Nacional de Saldaña; Juan José Peláez Soto, Sergio Fernández y Jesús Sánchez Cuadrado, de la Escuela Graduada de niños de Villarramiel.

Integraron el Jurado Calificador: Don Hipólito Martínez Cristóbal y don Felipe Ruiz Martín, catedráticos del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Jorge Manrique» y actuó de Secretario el del Certamen y Homenaje, don Dacio Rodríguez Lesmes.

La Comisión Organizadora de la Semana estuvo constituida por el camarada Enrique González Royuela, Delegado Provincial de la Vicesecretaría de Educación Popular; don Felipe Ruiz Martín, Catedrático del Instituto «Jorge Manrique»; Rvdo. Hno. D. Emilio Soler, Director de la «Academia Castilla»; y don Dacio Rodríguez Lesmes, vicepresidente de la Asociación de la Prensa.

INDICE

	Págs.
Autosemblanza de Zorrilla	3
Prólogo, por Dacio Rodríguez Lesmes	5
Presentación, por el Delegado Provincial de Educación Popular, camarada Enrique González Royuela	7
Zorrilla en la cumbre del romanticismo, por Dacio Rodríguez Lesmes	13
La aventura americana de José Zorrilla, por Felipe Ruiz Martín	33
Cinco Cartas inéditas de Zorrilla, por Fray Secundino Martín, O. P.	39
Zorrilla, poeta del siglo XIX, por Francisco-Javier Martín Abril	53
Apoteosis de Zorrilla, poeta castellano, por Rafael Navarro	63
Zorrilla, Palencia y Torquemada, por Ambrosio Garrachón Bengoa	73
El Romanticismo en la Filosofía, por Melquiades Andrés	89
El españolismo de Zorrilla, por Manuel Ferrandis Torres	109
Pervivencia de Zorrilla, por el Excmo. Sr. Gobernador civil de Palencia, D. Enrique de Lara y Guerrero, Marqués de Guerra	135
Certamen Literario	141

*Terminó de imprimirse este libro, el día primero
de Marzo, festividad del Santo Angel de la
Guarda, del año mil novecientos cuarenta
y cuatro, en los Talleres editoriales
de las Industrias Gráficas
DIARIO - DIA*



I. G. DIARIO - DIA. BERRUGUETE, 1 Y 3. PALENCIA

Z O R R I L L A , P O T E T A N A C I O N A L